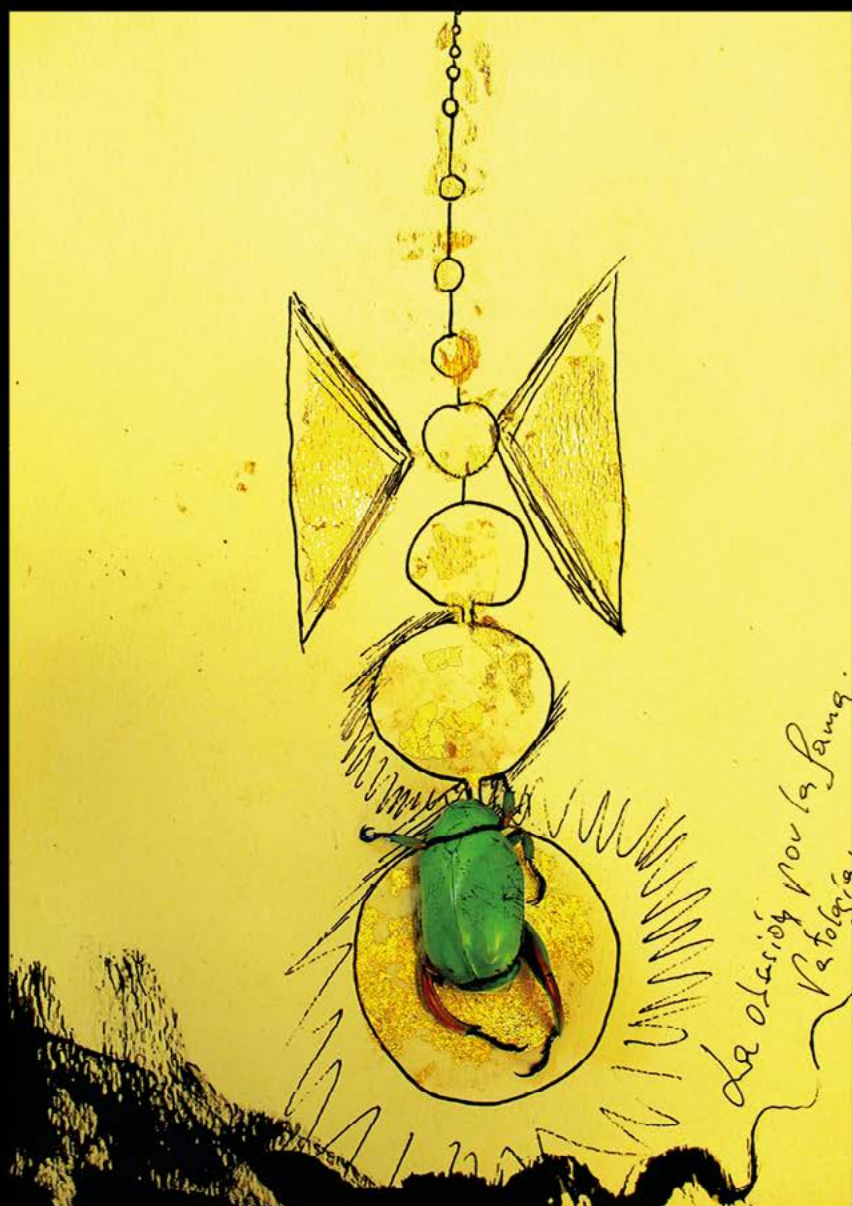


LEONARDO DA JANDRA
AFORISMOS



Leonardo da Jandra
AFORISMOS

© Leonardo da Jandra

D.R. © 2017, Editorial Avispero

Ilustraciones de forros e interiores: Agar García

©Prólogo: Heriberto Yépez

Edición y selección de los aforismos: Alejandro Beteta

Diseño: Carelly Cruz y Daniel Hernández

Todos los Derechos Reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de la Editorial Avispero.

Leonardo da Jandra es miembro del Sistema Nacional de Creadores.

Impreso y hecho en México

Las máximas mínimas de Leonardo da Jandra

Estos no son aforismos literarios típicos —ironía, estilo y ocurrencia— sino impresiones categóricas, sentencias acerca de lo que el autor cree vigorosamente.

A Da Jandra se le conoce por sus novelas y por sus libros de ensayo de vehemencia filosófica. Pero no se le conoce lo suficiente: sus libros escapan a la tradición literaria en boga y se insertan en otro espacio.

Podría decirse que sus aforismos se asemejan a los de José Gaos (y no a los de Torri o Díaz Dufoo Jr.), pero sería inexacto. Estos *Aforismos* pertenecen a la existencia de Da Jandra.

Da Jandra es un pensador religioso, cósmico; el tono condenatorio, iracundo, de una parte de sus aforismos (o mejor: apotegmas) se debe al aliento profético desde el cual Da Jandra escribe.

Cuando se lee este libro y se conoce personalmente a Da Jandra, es inevitable escucharlo hablar, decir estos aforismos. El lector curioso debe saber que así piensa y habla Da Jandra en su vida cotidiana. Si uno convive con Da Jandra escuchará todas estas ideas. Es uno de los pocos casos de escritores mexicanos cuya obra y vida están unidas al pie de la letra.

La obra de Da Jandra corre por ríos distintos a los de la actual literatura mexicana. Su narrativa, que no elude lo cósmico y lo alegórico, podría comprenderse como una serie de econovelas, donde detonan dramas cósmicos que encarnan en una crisis de lugar natural y relaciones humanas. Esta econovelística es de índole ontológica, extiende la tradición de la filosofía de lo mexicano. Da Jandra es un autor como ningún otro, que vivió más de dos décadas en la reserva natural de Huatulco, que él mismo contribuyó a fundar con su compañera la ecopintora Raga, hasta que los conflictos ecocidas lo obligaron a mudarse a la ciudad de Oaxaca.

Si las aguas de la literatura mexicana se aclarasen, las novelas de Da Jandra se colocarían en un lugar más visible. Desgraciadamente,

AFORISMOS

aunque en unas décadas las aguas podrían aclararse, quién sabe si habrá agua para entonces. De todos modos, los libros de Da Jandra son un subsuelo literario, alterno, excéntrico, que persistirá para quien sepa comprenderlo.

Aforismos es un libro novedoso. Ya conocíamos sus novelas y ensayos, ahora conocemos sus ideas en breves fórmulas vivas.

Heriberto Yépez

AFORISMOS

I



Sólo el talento reconoce al talento; lo demás es estruendo, confusión y mercadotecnia.



La desesperación suele convertir al genio en mendicante.



El deseo desmedido de novedad es propio de principiantes. El verdadero arte no lo es por la novedad que conlleva, sino a pesar de ella.



Las grandes mentes suelen perderse en sus ansias de infinitud; pero sin ellas los pobres de espíritu no dejarían de arrastrarse sin remedio.



La adopción de un estilo ajeno es una impostura, una paternidad postiza.

AFORISMOS

Los que educan la pupila para registrar los esplendores del presente no pueden ver lo que habrá de permanecer.



El que se niega a oír la sublime voz interior está condenado al estruendo callejero.



Todo lo que se hace frente a la muerte está permeado de muerte. Tal fue lo que le sucedió al arte y a la filosofía del siglo XX. Puede haber creadores inmorales o decididamente perversos, pero la debilidad moral de una época es su más evidente sentencia de muerte.



La música es la verdadera matemática cósmica; pero hoy pocos, muy pocos, la pueden descifrar.



La estética de lo feo implica una clara regresión al caos primigenio.



Sólo el talento puede volver agradable lo desagradable. La imbecilidad siempre será desagradable.



Hubo un tiempo en que el arte, sobre todo en su manifestación sublime, la poesía, era una forma sagrada de invocar a la deidad tutelar; enton-

ces, el temor y la fascinación eran partes inseparables del éxtasis poético y de la recreación mágica del mundo. Hoy el arte ya no es ofrendamiento, sino vil producción de mercaderías; alejado de su origen sacro (magia y religión) ha venido a inclinarse servilmente ante la ciencia.



Los talentos originales sólo brillan en ocasiones originales.



Lo único cierto es que sin ruptura no puede haber verdadero conocimiento ni verdadero arte.



Nada más contrario al sistema y al método que lo inacabado, y nada más celebrado en nuestro tiempo que lo inacabado.



Es absurdo seguir sosteniendo que el rigor está en la ciencia y la fluidez en el arte, que aquélla busca decididamente el orden racional de lo existente, y éste tiende a la irracionalidad y el caos. La verdadera diferencia entre el arte y la ciencia está más allá de la posible dicotomía entre lo abierto y lo cerrado. La ciencia tiene como tarea conocer y transformar el mundo profano; el arte sólo quiere sublimar la cotidianidad para acercar al hombre a lo sagrado.



La ciencia da prestigio y poder; el arte, identidad.

La creación, la verdadera creación, es un acto sagrado, religioso, mágico o artístico; y es mediante este acto que algunos hombres, los mejores, logran acercarse de manera sublime a la divinidad. Engendrar es una prerrogativa de la pura animalidad. Sólo la creación es genuinamente divina.



No hay ruptura creativa que no registre la impronta soberbia de lo luciferino. Toda aportación radical dentro del universo humano es un acto decididamente luzbeliano.



Las imágenes que adormecen la imaginación también adormecen la vida.



El hombre creador se sabe señalado por la divinidad; y, en la celebración del privilegio, el innovador se obnubila y tiende a la excesividad demoniaca rindiéndose culto a sí mismo.



Salvo honrosísimas excepciones, el que se dedica a enseñar es incapaz de crear.



La desconfianza que los románticos tenían ante la autosuficiencia de la razón los acercó al arte. La confianza en la posibilidad ilimitada de la razón convirtió a la filosofía en dogma. Los que lograron

conjuntar la imaginación con la razón intuyeron desde el principio que *conllevar* era un concepto más preciso y fluido que *superar*.



Casi todos los creadores anhelan la soledad para crear, pero buscan los medios masivos para proyectarse. En las más grandes obras épicas —pienso en la *Ilíada*, la *Eneida*, y la *Divina comedia*— la ética se impone finalmente a la estética, y la soledad creadora es desplazada por el imperativo de servicio.



En *Gramáticas de la creación*, George Steiner muestra cómo lo estético tiende a la soledad y lo ético a la convivencia. La soledad creadora suele buscar el amparo de la noche; la conciencia ética tiende, por el contrario, hacia la diurnidad.



Entre el aburrimiento y la transgresión suele transcurrir la vida del hacedor de arte.



En el ámbito de nuestra cultura, el desbordamiento ritual del arte y la religión ha dejado poco talento disponible para la ciencia. Más allá de los seudodeterminismos biológicos y culturales —a la manera exaltada de un Frobenius o un Spengler—, lo único claro es que nuestra cultura ha potenciado desde su origen lo festivo y lo ritual sobre lo técnico. Ésa ha sido la causa de nuestra permanente carencia de modernidad, pero lo ha sido también de nuestra grandeza espiritual y nuestra autenticidad estética.

La única certeza reside en la ritualización del arte. Sólo el arte, el auténtico arte, puede superar la violenta oposición entre lo sagrado y lo profano, y por ello sólo al arte le corresponde también trascender la necia rivalidad entre mitología e historia.



El orgullo del creador debe ser igual de silencioso y profundo que una noche estrellada. Pero debe también tener su contraparte maldita: la ponzoña que de pronto puede convertir la infinitud en grito.



Lo peor que le puede suceder a un artista orgulloso es encontrarse en plena euforia con el asalto repentino del lamento.



Cada vez estoy más convencido de que la debacle de la tecnocracia —expresión profana del vil afán de acumular poder y riqueza sin espíritu— supondrá el resurgimiento del arte como mediación sublimadora del desacuerdo esencial entre lo sagrado (religión) y lo profano (tecnología).



Hubo un tiempo en que sólo Dios podía ser llamado creador. Después vinieron los creadores de belleza y armonía, y el arte terminó siendo el paradigma de la creación.



Los grandes genios suelen tener las biografías más mediocres.



Ahora a cualquier peluquero, decorador o publicista se le llama “creativo”.



Es inevitable que en una sociedad donde la tecnocracia es objeto de culto, la religiosidad y el arte se conviertan en valores degradados.



Cuando la genialidad es desplazada sistemáticamente por la razón, como sucede en nuestro tiempo, el arte retrocede a sus expresiones más rudimentarias, y en vez de innovar, se imita. Tal vez sea esta la señal decisiva que anuncia el fin de todos los radicalismos.



El verdadero arte se enraíza en la ritualidad sublime del silencio. Pero los silencios, como los colores, tienen sus gradaciones, y al pasar de un tono a otro más sutil, la mente evolucionada comprende la magnitud de la pérdida que conlleva la ruidosa vida urbana.



Los desesperados de notoriedad están imposibilitados para valorar la grandeza de lo simple.

En la mayoría del arte que se pretende vanguardista la autorreferencialidad no es más que un anhelo de profundo silencio; de ahí que el perceptor o el lector, aunque experimente a veces un alud de sensaciones, se quede finalmente vacío y sin criterio.



El ser y el devenir: la permanencia en el cambio. No hay ser que no conlleve en sí su acabamiento. No hay personaje que no remita a su autor.



En el fondo del escenario efímero todos los seres terminan siendo un solo ser; y en ese ser queda resumido todo el deseo creativo: emular al artista supremo del universo. Por eso los más grandes creadores prefieren el silencio al tumulto, el aislamiento a la profanación masiva: la más firme convicción frente al escepticismo más irónico.



Ante su obra el creador es obligado a trascenderse. Ya no se trata de ese cuerpo corroído por el vicio o el abandono, sino de un desborde luminoso que inmortaliza por instantes lo que toca.



Dudo de que haya sido Flaubert el primero en expresarlo, pero es insuperable la claridad con que se lo hizo saber a su admirada George Sand en una carta escrita inmediatamente después de cumplir cincuenta y cuatro años: “Yo creo que el artista no debe manifestar nada de sus propios sentimientos, y que el artista no

debería aparecer en su obra más que como Dios en la naturaleza”. No, definitivamente *Madame Bovary* no fue escrita por Dios, sino por un aprendiz de Lucifer; y ese aprendiz tenía una visión neurotizada por haber convivido demasiado tiempo en medio de la degradación patriarcal y autoritaria.



Manifiesto del arte conceptual: el genio que no se satisface con la ordeña natural de la vaca está condenado a ordeñar al toro.



Salvo dos o tres excepciones, el arte actual es un fraude del que nada permanecerá dentro de cincuenta años.



La máxima aspiración de un político que se cree culto es convertir el arte en atractivo turístico.



La mediocridad de la música popular actual es indisociable de la ignorancia del arte y de las matemáticas.



Lo que la pobreza ominosa de la música comercial nos viene a confirmar es que, a diferencia de los sonidos de la naturaleza que contienen en potencia la plenitud armónica del universo, los ruidos estruendosos de las grandes urbes representan una patológica nostalgia de la barbarie.

Toda bestia vulgar es como una mala obra de arte: empobrece a quien la ve.



Los hombres de talento que no han amado a sus semejantes suelen ser rencorosos e intolerantes. El ejemplo más a la mano en nuestro medio sigue siendo Octavio Paz. Walser: “¿De qué le sirve a un artista el talento si le falta el amor?”.



El arte en general, y la literatura en particular, es la más clara prueba de que no existe la evolución en línea recta. Hay épocas de innovación y épocas de imitación: en las primeras se vuela imprudentemente sobre el abismo de la Historia; en las segundas se celebra la prudencia de los que descalifican la impostura del vuelo.



El gran logro de los neofenicios que controlan fríamente los mercados del arte: convertir en negocio la rebeldía y toda innovación en moda.



El arte es el mejor antídoto contra la superespecialización tecnológica. La tecnología, como su madre la ciencia, está sujeta al dominio implacable de la temporalidad. El arte, por el contrario, es principio y fin en sí mismo, y por ello deja fuera de su esencia la dinámica corrosiva del tiempo. La superación científica es estrictamente temporal; la superación estética es un proceso exclusivamente creacional. Los aportes de la tecnología son cada vez más

efímeros y vulgares; las creaciones sublimes del arte resisten los embates profanos del tiempo.



El artesano se regodea perfeccionando la copia. El verdadero artista se forja en mil derrotas.



La facilidad en la concepción y la rapidez en la ejecución terminan convirtiendo al arte en una mercancía especulativa.



La comercialización acrítica está acabando con el arte. Sin embargo, yo no creo que la desmedida mercantilización del arte sea la causa determinante de su ruina. Los grandes pintores italianos y holandeses vivían holgadamente de lo que vendían. La verdadera ruina del arte, como la de la filosofía, no reside tanto en la mercantilización, sino en que —a fuerza de regodearse en lo feo y lo monstruoso— ya no aporta nada a la vida.



Todo lo temporal está signado por la imperfección y el dolor. La fascinación por lo caótico y desordenado en el arte actual no es más que insana nostalgia de la barbarie primigenia.



Sin duda, el cine tiene todo para ser el arte total; pero a menudo, por el exceso de comercialidad, se convierte en una lápida total.

La efebofilia que han difundido los neofenicios que controlan los medios publicitarios es un claro ejemplo de complementación de ruindades. Por un lado: la glorificación de la inmadurez; por el otro: la exigencia desmedida de novedad. Y no nos debe caber la menor duda de que el deseo desmedido de novedad es propio de principiantes.



Todo fanatismo, aun el de los cultores de la luz, es incompatible con el verdadero arte.



No me cabe la menor duda de que el arte futuro será un digno vástago de la virtualidad que apenas empieza a esbozarse; pero será una virtualidad alejada de la ocurrencia y de la inmediatez; un nuevo encuentro con la belleza a través de la luz; una espaciotemporalidad que trascienda y sublime la agobiante vida cotidiana.



“Amor” y “gratitud”: los dos ejes de la vida plena. Un ser amoroso y agradecido tiene garantizada la felicidad. Se entiende, entonces, que los intelectuales y los artistas sean los seres más infelices de la Tierra, pues donde hay envidia, odio y egoísmo no puede crecer la felicidad.



El único consuelo que le queda al creador que vive bajo la sombra ominosa del odio y de la envidia es la fama. Pero la fama es como un tumor que termina corroyendo la capacidad de amor y de agradecimiento de quien la detenta.

La pintura no figurativa me retrotrae a un tiempo presubjetivo, donde lo informe dominaba como paisaje primordial. Me niego a creer que el futuro de la pintura sea la ausencia de figura y de color. Tal vez dentro de varios cientos de años el artista le dé vida virtual e independiente a sus creaciones; pero mientras ese futuro cósmico no llega tenemos tiempo de sobra para seguir reactualizando las obsesiones y los mitos, y recordar con los griegos que el *caos* es anterior al *orden*.



La nostalgia por lo informe y lo caótico es una clara prueba de desencanto estético y vital; pero si algo nos enseña la Historia es que ninguna regresión es liberadora.



Es propio del ímpetu juvenil el deseo de originalidad. Para el artista en ciernes la originalidad se convierte en una opción de vida o muerte. Sin embargo, conforme la mirada se pierde en el horizonte infinito de las posibilidades, el artista busca en el pasado el impulso para acceder a las novedades. Es entonces cuando descubre con decepción que lo que creía invención suya ya había sido planteado antes, y que la única originalidad posible no es más que una reelaboración de otras originalidades.



La unión de la inteligencia con el comercio inmoral procrea sentenciosamente falsas genialidades.

II



El conocimiento técnico es conocimiento de objetos y no de sujetos; y nadie duda de la imposibilidad de una moral de los objetos (que no es lo mismo que una moral objetiva). El tecnócrata no es inmoral por convicciones filosóficas, sino por razones prácticas; por ello, su inmoralidad es más propiamente una amoralidad: no actúa contra la moral, sino sin ella.



Los números seducen, pero no tienen identidad.



Todo parece señalar que el camino de los tecnócratas es irreversible, que la ciencia ya no soltará las riendas del poder y que la religión se profanará aún más al someterse a la función perversa del consumo.



En todo tecnócrata cabal sólo existe un deseo: igualar la precisa inconsciencia de la máquina.



II

En boca de cualquier traficante de medidas, la ciencia es siempre sinónimo de verdad. Lo otro, lo que no puede medirse ni pesarse, es lo falso, lo irracional, lo que debe despreciarse. ¿Y qué es esta facticidad que se asume como universalidad plena? Justo aquello que le otorga a la especie humana un cariz de pesadilla.



Frase del dioscecillo J. Monod que hacen propia los pendejos arrogantes: “El hombre sabe por fin que está solo en la inmensidad insensible del universo, de la que surgió por casualidad”.



La ciencia es egocéntrica por naturaleza, y no deja pasar oportunidad de descalificar eso que no es ella y la cuestiona. Si un milagro puede explicarse ya no es milagro, y si no puede entonces es pura palabrería...



A veces, al olvidar que la capacidad humana rebasa los estrechos límites de la razón tecnológica, la ciencia da la impresión de ser una carrera de la ignorancia contra la muerte; de manera que cuanto más se corre, mayor es la distancia que falta por recorrer.



Hubo un tiempo en que creí que la ciencia —en cuanto acción concreta— lo era todo; después, con el derrumbe de la absolutización racionalista, empecé a ver en todo lo aureolado de cientificidad un engendro luzbeliano.

Cuando topo con la arrogancia de algún genio tecnocrático simplemente me hago a un lado, y lo último que se me podría ocurrir sería decirle que sólo la más estrecha relación entre la religión, la filosofía y el arte puede salvarnos de la barbarie depredadora a que nos ha conducido el culto profano a la razón.



El gran error de Occidente: pretender llegar a la iluminación a través de la palabra. ¿Y qué importa el rigor científico si la palabra está religiosa, filosófica y artísticamente degradada?



A pesar de los sorprendentes logros de la ciencia, el hombre actual sigue estando en un nivel espiritual primitivo. La soberbia y la concupiscencia continúan siendo, al igual que hace miles de años, sus peores enemigos.



Cada vez es más frecuente encontrar científicos y políticos que viven de espaldas a la divinidad. Pero jamás ha existido ni existirá un pueblo que no reconozca la suprema rectoría de un ser perfecto y eterno. Los que juzgan el misterio de la vida desde la suficiencia del orgullo y la razón están condenados a la prisión subyugante de los sentidos, hasta que la chispa divina rompe la atadura y le permite a la conciencia vislumbrar la llama perfecta e inmortal.



La sincronicidad no es un desafío a la ciencia, sino a los seudocientíficos que no creen en nada que no se pueda registrar con instrumentos.

II

El conocimiento científico está determinado por las limitaciones del propio sujeto: lo parcial e imperfecto no puede acceder a ninguna verdad absoluta; a lo más accederá a una verdad parcial e imperfecta. La única verdad absoluta incondicional sería la existencia de Dios; pero Dios es inabarcable en los dominios finitos experienciales, que constituyen el horizonte cognitivo de la ciencia y de la filosofía.



La visión exclusivista y escindidora es indisociable de la actitud soberbia que desprecia lo que no domina. El científico que inferioriza a la filosofía y a la religión por estar ambas al margen de lo factual, ignora que los hechos científicos no serían más que objetivaciones azarosas sin las visiones complementadoras de la filosofía (significados) y de la religión (valores). De igual manera un científico obsesionado por la verdad fáctica no pasará de ser un mero manipulador de energías si no complementa su experiencia con una referencialidad ética (bondad) y estética (belleza).



Ni el literato, ni el científico, ni el filósofo, ni el teólogo pueden dejar de lado la *complementariedad* so pena de ser presas de algún tipo de dogma o fundamentalismo.



Las “verdades fácticas” les han dado a los científicos un estamento de confiabilidad del que están lejos los literatos, los filósofos y los teólogos. La ciencia es desacralizadora por naturaleza; y allí donde el científico más arrogante ve diversidad y confrontación, el místico más humilde ve unidad y complementación.

La visión dual que canonizó Descartes no fue producto del azar ni de una temporalidad inconsciente; por el contrario, fue el resultado de un recuestionamiento históricamente necesario y filosóficamente confrontativo.



El científico busca reducir y simplificar; el filósofo no deja de ampliar y cuestionar las certezas de la ciencia.



Tal vez el día en que descubran que la luz del espíritu es más rápida y pura que la luz artificial, aceptarán los científicos más ortodoxos que sin los efectos del espíritu sería impensable forma alguna de civilidad moral.



Hasta nuestros días la ciencia aún no ha podido *existencializar* la mente. La mayoría de los filósofos confunden a la mente con el lenguaje, y la mayoría de los teólogos creen que en el fondo la mente no es más que un don del espíritu.



La ciencia jamás podrá definir el ser identitario de una cultura; nos podrá dar un modo de hacer, no de ser. Porque el modo de ser de una cultura, su rostro y su corazón, sólo se consolidan a través de la espiritualidad y el arte.



II

La tecnología, con sus anhelos de futuro, es la forma más precisa de encadenamiento a lo actual. Pero yo no siento enemistad ni rencor con los logros de la ciencia.



Cuando los tecnócratas usan el verbo “detonar”, las bellezas naturales experimentan un estertor de muerte.



Lo que hoy afirma de manera irrefutable la ciencia, será mañana refutado por la ciencia.



En los tiempos de caída el arte de razonar es visto como una enfermedad extraña, y, desafortunadamente, muy poco contagiosa.



En el conocimiento las vías ya transitadas son más seguras; pero son las intransitadas las que pueden revelarnos los más grandes misterios.



Nada hay más peligroso para una civilización que priorizar la tecnología destructiva sin desarrollo de los valores éticos y espirituales.

III



Sólo los que no creen en nada tienen miedo de todo.



La razón autodetermina al individuo; la ética lo vuelve social; y el espíritu lo une esencialmente al cosmos.



Ninguna lección de humildad es tan eficaz para doblegar la soberbia como la contemplación del infinito cielo estrellado: ¡la respiración cósmica!



Ante la perfección y armonía del cosmos logro entender de una manera trascendental que el concepto de entropía es apenas aplicable a los límites imprecisos de nuestra percepción. Todo lo que el intelecto humano puede abarcar se reduce sentenciosamente a los dominios aparentes de lo particular.



Al final, el sacrificio de Cristo sólo será memoria cósmica.

III

Definitivamente el ateísmo y el escepticismo son engendros filosóficos de mentes que han vivido de espaldas a las estrellas.



Creer o no creer: en esta libertad radica la esencia del libre albedrío. Cuanto más cree el hombre, más se ata a Dios; cuanto menos cree, más se ata a sí mismo.



Sé perfectamente hacia dónde voy; lo que desconozco es en qué grado de liberación me vaya a quedar.



Los helióltras mueren siempre abrasados por la luz.



Bienaventurados los que desconocen la hora y el día, porque no sufrirán jamás el estúpido deseo de gloria ni querrán ser inmortales.



Cazar, pescar, caminar, de preferencia en soledad. Al ver su pequeñez frente al infinito, el pensamiento se nadifica; y es allí, en medio de esa presencia milenaria que nos observa en silencio, donde se nos revela toda la farsa de la ambición humana.



Mientras los científicos ateos y soberbios siguen insistiendo en pesar y medir las manifestaciones del espíritu, los esotéricos predicar que la verdadera realidad está más allá de cualquier número. Pero, ¿no está en la raíz misma de la escolástica que lo finito jamás podrá comprender a lo infinito?



Unos desde su ciega soberbia confunden la elementalidad de los hechos con los valores sublimes; otros, despreciando los fundamentos de la razón crítica, pretenden negar la contundencia de la facticidad más inmediata. El desacuerdo es vieja molienda de intolerancias. La única concordancia es que no se puede pasar de lo más burdo a lo más sublime si no es por medio de una mente iluminada.



Cuanto más escucho a los astrofísicos especular sobre la edad de nuestro universo, más me convenzo de que la comunidad científica del futuro terminará rindiéndole culto a las hormigas.



Lo que el ojo percibe está siempre matizado por las tribulaciones del espíritu.



El bien es la luz y la vida; el mal es la oscuridad y la muerte. El acto humano por antonomasia es la libertad de elección. Los hijos de la carne eligen entre los dictados del deseo; los hijos del espíritu obedecen el dictado de la luz.

III

Al dejar de obedecer la guía luminosa del espíritu, Adán y Eva se dejaron seducir por la libertad de elección de los mortales. La muerte es indisociable de la libertad de elección, la consecuencia natural de gozar del libre albedrío.



Cuanto más se aleja el hombre del mal, tanto más se acerca a la inmortalidad. La verdadera libertad no es corporal sino espiritual, y la verdadera esclavitud es corporal y no espiritual. Por eso es una sentencia irrevocable que el que se regodea en la maldad termina subyugado por el temor a la muerte.



Hace apenas diez años estaba convencido de la inevitable condición entrópica de todo lo existente. Ahora estoy convencido de que la entropía sólo se aplica a lo efímero, no a lo eterno. Nada de lo que tiene que ver con el espíritu es entrópico.



La más clara manifestación de la entropía en el individuo es el egoísmo. El que vive únicamente para sí mismo se nulifica.



El hombre es un dios caído que sólo puede recuperar su primigenia divinidad a través de un esfuerzo sublime: la doma del deseo y la voluntad: el desapego total.



Pobre alma fantasiosa aquélla que cree que sólo se alcanza la inmortalidad estando en boca de todos. Entre la inmortalidad del espíritu y la inmortalidad del nombre hay un abismo de silencio que se traga todas las soberbias.



El nihilista es el celoso guardián de su propio infierno.



No importa que no seas sol, pues también los soles se extinguen. Mejor es que seas una partícula humilde que acepta gozosa la luz recibida. Pero si eres partícula arrogante que se pretende sol, tu vida y tu obra no pasarán de ser llama efímera.



El hombre que llega a convertirse en águila de luz sabe que para acechar totalmente el afuera hay que acechar antes el adentro. Y en la mirada interior, el enemigo es otro: la mentirosa fascinación de los sentidos es desplazada por la orgullosa autosuficiencia de la razón.



La luz atrae; las tinieblas repelen. Pero la luz artificiosa atrae para quemar y en ella nada se sublima.



El mal que aletea en la oscuridad goza de la misma libertad que el bien que resplandece en las alturas. Pero mientras en la luz vive el espíritu del amor, en la oscuridad palpita la soberbia luciferina.

III

La iluminación es un don, y como todo don no puede comprarse ni venderse, sino que hay que merecerlo. Y cuando la entrega a la consecución de este merecimiento se somete a fines oscuros, es inevitable caer en los fundamentalismos.



Toda forma de vida tiene un origen, y en el origen de todos los orígenes está la pura luz de los iluminados. Sólo el que ha merecido la ventura de tener ese vislumbre, aunque sea una vez en la vida, sabe que la primera y última verdad de lo existente reside en lo divino.



Gracias a los profetas cósmicos, los apasionados de los ritos y los mitos no tenemos que convencer a los imbéciles arrogantes de que el mito de la muerte y la resurrección del cuerpo divino en las distintas tradiciones (Atis y Cibele, Isis y Osiris, Deméter y Perséfone, María y Cristo) es mucho más importante que los últimos descubrimientos científicos sobre la edad del universo.



Es curioso comprobar cómo los que no creen en una finalidad divina en el cosmos se abruma con los fines insignificantes de la criatura; de aquí la obsesión de los científicos arrogantes con teorías completamente infértiles sobre el caos, el azar y la entropía.



Aun los cultores de la oscuridad necesitan luz para despertar.



Todos los imperios pasan sentenciosamente por un origen evolucionario, una grandeza volitiva y una caída ominosa. El origen—incluso en las culturas guerreras— suele enraizarse en la ritualidad agraria; la caída ocurre indefectiblemente cuando el ciudadano le da la espalda a la naturaleza y al cosmos para dedicarse a la optimización del goce.



Las noches estrelladas de Cacaluta: una prueba concluyente de que el tiempo no es más que un fragmento de eternidad.



La conciencia desencantada (desdivinizada) sólo cree en leyes que se cumplen con precisión matemática, pero no cree que las leyes y las relaciones matemáticas hayan sido *proyectadas* por una supermente anterior al hombre y a la existencia de la vida en el planeta.



Los partidarios de un cosmos caótico y azaroso tendrán que admitir que la confianza que proporciona al ser humano el creer en un orden espiritual preexistente es incomparablemente superior y más valiosa para la convivencia social, que el desencanto de los que sólo creen en las gélidas y desoladas cifras.



Aun cuando tengamos que conceder la sentenciosa inverificabilidad de cualquier creencia, es innegable que la posibilidad complementadora amplía el horizonte humano de comprensión.

III

Las tesis exclusivistas y excluyentes —creacionismo y evolucionismo— ya han dado todo lo que podían dar de sí.



Y de la misma manera que Wittgenstein postuló el papel crucial de la bondad como mediación entre lo humano y lo divino, podemos esbozar ahora una visión integradora que incluya por igual a los que se reconfortan ortodoxamente con la creencia en un cosmos creado y regido por leyes divinas, y a los que, al amparo poco reconfortante de las siempre relativas verdades científicas, se inclinan a creer que todo lo que existe es producto de un proceso evolutivo natural, azaroso e imprevisible.



Los hechos, las ideas y los valores que dan cohesión y sentido a la dinámica civilizadora, deben potenciarse en un nuevo contexto integrador del individuo con el cosmos, del cuerpo con la mente y el espíritu.



La visión cosmocéntrica se refiere, por lo tanto, a una apertura de conciencia total. Mas no debe entenderse como una mera dinámica superadora-negadora de lo dual, sino, más propiamente, como una nueva expresión de la totalidad donde las partes coexisten de manera armoniosa e integradora.



Los que creen en el azar y en el caos como principio y fin de la dinámica superuniversal, no sólo clausuran toda posibilidad de verda-

dero crecimiento ético (sociocentrismo), sino que también renuncian a la fascinante epifanía del espíritu (cosmocentrismo).



En su tránsito cósmico el ser humano no evoluciona gradualmente sino a través de saltos mutativos, discontinuidades que determinan, en un proceso que relaciona el origen con el presente, la triple evolución de la conciencia.



El *desencantamiento cósmico* es el estigma más desafortunado de la autosuficiencia de la razón, la caída en una desvoluntarización de la inteligencia que volvió al ser humano arisco, incrédulo y ominosamente egocéntrico.



A fuerza de autocelebrarse, la razón terminó expulsando del ámbito existencial todo lo que pertenecía al mundo de la fantasía y del espíritu. Y nos quedamos de pronto como idiotas verificables, exigiendo para todo pruebas irrefutables y convirtiendo nuestra incredulidad en el más idóneo fundamento del establo en que estamos encerrados como animales.



El genio es la representación más genuina de la fortuna. El sabio sabe positivamente que no existe el azar. Para el verdadero sabio el cosmos es un gran laboratorio en constante evolución, por eso la verdadera sabiduría es la sabiduría existencial.

III

Antes de un par de siglos los filósofos invertirán por completo el actual paradigma evolucionario: ya no será el pasado el que nos permita comprender el futuro, sino que gracias al conocimiento del futuro se nos posibilitará la comprensión del lastimoso pasado.



Es imposible acceder a la conciencia cosmocéntrica sin el desarrollo pleno de la armonía familiar. El que no respeta a su cónyuge no puede respetar a la sociedad. No estoy hablando del grupo de lemúridos signado por lascivas competencias, sino de una unidad supraconsciente que absorbe las diferencias y las armoniza en una totalidad de ofrendamiento y amor.



Cuanto más me abro a la infinitud del cosmos menos me interesa el caos.



Mi cuerpo siente nostalgia de los excesos beligerantes de la selva, pero mi alma anhela cada vez más la relación armoniosa con el cosmos.



Las repeticiones narrativas en las que se enraízan todas las literaturas reflejan las experiencias de vida y muerte del ser humano. Pero el ser humano no es uno igual y para siempre, sino que cambia incesantemente, y conforme las sociedades humanas pasen de la fase egocéntrica a la sociocéntrica y de ésta a la cosmocéntrica, los temas y las variaciones cambiarán radicalmente.

Ni el amor, ni el odio, ni la muerte podrán permanecer inmunes e inalterables en su encapsulamiento mítico cuando la bestia soberbia y arrogante que hoy encarnamos se convierta en una criatura habitada a plenitud por el espíritu.



Tal vez dentro de cincuenta años la atrevida tesis de un megaverso en constante expansión que plantea la teoría de cuerdas, con múltiples universos de bolsillo, les parecerá a los físicos teóricos un simple balbuceo de niños que, como no alcanzan a entender las intrincadas relaciones entre las cosas, creen que todo lo que sucede es capricho del azar.



Bloy tenía mucha razón al afirmar que: “No hay azar, porque el azar es la Providencia de los imbéciles”.



El azar es también el refugio de los intelectuales más egocéntricos y autograticantes. Los físicos teóricos que creen que los cientos de universos que existen son producto del azar no tienen más argumento que su soberbia.



Las mentes soberbias no son necesariamente malignas. Para que haya maldad es indispensable una intencionalidad dañina. Me niego rotundamente a creer que un genio babeante como Stephen Hawking pretenda dañar a alguien cuando dice que Dios no existe. No, no es su sabiduría la que habla, sino la fascinada finitud de su ignorancia.

III

Cuanto más leo, más consciente soy que la lectura es también un acto sublimador. El universo no es más que vida que se sublima y energía que absorbe energía para alcanzar la perfección.



Cada vez que oigo hablar a los científicos de un universo hostil y entrópico no puedo evitar encabronarme. Estos pobres manipuladores factuales carentes de imaginación ignoran que la Historia, a pesar de sus zigzagueos desconcertantes, no deja de evolucionar hacia estadios más gratificantes.



Todas las épocas creen que su barbarie es única en brutalidad, pero cada vez estamos más cerca del Estado planetario: cuando las guerras y las agresiones ecodidas queden sepultadas para siempre en un pasado antinostálgico.



El universo humano es inevitablemente dual; sólo la muerte es unidireccionalidad segura. Y yo me he educado en la muerte, con la muerte y contra la muerte. Hay que matar las creencias seudo-rreligiosas, las ideológicas y, por último, matar al ego mismo...



Para la visión orgullosamente científica, la relación del espacio-tiempo es simple cálculo profano. Y si tenemos que aceptar como verdadera la hipótesis de la creación del universo, es mil veces preferible atribuírsela a Dios que al ridículo azar.

Sólo los grandes espíritus logran conectarse con las líneas de energía del universo. Y las lecciones que nos legan son como haces de neutrinos que atraviesan el tiempo y dejan en la Historia un pasmo azulino.



Todo lo que rechazo en el mundo exterior es apenas un átomo de mi sufrimiento. Pero el dolor no está en el vacío que me rodea, sino en el afán demoníaco de pretender alcanzar en mi aislamiento la esencia íntima del universo.



Sin libertad para elegir no hay tampoco posibilidad de discernir la verdad. No hay nada en el universo que conocemos que no conlleve una elección: unos eligen el aprendizaje del bien, otros el del mal. La única certeza que tenemos es que ninguna verdad es absoluta.



El escepticismo de los ancianos conlleva un desprecio del pasado; el de los jóvenes cancela las posibilidades futuras.



Chateaubriand, profetizando nuestro tiempo: “Generaciones castradas, agotadas, desdeñosas, sin fe, abocadas a la nada que aman”.



Sólo la luz ama la luz.

IV



El alumno que puede escoger a su maestro es un privilegiado; el maestro que puede escoger a sus alumnos es un bienaventurado.



El mal alumno es arisco, desleal y resentido; es el gorgojo en el corazón del grano.



El buen alumno es apacible, agradecido y leal; y sólo él tiene el derecho a enseñarle al maestro.



Aún quedan dos o tres grandes cumbres en la literatura latinoamericana, después solamente montículos y llanuras áridas.



Las ferias del libro: la imaginación y la crítica avasalladas por la estupidez publicitada.



Las ferias del libro: una celebración maratónica de la inteligencia, la envidia y la amistad.



No hay peor ruido que el del ego sin talento que ansía la fama.



En un mundo tan mediocre como el actual cualquier estupidez corre el riesgo de encumbrarse.



Siempre será preferible una crítica hostil bien argumentada que un elogio rebosante de mediocridad.



Ninguna meta es aleccionadora sin tener presentes nuestros fracasos.



Los acervos literarios terminan inevitablemente en un saldo criminal, de donde sólo puede rescatarlos una inteligencia afín a la que los creó.



En Argentina conocí a dos libreros excepcionales: una especie irremediablemente condenada a muerte en el seno del Estado planetario.

IV

La literatura de la felicidad huele a dulzura cancerígena de supermercado.



Cada día hay más literatos-payasos y menos literatos-profetas.



La acrítica babelización de los *best sellers* es una prueba contundente de que no debemos dejar la cultura en manos de los mercaderes.



Sólo se escribe con inspiración cuando se es joven; después el asco y la rutina convierten la espontaneidad en condena.



Las más grandes confesiones, de San Agustín y Rousseau a cualquier delincuente, se hacen siempre en estado de caída.



Los genios que terminan haciendo vida conyugal con sus sirvientas son pobres almas atribuladas que anhelan el maltrato.



No podemos aspirar a tener más lectores de los que merecemos.



Los autores secundarios se dedican a la rumia de las ideas ajenas; los autores primarios hacen que los demás escriban sobre ellos.



Los buenos críticos, como los buenos creadores, iluminan lo que tocan. Por eso estamos hoy tan ciegos.



Las palabras asesinan al silencio. La mala escritura es como el crimen organizado: sólo produce ruido.



No necesitamos más escritores sino más lectores. La escritura actual es consecuencia de una patológica incapacidad para acumular riqueza.



Hacía años que no entraba en la librería Gandhi que está en Miguel Ángel de Quevedo: tanta mierda exhibida es el mejor antídoto contra la obsesión de los jóvenes por publicar.



Cuando los novelistas carecen de imaginación parasitan de la Historia; y, en consecuencia, los historiadores se convierten en periodistas.



IV

Ante la miseria literaria actual leer a los clásicos es un acto de dignidad agradecida.



Flaubert a los Goncourt: “Un editor puede explotarnos pero no tiene derecho a opinar”. No, desafortunadamente Flaubert confundía al editor con el impresor. Un buen editor es como una bendición para un buen escritor.



Todo lo justo es bueno y todo lo bueno es justo. Casi todos los premios literarios no son buenos ni justos.



Los escritores presentáneos son hijos subnormales de los clásicos.



Le pregunté a un joven por qué tenía en su cuaderno fotos de Pacheco y Pitol. Dijo que los admiraba, pero que no quería terminar como ellos.



El mayor castigo para un escritor genial es la proliferación de imitadores sin talento.



Los que escriben en las noches vampirizan las pasiones.

AFORISMOS

Los grandes creadores son producto de una desarmonía esencial con su tiempo.



La mayoría de las novelas actuales son borradores ambiciosos de lo que algún genio escribirá dentro de cien años.



Sólo hay un camino para el creador: el que lo conduce a la plenitud de sí mismo.



Romain Gary y Sándor Márai: dos grandes literatos que prefirieron darse un tiro antes que dar lástima a los fariseos de su tiempo.



Los literatos trepadores son como las enredaderas: oscurecen la luz que los sustenta.



Cuanto más inexistente es una generación más obsesionada está con que la reconozcan.



Sólo los verdaderos creadores pueden aspirar a no mandar ni ser mandados.

IV

La luz del verdadero genio carece de sombras.



Los malos críticos son como la polilla: sólo somos conscientes de su existencia cuando percibimos sus deyecciones.



Cualquier idiota que consulte Wikipedia puede reírse de los anacronismos de Shakespeare; pero la genialidad está fuera de las enciclopedias.



Los encuentros de escritores son como la ida a un burdel: después de la euforia quedas vacío y desganado.



La mala literatura es como la gordura: carece de estilo y está hecha de amorfidades.



Sospecho que con los dos libros que terminé este año tendré ya más obras que lectores.



Los grandes satíricos suelen ser poco agraciados de cuerpo, pero la naturaleza compensa generosamente la fealdad con la inteligencia.

Los escritores son lo último en encajar en las jerarquías de la plebe, y son lo primero que desencaja cuando pretenden convivir con la plebe.



Sólo el día en que se restablezca la relación directa entre el autor y el lector la literatura podrá recuperar la plenitud que el mercado le ha robado.



Como la mayoría de los escritores, yo creía hace treinta años que lo único que contaba era la obra, y que la vida carecía por completo de importancia. Después me hice un defensor a ultranza de la unidad vida-obra. Pero cada vez le doy menos importancia a la obra y más a la vida. Para mí, la obra carece de importancia si no transmite un mensaje que contribuya a perfeccionar la vida; es en la vida, en la experiencia plena de amor y sabiduría donde reside el verdadero logro humano. La evolución espiritual, que es la única que cuenta a nivel cósmico, se alcanza con una vida sublime y no con una obra exitosa. De manera que mientras yo actúe movido por la verdad, poco me importa lo que hagan después con mi obra.



El que escribe para justificar su existencia no pasa de ser un personaje de una mala novela.



La erudición por sí misma nunca dará valor a una obra. El verdadero valor de una obra reside en lo que sobre o a pesar de la erudición se erige.

IV

La única gloria a la que el verdadero literato debe aspirar es más de naturaleza espiritual que literaria.



Los libros muestran y aprisionan ideas; pero siempre es más lo que aprisionan que lo que muestran.



En cada libro hay un árbol gritándonos: “¡Asesino!” Y hay también un ego mayúsculo esperando el momento en que el reflector del éxito lo convierta en estrella. Cuando los libros dejen de ser necesarios ya no habrá árboles que sufran ni egos deseosos de protagonismo.



Dime a quién lees y te diré quién eres.



Los malos académicos, como los malos críticos, actúan con la misma mala leche y la misma intolerancia de un policía que levanta una infracción de tránsito.



Sólo deberíamos citar para escarnio y por agradecimiento; nunca para autentificar.



La primera y principal función del escritor es moralizarse a sí mismo. Lo que viene después es mera añadidura de acciones sin esperanza.



Es muy difícil en nuestro tiempo saturado de información distinguir entre asimilación y plagio.



Cuanto más leo de lo actual, mayor es la certeza de que me acerco ya al último abrazo de los clásicos.



La doble posibilidad del creador: alimentarse de sus creaciones o ser devorado por ellas.



Cuando un autor tiene una impronta vital soberbia, lo más conveniente es que su obra pase por anónima.



Lección de fluidez y tolerancia: no es la literatura herética la que corrompe a la sociedad, sino la decadencia social la que corrompe a la literatura.



Cada vez desconfío más de la obra de los escritores que asumen su timidez como un triunfo. La pluma del escritor de vida tímida sue-

IV

le ser igual de mortífera que el arma del asesino que no se atreve a dar la cara. Para mí, tímidos de la estirpe de Proust y Kafka son ya parte de una mitología literaria de la impotencia.



Hay dos tipos de obras que la crítica suele despreciar desde su dictadura presentánea: las mediocres y las geniales. El consuelo de los escritores mediocres es creer que sus obras son despreciadas por ser geniales.



La escritura es a veces muerte en vida; y en esos momentos sin gracia ni deseo, el acto de escribir es la peor traición que podemos hacerle a la literatura.



Como justo castigo a la falta de aportación creativa, se me vienen a la mente multitud de proyectos literarios, tantos que ya ni merecen ser anotados en el libro de los libros que nunca escribiré.



Flaubert nunca fue de mis autores referenciales; y si sigo teniéndole un respeto ritual es por haberse entregado a la literatura sin concesiones, por haber hecho del arte la única religión y la única verdad.



Sólo los grandes creadores se equivocan con grandeza.

Lo patético de los intelectuales cortesanos: pretender la posteridad a través del usufructo de las dádivas del poder.



Los libros que uno lee son un mapa preciso para evitar los desvaríos ocasionados por la pobreza de espíritu; los libros que uno escribe son, por el contrario, saltos en el abismo. Si no tuviera la imperativa necesidad de escribir, sería sin duda el lector más agradecido.



En el excesivo oficio pierde el genio su grandeza, y en el ocio excesivo encuentra su peor condena. Las más grandes aberraciones de la humanidad son resultado de una ociosidad excesiva.



Es doloroso ver cómo los pocos escritores auténticos que todavía quedan, son empujados al abismo por los tecnócratas que detentan el poder y por los pícaros sin moral alguna que trafican con la cultura.



Para mí, la lectura es el remedio más eficaz contra la muerte; sin ella, sin la apertura cósmica que conlleva, o deseo morir o deseo matar. Así, al alejarme por igual de la renuncia mística y del asesinato, los libros son el contacto más virtuoso y benefactor para mi vida salvaje.



IV

¡Pero para qué autoflagelarnos si la única forma de ocio con dignidad que existe es el libro!



Sólo vive el que sabe, y lo único que yo sé es que si el pensar consume la vida, el leer la potencia.



Escribir es un acto ritual por medio del cual el escritor se afirma como un pequeño dios en la soledad cósmica. Publicar es un acto profano donde la intimidad esencial del escritor se pone al alcance de cualquiera por unos cuantos billetes. Leer no es más que compartir los sueños de otro. Por eso, demasiada lectura suele alejarnos de nuestra propia vida.



La sátira y la crítica no pueden evitar la contaminación de los defectos que parasitan.



Ninguna de mis obras soy yo: simplemente estuve donde debía estar; y en mi tránsito hacia la última manifestación del ser, dejé que todo lo visto se fijara esencialmente en las palabras.



Lo cierto es que cuanto más me aburren las simplezas contemporáneas, más sorpresas agradables me producen las relecturas de los clásicos.

Cuando la conciencia supura rencor la única acción purificadora es el silencio.



La escritura de la brevedad tiene la marca terrible y fascinante del asesinato: es como un disparo certero que busca acabar de una vez con la rumia de palabras.



Veracidad, claridad y precisión: el canon estilístico del Doctor Johnson, y también, sin duda alguna, el de todos los grandes pensadores.



Los autores que se inmolan ante el lector escriben con sangre; los que buscan el aplauso escriben con semen. Los primeros nos redimen, los segundos nos contaminan con su inmundicia.



Los libros en que los grandes escritores depositan su anhelo de inmortalidad suelen convertirse en las más pesadas lápidas para su soberbia.



El genio que anhela la celebración a menudo ha de conformarse con el lamento.



IV

Derrocar sin aportar es pura nidad.



Las palabras siempre ocultan más de lo que revelan, por eso hay que manejarlas con desconfianza.



Antes las obras inmortales aparecían cada siglo y eran un hito que resistía a la erosión del tiempo; hoy las obras consideradas inmortales surgen por montones, y nacen y mueren en el mismo presente efímero.



Cada vez hay más autores de supuesta obra notable y vida decididamente mediocre. Estos productos infames tienen las mismas características que los políticos actuales sin arraigo popular: fuera de su ficción, dan lástima.



El hombre de talento que no se atreve a pedir ni puede dar, que se aleje del poderoso. Sin embargo, es claro que es más fácil pedir que dar.



Son los inadaptados con talento que tienen una vida mediocre y enfermiza, quienes logran llevar al límite el delirio imaginativo.



En una sociedad globalizada donde la injusticia y la desigualdad económica inmoral imperan sobre la palabra, el escritor no tiene más morada que su propia escritura. La inteligencia se globaliza fatalmente en forma de mercancía, de ahí que la inteligibilidad y el estilo de la escritura tiendan a ser inversamente proporcionales a las exigencias del mercado.



El escritor de cultura hispana odia la confesión, no quiere que nadie, ni siquiera su familia, conozca sus flaquezas y ruindades.



Escribir es siempre más tarea que leer. Para mí, la lectura es el lado gozador de la escritura, y un escritor que no lee con gusto lo que escribe es un mal escritor. Lo verdaderamente insano es cuando ya ni se goza la lectura. Algo le corresponde a la naturaleza circundante y algo al libro; pero lo determinante es cómo se hace la lectura.



Es una monstruosidad constatar que los más grandes enemigos del escritor actual son el editor y el librero. Cuando los libros dependan sólo de la Red, la relación escritor-lector será más plena. La cortesанизación de los creadores más indómitos puede ser la sentencia de muerte contra toda su generación.



En la pura narratividad, la creación sólo es piel y gesto que la habilidad del escritor puede transformar en imágenes sublimes pero

IV

sin vida; en los diálogos, los personajes adquieren vida propia y hacen que el lector intervenga justicieramente a través de la coincidencia o el rechazo.



En mi propia experiencia de escritor, los diálogos han fluido siempre como un río, relegando a la narratividad a una mera condición de paisaje-pasaje.



Sólo un enfermo de soberbia irremediable como Cioran puede afirmar que la esterilidad es una bendición. Lo peor que le puede suceder a un escritor, a una madre o a un dios tribal es la sequía creativa: inmediatamente son despreciados por inútiles.



Lo más que puede la escritura, la buena escritura, es transformar el ruido en armonías; pero será en vano querer acceder a la sabiduría a través del mejor concierto de palabras.



Los libros, ciertamente, llegan a transmitir sabiduría: el conocimiento alcanzado en el tránsito de la escritura; sin embargo, este conocimiento nace y crece en el silencio y no en el ruido, en los momentos sublimes en que el escritor sigue a la luz interior y no a las exigencias de la pluma.



Cuando no hay método ni se hace el menor esfuerzo para tenerlo, el talento se derrama inevitablemente hacia el resentimiento y la envidia.



El tiempo literario: la supresión gozosa del yo en la lectura y la hipertrofia agónica del yo en la escritura.



Sólo los resentidos y los débiles hacen lecturas desde la soberbia. Ésa es tal vez la razón de que haya tan poca crítica de altura.



Entre el orgullo y el lamento tejemos los escritores nuestro destino. Y lo más absurdo de esta escenografía infértil es que el genio sólo podrá aparecer cuando salgan de escena el orgullo y el lamento.



Corolario: ningún genio ha tenido jamás conciencia triunfante, ni ha cincelado su inmortalidad con lamentos. Sólo se es genio en silencio, con el mismo desapego del creador que no espera nada de lo creado.



Hay en el empeño de los actuales eruditos un regusto anacrónico que la red virtual convertirá pronto en pasatiempo infantil. A la carencia innata de genio propia del erudito hay que encimarle ahora la conspiración universal de la academiocracia, que pretende con-

IV

vertir a las universidades en fábricas de mediocridades infértiles y arrogantes. Pero ya lo sabemos: cuando el genio escasea, la hermenéutica se convierte en rumia.



La voluntad: castigo y compensación de los que vislumbran la grandeza de espíritu y no pueden alcanzarla.



Si hemos de hacer caso a Gracián, con el genio se nace, mientras que el ingenio se hace. Lo que explicaría muy bien la condición far-sante de los hombres ingeniosos, frente a la dramática autenticidad de los geniales. En el fondo, lo que el ingenio busca es el deslumbramiento y el aplauso. Y tal es el castigo de los que nacimos condenados a cultivar nuestro ingenio por carencia de genio: esperar que la ambición del esfuerzo compense la carencia original.



Lección que no quieren entender los escribas de lo efímero: toda conversión implica una renuncia. Lo primero que hizo San Agustín después de tener la revelación que lo convirtió al cristianismo, fue renunciar a su cátedra de retórica.



Las frases que se pretenden conclusivas, de las más ingeniosas a las más viles, suelen ser un legado que la arrogancia humana deposita en el seno de la conciencia colectiva.



En la serenidad encuentra el genio la verdad que oculta su soberbia. Pero la serenidad sólo atrae a otros espíritus serenos, mientras que la soberbia seduce a los espíritus apasionados que prefieren la rebelión violenta a la pausada sabiduría.



El estigma del fracaso aumenta en la misma medida en que los hacedores de talentos acortan la edad límite para que el genio pueda manifestarse. No importan ya la distancia ni la diversidad cultural, dondequiera que exista un talento en ciernes siempre habrá un promotor dispuesto a sacrificarlo en el altar masivo antes de que otro se le adelante.



Las lecturas excesivas, lo sabemos muy bien por el personaje inmortal de Cervantes, sólo le hacen daño a las mentes enfermizas que parasitan de otras vidas. Para mí, leer es una actividad vital tan indispensable como respirar, comer o dormir. Sé que si tuviera televisión con más de cincuenta canales posibles para elegir, la lectura no sería para mí un vicio; pero tampoco con toda seguridad sería un mártir de la escritura: todo lo que gozo leyendo lo sufro escribiendo.



Cada vez que pienso en los miles de libros que he tenido la fortuna de leer, no puedo dejar de sentirme culpable por el tiempo creativo malgastado. Lo poco que he logrado robarle a la lectura son tan sólo unos escarceos voluntariosos al borde de la nada, un deseo primordial sin el don creativo para poder darle forma al mundo sublime apenas entrevisto.

Nada más difícil para un literato que lograr una visión autocrítica de la miseria y la grandeza en que está inmerso. Se suele creer que para la comprensión del alma de un país basta con conocer su grandeza literaria. Sin embargo, es muy frecuente que entre los defectos, vicios y miserias de los negados de talento, se encuentre oculto un remanente de autenticidad que justifique al menos una lectura.



De lo que no puede caber la menor duda es que la verdadera literatura de un país es aquélla que lo muestra en su realidad más cruda y violenta, o la que, a través de las recreaciones más sutiles, nos descubre su esencia más íntima. La otra literatura, la que se queda en la engañosa seducción de la piel buscando el deleite efímero o la filigrana, sólo puede satisfacer al inculto tecnócrata o al comerciante descerebrado.



Cada vez que el aplauso del *demos* alcanza a un autor de obra duradera, siento que se comete una traición al verdadero conocimiento. No niego que hay grandezas que resisten la fácil celebración; pero un encumbramiento artificioso es pasaporte seguro para ingresar a la ignominia de la fosa común. El dilema es cada vez más acuciante: ¿cómo resistir, sin caer en el ostracismo, la tentación profana del poder?



Cuando el escritor en ciernes se atreve a dar sus primeros pasos, lo escrito suele ser un puente de imprecisiones que se tensan entre el deseo de originalidad y el imperativo categórico de reconocer, por medio de citas, su deuda con los autores iniciáticos.

No está lejos el día en que, a fuerza de no reconocerles la autoría, las grandes frases de los clásicos se conviertan en retazos extraños e incoherentes en medio de mediocres entramados.



Cuando un escritor dice con desenfado que lo único que le importa es escribir bien, es casi seguro que nos encontramos frente a una existencia mediocre que sublima el oficio como única forma posible de heroísmo.



Entendámonos: en la gloria no entran los grandes hombres separados de sus obras, sino en una unidad que es grande precisamente en virtud de la grandeza de las partes que la conforman.



Es inevitable que el hombre de talento termine autoplagiándose. Cuando no hay talento sólo queda el recurso de la cita, y la obra toda se convierte en un repaso monótono e interminable.



Autocitarse es la forma más infame de pretender notoriedad. Y es claro que en este afán desmedido de reconocimiento tiene tanto que ver la megalomanía como el complejo innato de inferioridad.



El castigo: no ser nunca escritor de mayorías.

IV

Para el buen lector, para el que exige en el estilo claridad, gracia y desapego, nada más antiestimulante que un escritor sin talento que se autocite incesantemente.



Casi nadie defiende una opinión propia sino que asimila la ajena, y la mayoría de las veces, mal. Lo único propio de la conciencia degradada es el grado de necedad con que tiende a descalificar otras opiniones que se resisten a ser asimiladas.



Si algo he tenido bien claro en mi vida de escritor es que la creación artística no tolera la competencia con el tiempo profano. Ni los padres, ni los hijos, ni los hermanos, nada ni nadie puede justificar que las exigencias del creador cedan ante las demandas digestivas cotidianas.



En la grandeza de lo mínimo, en la adversidad y la renuncia a la rumia cotidiana es donde se enraíza y crece la obra sublime. Y no se trata de dejarlo todo para sepultarse egoístamente en una cueva, sino de dedicar a las superfluidades y a los vicios el mínimo tiempo posible para que la luz descienda y divinice a la mente liberada.



La literatura que carece de sabiduría es igual de efímera que la onda producida al arrojar una piedra a un estanque.



La única confesión que nuestros escritores parecen aceptar es la final, la que se hace con amañada intención de gloria a punto del último suspiro. Casi todas las memorias y autobiografías que celebramos en nuestras letras son una combinación del más soberbio empeño reivindicativo y la más exuberante expresión fabuladora.



Sólo los escritores excepcionales y los resentidos están libres del autoelogio. La mayoría oscila entre el autoelogio y la autoconmisericordia. De ahí que el supuesto genio que se regodea en pasar del envanecimiento a la depresión sea en realidad un farsante.



Entre los escritores —tan reacios al soplo vivificador de la humildad— la soberbia suele ser la oscura culminación de una animadversión viciosa y sorda a los reclamos del espíritu. El destino de las inteligencias más agudas que le dan la espalda al espíritu termina indefectiblemente matizado de temor y amargura, que son las sombras tenebrosas donde suele guarecerse el perdedor.



En todos los excesos está latente la viciosidad del animal que nos aprisiona; y para el escritor, fumar, beber alcohol o consumir drogas no es más que la consecuencia del ciego deseo que pone al espíritu por debajo de las exigencias del cuerpo.



Claro está que a veces, quizá demasiadas, el buen escritor también se pervierte con la envidia; pero entonces este escritor ya no será

IV

más importante socialmente que un buen albañil; nada que ver con el hombre sabio.



La mayoría de los escritores son presa fácil de la soberbia y de los excesos viciosos, y desde esta bajeza de espíritu es inevitable que la envidia no celebre el mal ajeno como un bien propio.



La fascinación del escritor por el silencio es inseparable de la degradación de la palabra. Cuanto más falsa e inútil se vuelve la palabra, tanto más se deja cautivar por el silencio el talento atormentado. Esto le sucedió a Wittgenstein y a Beckett, extremos de una racionalidad obsesiva que se negaron a buscar la plenitud del individuo más allá de la palabra.



En el medio literario, donde la mayoría de los escritores provienen de la parte trasera de la fortuna, la envidia hacia el que triunfa adquiere matices patéticos.



Reconozcámoslo: el desprecio que tantos escritores asumen ante la fortuna ajena no es más que un reflejo del desprecio que sienten hacia su propia miseria.



No hay lectura más decepcionante que la de un periódico.

Los escritores que son grandes lectores no pueden releer con la necesaria objetividad sus propios libros: el defecto más leve opaca el cúmulo de logros.



Si escribir suele ser un acto de soberbia, publicar es necia vanidad, ¡pero qué necios y vanidosos somos!



El deber de todo escritor cabal es contribuir a hacer más habitable el mundo.



Las mejores obras literarias han sido escritas ignorando la tiranía de la razón; y sólo las mentalidades unidireccionales pueden confundir este privilegio superior con la primitiva irracionalidad.



No se escriben las grandes obras por lo que se sabe, sino a pesar de lo que se sabe. Lo que el escritor sabe no es por lo general sabiduría, sino erudición; su memoria y sus cuadernos de notas suelen reflejar sus inquietudes y sus caídas, no su sabiduría. Ésta sólo se alcanza a través de la complementación experiencial de inteligencia y amor, mente y espíritu.



La condena del mal escritor: devenir entre la soberbia y el lamento.

IV

La visión de un horizonte sin fin puede ser aterradora para el escritor-náufrago, pero sin esa visión épica es impensable la buena literatura.



Consuelo de un escritor frustrado: creer que el verbo twitrear le va a traer más lectores.



El colmo de un seudoescritor exitoso: pensar que sus cinco mil lectores son inteligentes.



Hay escritores que nadie lee porque se arrastran; hay otros que pocos leen porque vuelan: los primeros son prescindibles; los segundos esenciales.



La tarea para los escritores obsesionados con los premios y las ventas: transformar la envidia en agradecimiento.



Las vilezas y bajezas que encontramos en los libros son tan sólo un borroso dibujo de las propias.



Los que ven y no leen terminan viviendo como insectos sociales.

Cada día abundan más en los medios los mediocres sin discernimiento, que nos ofenden celebrando un mal libro.



Cada nuevo lector es como una lágrima que nos hace soñar con el mar.



La verdadera miseria de un autor está reflejada en la mediocridad de sus lectores.



Nada frustra tanto al buen lector como que la obra que admira concite el aplauso de los ignorantes.



Cuando el acto de escribir ya no implica riesgo ni desgarradura es inevitable que se publiquen cientos de libros efímeros y prescindibles.



La carencia de bibliotecas es un crimen de Estado.



La originalidad de los temas determina la originalidad de los estilos...

IV

Lo peor que le puede pasar a las grandes obras y a los grandes autores es que sirvan de pretexto para vender mercaderías innobles.



Hoy ya no necesitamos más obras geniales sino vidas más plenas.



Los que aprendieron a escribir en una pantalla jamás podrán entender el significado esencial de una tachadura en el papel.



Los escritos inteligentes no necesitan apología; los escritos mediocres sólo un necio puede enaltecerlos.



La mala escritura es como la mala sexualidad: solo dejan una desagradable sensación de hartazgo después de concluidas.



La dependencia de situaciones y personajes mediocres condena a los más grandes creadores a estar siempre por debajo de sus obras.



Castigo de los creadores: tener siempre sobre su obra el vuelo hambriento de los críticos carroñeros.



En las reyertas entre escritores el más vulgar suele alzarse con el triunfo.



El recurso natural de los malos escritores es la denuncia y el lamento.



El mal escritor busca satisfacer al mal lector; el verdadero escritor inventa mundos esperando que algún día un lector inteligente los habite.



El escritor que no tiene nada que decir suele ser el que más se esfuerza en publicar.



Cuánto daño hace la crítica estéril, llenando de polvo de oro las alas de los aguiluchos que apenas ensayan sus primeros saltos.



Después de un fin de semana con los becarios del FONCA, termino como una puta autoculpable y maternal.



Demóstenes y Cicerón, Cioran y Borges: los más grandes malabaristas de la palabra suelen ser cobardes.

IV

La mayoría de los escritores hispanoamericanos rechazan el mundo sobre el que escriben; anhelan un futuro que desconocen por completo.



Montaigne, Amyot y Sainte-Beuve: un rigor y una amplitud de miras difícilmente encontrables en la crítica improvisada que padecemos.



El castigo del escritor: convencer a los políticos y a los empresarios de que la lectura es la mejor opción para prevenir la delincuencia organizada.



La marginalidad no es un logro sino una condena. Los más grandes escritores marginales son inadaptados sin remedio.



Los libros que más admiramos son aquellos que nadie, excepto el propio autor, podría escribir.

V



El náufrago que trata de reinstaurar la civilización en una isla solitaria no es más que una degradación agónica; el místico que renuncia al mundo para iluminarse es un caso de egocentrismo extremo: al primero se le niega drásticamente la posibilidad de autoperpetuación; el segundo busca la sublimación del yo negándose a autoperpetuarse.



¿Qué es la pareja en, por y para sí misma sino un ego autogratificante de dos cabezas?



Diosecillos arrogantes cuando no pobres diablos, estamos condenados a vivir en la incompletitud del tránsito.



La total diversidad es igual de anuladora que la plena uniformidad. No puede haber grandeza en un contexto social en el que todos se consideran únicos en su afán protagónico.



En el origen mismo del sociocentrismo está la imposibilidad del individuo para sobrevivir aislado.



La condición de sociabilidad es propia de las formas de vida más evolucionadas. Atentar contra la sociabilidad o salirse de ella es enfrentar la vacuidad, la “gran vacuidad” de que hablan las seudoreligiones sin Dios.



El hombre que huye del fuego o que corre tras una posible presa en estado de manada, apenas está aprendiendo a ser sociable.



El que busca la soledad del desierto o de la montaña para iluminarse dejó ya irremediablemente de ser sociable.



Los igualitarismos sociales no son más que intentos autoritarios que pretenden violentar la desigualdad natural.



El que carece de valores sólo depende de su cargo.



Los ricos no evaden el pago de impuestos, hacen filantropía.

El culto a sí mismo es producto de una conciencia viciosa, una racionalidad que da la espalda al espíritu para regodearse en la auto-gratificación inmoral.



Los individualistas autogratificantes tienden a considerar irrelevante la evidente inclinación ideológica del liberalismo a favor de los intereses inmorales del poder económico.



En tiempos tan aciagos como el actual, casi todo lo que las mentes egocéntricas construyen tiene el estigma de la culpa y el desencanto.



El que sólo se ve a sí mismo, no ve nada.



Los grupos y consorcios que sólo ven por sus propios intereses, no son más que delincuentes organizados.



En una mente necia y soberbia no puede haber lugar para una verdadera solidaridad.



Los que confunden a Dios con el gran vacío padecen miopía de espíritu. Pero los que ponen a su yo como valor supremo son unos

pobres imbéciles. Los logros más altos del culto al yo están en el arte; los más bajos en el dominio del espíritu.



El que sólo lucha por sí mismo está derrotado de antemano.



El servirnos de los demás no sólo nos hace malos ciudadanos, sino que también nos hace malos seres vivos.



Sí, sin duda Montaigne es el padre de la obsesión egocéntrica; pero es también el mejor maestro para superarla.



El que no sabe perdonar está condenado a resentir.



Mientras el hombre viva aferrado a las gratificaciones transitorias jamás podrá vislumbrar lo eterno.



El hombre primitivo sólo pensaba cuando tenía hambre o estaba en peligro; el hombre actual sólo piensa en satisfacer su ego.



El amor al prójimo: asignatura pendiente.



La reputación es el eslabón más débil de la cadena egoica.



Cada vez estoy más convencido que el cultivo del intelecto sin amor al prójimo hace inevitable la caída.



Es imposible alcanzar la sabiduría sin aniquilar el protagonismo; y es imposible extirpar el protagonismo sin privar al yo de sus deseos terrenales.



En las dos expresiones más acabadas del racionalismo, la Ilustración y la Fenomenología, lo que se trajo de lo oculto a la plena luz fue el aspecto más luciferino del hombre: la deificación del yo.



La crisis de la razón y la agonía del humanismo son inseparables de la vida profana de las grandes urbes.



El que desprecia las creencias de los demás, está condenado a sufrir el desprecio de las propias.

La forma más elemental de egocentrismo reside en el culto regresivo a la naturaleza. El individuo que sustituye a Dios por un astro, un río, una cueva o un árbol le da definitivamente la espalda a la flecha evolucionaria.



La autopromoción es el oropel con que se engalana obsequiosamente la mediocridad.



La derrota del humanismo es indisociable del egocentrismo en su expresión más naturalista: la soberbia.



La antiheroicidad de nuestro tiempo va ligada a un sistema económico-social que acrecienta las cargas del individuo y lo condena perversamente a la imposibilidad de soportarlas; de ahí que el menor gesto de humildad sea visto como una derrota.



Podríamos aventurar a estas alturas una definición heterodoxa del término “egocentrismo” como el amor del ego hacia sí mismo por encima de todas las cosas.



Las culturas masivas, por ser resultado de una cuantificación despersonalizadora, suelen dar lugar a formas extremas de egocentrismo.

El embrutecimiento de las sociedades globales es consecuencia de las maquinaciones de unos imbéciles que se creen muy listos.



En la juventud el yo se afirma ante el mundo; en la vejez el mundo se afirma sobre el yo.



La justicia jamás puede ser egocéntrica ni el egocentrismo puede ser justo. El egocentrismo es injusto por su propia motivación interna: poner el interés propio por encima del interés público.



La justicia, la verdadera justicia, no se deja derivar hacia el autoengaño; el juez justo puede equivocarse, pero tiene siempre en mente el imperativo moral de aplicar la ley en beneficio de la sociedad y no en el propio. La misma fascinación ególatra que degrada a la filosofía corroe también a la justicia.



Los que están obsesionados por recibir jamás podrán descubrir que la verdadera felicidad está en dar.



Los que abren con desmesura las fauces a la ambición jamás podrán abarcar la anhelada riqueza con sus manos.



Los banqueros son como los vampiros: no proyectan sombra para no tener que arrastrarla.



Sin lealtad ni agradecimiento la lucha por usufructuar el pesebre es la propia de una conciencia estabulada.



Patología presentánea: la obsesión egoica por el poder y la fama.



Cuando el que manda y el que obedece se desprecian mutuamente, es inevitable la confrontación social.



Todos los actos egoístas reflejan una burda imposición de la animalidad sobre el espíritu; es la bestia astuta y deseante la que pide y exige sin querer dar nada a cambio.



Antes era imperativo hablar del yo, ahora es imperativo callarlo.



Detrás de cada acto egoísta hay una voluntad que se niega a espiritualizarse, una conciencia autogratificante que pone el goce de las sensaciones y de las emociones por encima de la rectoría de la razón y del espíritu. El ego busca desesperadamente y a como dé

lugar tener siempre la razón, y la razón termina confundiéndose con el ego.



Los que están dispuestos a hacer cualquier cosa por encumbrarse siempre serán seres reptantes.



Los que viven para ser recordados jamás viven para ellos mismos.



Una cooperación inteligente y moral es indudablemente más incentivadora que cualquier competición egoísta que sólo busca la autogratisfación a través de la motivación inmoral del lucro y del poder.



Los mercaderes egocéntricos que se niegan a reconocer que no puede haber verdad, ni belleza, ni bondad en el orgullo de las cifras y en la frialdad de las utilidades, son una lacra social igual de dañina que los políticos inmorales.



Los cobardes morales y los egoístas mezquinos jamás alcanzan un lugar preponderante en el ámbito filosófico. Por el contrario, la complementación cabal entre la fuerza de la razón y la apacibilidad del espíritu ha propiciado los más decantados valores civilizatorios y las más genuinas lealtades.

El indiferentismo es una anomalía propia de las conciencias desesperanzadas.



La carencia de justicia y de moralidad regresa a los ciudadanos a la condición de manada.



El futuro inmediato de la humanidad ha de pasar inevitablemente por la conciencia sociocéntrica. El egoísmo es prácticamente insuperable en una sociedad materialista y obsesionada por el goce corporal. En la familia egocéntrica el yo y el tú terminan conformando una oposición que destruye todo esfuerzo armonioso.



La fascinación de la soledad suele fundarse en motivaciones defensivas, expresiones límite del egocentrismo que se niega a sacrificar su autorrealización en beneficio de los demás.



Donde todos quieren imponer sus razones nadie tiene razón.



Para los egocéntricos necios: no aprendes algo experiencialmente si no lo puedes transmitir.



La moral del asceta que se aísla en una ermita es igual de intransigente que la del ateo que sólo piensa en su propia autogratificación.



Es inevitable que un individuo que privilegia por encima de todo el ser en, por y para sí mismo entre en conflicto con los demás.



Hay que aprender a perdonar aun desde lo más hondo del abismo.



Los que son capaces de vislumbrar el infinito no pueden encontrar grandeza en el presente.



La desmedida exaltación y el desprecio visceral son los extremos de una vida sin cordura.



Confío en que las nuevas generaciones comprendan que no se trata de competir, sino de compartir y colaborar. ¿Será?



Para los desesperados de reconocimiento: la ambición desmedida es el camino más rápido al matadero.

El culto a los reflectores adormece a la razón.



Toda adulación es una ofensa a la verdad.



El individuo que se regodea en lo defectivo está incapacitado para percibir las perfecciones.



Los fundamentalismos son la prueba más evidente del fracaso de los modelos educativos.



Un pensamiento desligado de los vulgares problemas cotidianos corre el riesgo de elevarse hacia un espacio vacío.



Cuando, como hoy, se toma como modelo a lo mediocre, la búsqueda de la perfección es una herejía.



Nada hay más funesto para la sociedad que los imbéciles encumbrados.



Son nuestros más torpes deseos los que marcan la medida de nuestra imposibilidad.



El que no se desprende de sus defectos no puede aprender virtudes.



El que se satisface con su ignorancia, iguala la felicidad enjaulada del marrano y del pollo.



Lecciones para los que renuncian al pensamiento: es más fácil engañar a muchos que a uno solo.



El que se regodea en la violencia tiene como destino el matadero.



El que rechaza con violencia el mal uso de las instituciones públicas está incapacitado para mejorarlas.



Los límites de nuestra debilidad jamás están afuera.



No puedes cambiar nada si no cambias tú primero.



Los que tienen alma de tenderos no cesan de publicitarse.



El que busca justificar sus acciones a como dé lugar está derrotado de antemano.



Recordar el esplendor en medio de la caída no hace más que acrecentar la miseria.



¡Cómo se atreve a considerarse anarquista esa escoria destructiva e inculta!



Los que más alborotan en medio de la turba suelen ser los más cobardes.



Quienes viven intensamente desprecian con justa razón a los que se adaptan de forma sumisa a la existencia.



Cuanto más grandes hayan sido nuestros padecimientos, mayor será nuestra solidaridad.



El que ambiciona alcanzar la totalidad siempre será una mala parte.



Sólo los débiles e incapaces se engrandecen en medio de la manada.



A menudo olvidamos que la bajeza en la que nos regodeamos sólo se puede superar con la grandeza que nos negamos a admirar.



Los que se niegan a aprender son los que más se empeñan en enseñar.



Los que anhelan llegar a la meta despreciando los caminos están condenados a permanecer en sí mismos.



El orgullo sin espiritualidad se transforma inevitablemente en un monstruo que se autodevora.

El que reconoce sus errores evita recurrir a la mentira.



Las peores decisiones se toman desde el rencor.



La falsa rebeldía se cubre siempre con un manto de ignorancia.



Todos los fundamentalistas son sordos y ciegos.



Las mentalidades intolerantes y reaccionarias tienden a suplir su incultura con una cerrazón sepulcral.



La inefable “democratización del hedonismo” convierte inevitablemente lo bello en vulgar.



La ironía es un gesto desesperado para evitar el contagio de la domesticidad crédula.

VI



Creer en el azar es no creer en nada, y el que no cree en nada ni siquiera cree en sí mismo. Precisamente de ahí, de la necesidad de creer en sí mismo, es de donde extrae el individuo autoconsciente el último aliento ético que le permite pasar por encima de todas las dudas.



La autonomía del individuo como logro sociohistórico no implica una moral aislada. Lo público y lo privado constituyen un escenario de convergencias y divergencias, no olvidando jamás que el lema rector de toda civilidad debe ser “buscar el mayor beneficio para la mayor cantidad de gente el mayor tiempo posible”.



No es gratuito que la palabra “moral” haya caído en franco desprestigio, y que los cultores del azar y de la entropía se pongan al frente de la cruzada académica contra la divinización de la moral. Mas no debemos dejar de tener presente que fue la mala moral —dogmática, punitiva e inmutable— la que acabó con la filosofía, y no la mala filosofía con la moral.

VI

La autoculpabilidad y la aversión patológica al pecado son consecuencia fatal de un odio exacerbado a la autogratificación y al placer. Pero el que odia deja ya de ser verdaderamente moral, y su razón, aun siendo privilegiada, se oscurece al obsesionarse con lo negativo.



Desde la negatividad de las primitivas expresiones de temor, la religión ha sido la más rígida e intolerante de todas las instituciones humanas; por eso le corresponde a la moral determinar a la religión, y no al revés.



La moralidad de toda experiencia humana está determinada por la intencionalidad del individuo. Una motivación basada en la autogratificación o en el miedo y en la ira, jamás conducirá a una moral sublime.



La razón, por sí misma, no puede precisar dónde termina el mal y dónde comienza el bien; la religión, por sí misma, tiende sentenciosamente al absolutismo.



La moral evolutiva no puede, pues, ser soberbia ni ascética. El monje y el creador que viven aislados al margen de la civilidad, al renunciar voluntariamente a la cooperación con los demás, terminan sucumbiendo en una competencia soberbia consigo mismos.

No hay moral más tradicionalista que la de un teólogo ni más soberbia que la de un ateo.



La ética es el eje rector de la justicia y de la paz social, es la mezcla esencial que une y da permanencia a las expresiones cívicas.



No es la religión la que hace evolucionar a la ética, sino que es ésta, la filosofía y el sentido de justicia que conlleva, la que hace evolucionar a la religión.



Es la ética la que determina a la solidaridad, y no al revés; es la ética, el sentimiento más íntimo y profundo de justicia, la que nos permite saber cuándo infringimos la civilidad y dañamos el patrimonio ajeno en nuestro propio beneficio.



En la raíz de toda convivencia ética está la relación esencial entre la justicia y el bien social.



No hay justicia sin bondad, ni bondad sin justicia; en otras palabras: lo que es justo es bueno, y lo que es bueno es justo.



VI

La justicia es una opción más cívica que individual, y no ha habido, ni podrá haber, forma alguna de gobierno que no se haya cimentado en un código de justicia.



Una sociedad como la norteamericana, obsesionada por la acumulación de armas y de riqueza, no puede ser moral ni espiritualmente sana.



La despersonalización del individuo en las sociedades tecnolátricas trae como consecuencia inmediata el debilitamiento del espíritu cívico.



En una sociedad donde la ganancia desplaza a la ética, con el voto propiciamos más nuestra ruina que nuestra libertad.



La humildad, al igual que la justicia y la moral, no es un don sino una consecución. Y el individuo que logra la plena humildad y la plena generosidad deja ya atrás para siempre la búsqueda desesperada de los logros efímeros, que los neofenicios llaman “bienes”.



En una sociedad individualista y antigenerosa lo sagrado es conflictivo.

El desmedido amor a sí mismo no es una herejía religiosa, sino la fuente de toda inmoralidad.



Es comprensible que los niños que no fueron educados con valores éticos y pensamientos críticos tengan como héroes a futbolistas y actores.



Una sociedad da la espalda a la moral cuando ha roto sus vínculos con lo sagrado. Una sociedad inmoral es, por consiguiente, una sociedad en franca decadencia.



La moral, como la filosofía y la religión, se forja en la adversidad. Los grandes momentos morales de la historia han sido aquéllos en que las sociedades se han visto al borde del colapso.



El atribulado ser del siglo XXI no necesita nuevas teorías ni nuevas ideologías, sino una nueva forma de vida que ponga a la esperanza por encima de la desilusión y que convierta a la ética en el principio rector del nuevo civismo. Sólo así, donde ahora impera la astucia y el burdo utilitarismo podrá erigirse, como eje rector de la nueva civilidad, la tríada sublime del humanismo esencial: verdad, belleza y bondad.



VI

Es claro que el contexto global tiende hacia una sola religión, un solo gobierno y una sola filosofía planetaria; pero en el tránsito —de decenas o centenas de años— el cultivo del amor propio continuará siendo igual de profano e inmoral que el que denunciaba La Rochefoucauld en la artificiosa Corte de Versalles.



El hacedor de cultura debe resistir heroicamente (es decir, trágicamente) las tentaciones presentaneizantes del poder. Sólo negándose rotundamente a las intencionadas ofertas del poderoso, podrá el intelectual alcanzar la independencia ética indispensable para la creación sana y duradera, y ser voz representativa de la incorruptibilidad social.



Toda época de auge masivo y progreso técnico conlleva una decadencia ética; y es en el fermento de este humus antimítico y profanante, donde encuentran su medio ideal de crecimiento las expresiones más irracionales de la razón.



Sabe el poderoso que la independencia del sabio le es contraria, por lo que derrama con artera intención parte de sus riquezas sobre el lomo cada día más dispuesto a la caravana y la sumisión. Si la prosperidad sostenida de una nación precipita su caída, el acercamiento progresivo del sabio hacia el poder propicia una proliferación de obras mediocres y masivas.



Nos confirma la Historia con desesperanza que en el límite de prosperidad que precede a la caída, ni el poderoso quiere prescindir del sabio, ni éste deja de acercarse lisonjeramente a aquél. Únicamente en una sociedad en crisis, al decrecer el alcance del poderoso, puede el sabio recuperar su integridad y plenitud; esto es, ser ejemplo moral.



En mi particular código ético todos merecemos otra oportunidad. Sin embargo, conceder una tercera sería ya incurrir en lo fársico: la primera oportunidad es políticamente correcta, la segunda es éticamente correcta, y la tercera implicaría la ridiculización de las dos primeras.



A la luz mortecina de la suficiencia histórica, la distinción entre ética y estética puede verse muy bien en esta frase espigada de los diarios de Jünger: “El deseo de autenticidad no tiene como objetivo la belleza, sino la genuina verdad de las cosas”. ¿Y no nos habían dicho acaso los clásicos que sólo la verdad es bella?



Para mí, tan envilecido está hoy el periodismo protagonístico como la literatura que se pretende profunda. Y no es que no haya talento; lo que sucede es que se ha puesto el triunfar por encima de cualquier ética, y, sobre todo, por encima de la creación misma.



Yo jamás he escrito una novela o un artículo con la conciencia cínica de estar mintiendo. Para mí, y no me cansaré de repetirlo,

VI

la literatura, la buena literatura, como el buen periodismo, sólo pueden alcanzarse desde la grandeza ética; y desde la óptica de esta grandeza, todo lo que se escribe busca necesariamente la verdad.



Y no deja de ser un dato más de la miseria ética de nuestro tiempo, el hecho de que la crítica más incisiva y mordaz sea la hecha no desde la verdadera oposición, sino desde el resentimiento. En un mundo miserabilizado por los dueños inmorales de las pesas y las medidas, la palabra clave es “pedir”.



El culto a la ganancia rápida, sin importar para nada la moral, la justicia y el espíritu, me hace reflexionar que el facilismo y la decadencia no son en el fondo más que formas de renuncia.



La bajeza moral y el trasiego de poder me inflaman a menudo de rebeldía, aunque en el fondo esté convencido de que, tanto en los sueños como en la vida cotidiana, la única salida es el desapego.



No existe nada más elocuente que el silencio cuando el sabio renuncia a la tentación del poder y se asume como conciencia moral desinteresada.



A pesar de mi voluntad de desapego, no puedo evitar que la moral del guerrero ponga el pie sobre la moral cristiana. Las relecturas de Epicteto y Marco Aurelio no hacen más que confirmar mi barbarie.



El depredador más temible es aquel que jamás perdona. Lo comprobamos día a día en este tiempo de moral bursátil: la bestia mítica lamiéndole la mano al tirano ilustrado.



En todo moralista de gabinete se oculta un fraile que fantasea con sueños flagelantes.



Sin una actitud ética intachable es imposible la verdadera experiencia religiosa. La razón que reconoce sus límites busca en el corazón de la ética su completitud. Pero la eticidad no es un concepto, sino una experiencia.



En rigor la ética es la experiencia sublimadora que media entre la razón y la religión. Sin una actitud ética elevada la razón se banaliza y la religión se torna rumia profana.



La fe no es un antídoto contra la desesperación y el escepticismo, sino contra la soberbia luciferina que todos llevamos adentro. La

VI

ética nos hace vivir mejor; la fe nos permite creer que esta vivencia habrá de seguir creciendo por toda la eternidad.



Los falsos liderazgos actuales —sin ética ni solidaridad social— nos recuerdan el comportamiento de los perros, que, al sentirse sin ninguna obligación moral, corren de aquí para allá olfateando obsesivamente los lugares más apropiados para soltar sus deyecciones.



Entre la creación y la reflexión encuentra el hombre su pequeñez y su grandeza. Los grandes políticos reflexionan antes de los acontecimientos; los grandes moralistas, después.



Cuando un moralista en ciernes es seducido por el poder, su ambición pervierte su franqueza y lo condena a ser la negación de lo que se había propuesto ser. Después, si el soplo del espíritu vuelve a descender sobre él, se aleja agradecido de la intriga y la infamia para entregarse en silencioso retiro a la sabia reflexión. Séneca y La Rochefoucauld son ejemplos máximos del moralista que cae en la tentación del poder y, tras la degradación, resurge con la verdad esencial en la mirada. La excepción negadora de los extremos es, una vez más, el sin par Marco Aurelio.



Es claro que el desplazamiento de la sabiduría y la moral por la rentabilidad y la ganancia ha transformado el concepto de grandeza

e inmortalidad en una burda y deshonesta manipulación de frases vacías y de números.



Nuestros políticos saben muy bien que el pedir inferioriza y que el dar engrandece, por eso han hecho de la mayoría de los intelectuales unos pordioseros inmorales.



No hay moralidad más criminal que la que hace de un inocente un asesino para después ejecutarlo.



Reencuentro con el doble imperativo kantiano: la ley moral en mí y el cielo estrellado sobre mí. Siempre me produjo desazón que la mente privilegiada que señaló críticamente, y como nunca antes se había hecho, los límites de la razón, estuviera anclada en una vida de rutina y rumia. Sin embargo, esa frase sublimadora de espiritualidad y moral jamás ha dejado de ser un faro intermitente en mi destino. Por ello no me sorprende la manera sigilosa y fluida con que la ética y la espiritualidad han venido adueñándose de mi vida, cambiando y redescubriendo actitudes que la soberbia razón pretende despreciar y arrinconar como momentos confusos del pasado irreversible.



Si en la finitud reside originalmente la posibilidad del mal, en la imperfección de la experiencia humana tiene la maldad su anidamiento. En la naturaleza no hay más maldad que la humana: la que

VI

proviene de una torpe elección que desprecia los valores morales y da la espalda a la luz del espíritu.



La verdadera maldad no reside en la ignorancia, sino en la perversidad de la conciencia que se regodea en tales actos.



Un dotado imaginador cuya obra carezca de grandeza moral y espiritual no es más que una rareza animal dentro del zoológico humano. Es un hecho histórico irrefutable que, cuando lo que los escritores dicen y escriben está dissociado de lo que viven, la sociedad entra en una fase de barbarie o decadencia.



La única rebeldía que ahora concibo es la defensiva. Desobedecer un mandato tiránico, sublevarse ante una acción represiva e inhumana es una actitud consustancial con la conciencia sociocéntrica. En un mundo imperfecto y carente de verdad es inevitable que la injusticia provoque la rebeldía. El error imperdonable de los rebeldes egocéntricos es no comprender que toda rebelión que se asume como poder degenera inevitablemente en tiranía.



La separación de vida y obra es el atentado más artero contra el pensamiento y la mayor ofensa contra la ética. El escritor que no distingue claramente el bien del mal es presa fácil del mercado y de la fama: la doble faz de la actual intelectualidad profana.

Todo moralismo exacerbado tiene algo de monstruoso. Cuando el hombre que se juzga no quiere ser perdonado, pone de nuevo en escena el drama luciferino. En el no querer perdonar ni ser perdonado reside la locura de toda rebeldía. La verdadera moralidad exige el sacrificio incondicional de la bestia arrogante que todos llevamos adentro.



La prueba decisiva de todo moralismo está en la vida. Sin un cuerpo voluntarioso y sano, una mente inquieta y escrutadora, y un espíritu abriéndose hacia la luz infinita no puede haber verdaderos guías, tan sólo simples vendedores de verdades.



La verdadera ética no puede atentar contra el libre albedrío. Mientras un individuo no dañe a otro puede hacer con su vida lo que quiera, y esto incluye a todas las formas posibles de autodestrucción: como las drogas, el tabaco y el alcohol.



Usar a los demás como un trampolín para triunfar y enriquecerse es la negación de la ética. La razón, en su delirio dominador, sólo busca la autogratificación y el utilitarismo. En el fondo, el ego que le da la espalda al espíritu continúa añorando la vida salvaje de colmillo y garra.



Los políticos inmorales son malos siervos que se asumen y actúan como señores.

VI

Hay insectos que nunca duermen y peces que no dejan de nadar; de la misma manera, en el hombre moral el espíritu no cesa de crecer por el resto de la eternidad.



La obsesión por regresar al origen es una clara prueba del sentimiento de extravío que aflige a las culturas inmorales y viciosas.



El anhelo de felicidad que se centra en la seguridad de un poder inmoral conduce irremediabilmente a la desgracia. Pero esto, por supuesto, no lo quieren entender los que lucran con el temor y la ignorancia.



Es claro que donde reina la ambición la moral se da por despedida.



Ante la rumia infértil de la fauna académica actual es imposible no admirar la grandeza ética de los cínicos y los estoicos.



Pero es claro que en un tiempo de caída como el actual la separación de la vida de la obra es un atractivo requisito para cometer las inmoralidades de toda laya.



Mientras no nos resistamos a la gratificación animalística que nos imponen los comerciantes inmorales, estaremos condenados a vivir en permanente conflicto con el tiempo.



No puedo aceptar el liberalismo porque es inseparable de la vileza esencial del libre mercado.



No puedo evitar sublevarme cuando me entero de las fortunas que se hacen especulando financieramente y traficando con la salud de los consumidores. El empresario inmoral que sólo piensa en su propio beneficio no merece más admiración que la de un depredador salvaje. Lo que se admira es justamente la implacabilidad de colmillo y garra...



La barbarie sin valores nos retrotrae a un tiempo sin historia, donde cada quien hacía lo que le venía en gana. En el culto al empresario sagaz y al vendedor consumado está impreso el sello ignominioso de una sociedad fársica.



Es indispensable quitarle al poder su aureola deseante. Si los puestos públicos no fuesen tan deseados por sus privilegios inmorales, gobernar se convertiría en una verdadera cuestión de honor. Mientras el poder continúe siendo visto como un botín, cualquier energúmeno querrá gobernar.

VI

El funcionario que roba y miente en su propio beneficio es igual de inmoral que el bárbaro que sólo vive para satisfacer su instinto animal.



Todos somos víctimas de la inmoralidad que despreciamos.



Cuando gobierna la inmoralidad los vicios acrecientan su hambre.



Cuando el bolsillo manda sobre el intelecto, la voracidad y la inmoralidad son los únicos medios de ascenso.



No puede ser moral una cultura donde los ricos filantropizan sus ganancias con el fin de ganar más.



Si dejamos que los funcionarios inmorales sigan gobernando a su arbitrio, toda obra identitaria original será ofrendada al turismo.



La inmoralidad de los liderazgos no hace a la masa más prudente, sino más bruta.



Urge formar, desde el municipio a la nación, Consejos Ciudadanos que ejerzan la rectoría moral de la sociedad.



En el actual mundo de inmoralidad y corrupción son pocos los gusanos que alcanzan la sublime condición de mariposas.



No puede tener autoridad moral quien vive inmoralmente.



Donde no hay justicia ni se acatan las leyes es imposible que exista la moral.



La crueldad es un acto exclusivamente humano, indisociable de la inmoralidad.



Confundir a la izquierda con los trepadores inmorales es cometer el mismo error que confundir a la literatura con los malos literatos.



La astucia inmoral de los funcionarios empobrece a la sociedad.



VI

Para los moralistas reprimidos: quienes vociferan contra el efecto nocivo de las drogas suelen ser adictos a las sustancias cancerígenas.



Las “razones de establo” de Maquiavelo sólo sirven hoy día para la fauna inmoral que supedita el interés público al privado.



Sin fundamentación humanística —ética y filosófica— el periodismo es un mero manipuleo de infamias.



La moral es el último bastión de la conciencia desesperanzada.



Los que carecen de autocrítica convierten en necesario todo lo superfluo.

VII



Antes de alcanzar la autodeterminación, el animal humano debe transitar por una serie de estadios evolutivos que se implican y conllevan en un proceso de caídas, saltos y regresiones que ninguna ciencia puede predecir.



El hogar y la escuela, más que la vida religiosa y social, son las pautas más precisas de valoración evolutiva. El impulso moral de una época es directamente proporcional a la pauta educativa generacional, esto es, al nivel educativo que los jóvenes puedan adquirir en la familia y en la escuela.



A medida que las sociedades van evolucionando, el bien público ya no se contrapone al bien privado, y la moral pública es indisociable de la moral privada. Buscar el bien propio sin dañar el ajeno, se convierte en hacer el bien ajeno sin dañar el propio.



El hombre es una extraña criatura imperfecta que desconoce su origen y que también desconoce su fin.

VII

Al igual que sucede con el hombre, las culturas tienen su verdadera personalidad en el núcleo espiritual. El cuerpo y las estructuras sociales son solamente los vehículos para la evolución incesante del espíritu.



El humor —cuando está libre de intereses profanos— es el mejor antídoto contra la importancia personal. El hombre primitivo y dominado por los instintos carece por completo del sentido del humor; el hombre espiritualmente evolucionado ya no necesita de él, su ego está totalmente desimportalizado.



Los ufanos partidarios del caos y del azar creen que los logros científicos nos liberaron al fin de las supersticiones primitivas. Despreciando todo lo que no se puede medir ni pesar, le cortaron las alas a la imaginación y nos condenaron a vivir, como entidades de laboratorio, en un mundo de certezas fácticas carente por completo de espíritu. Desde esta perspectiva desamparada, Dios, creación, dirección histórica, diseño cósmico..., no son más que entelequias de la misma inconsistencia metafísica que los ángeles y los milagros.



El hombre poco evolucionado no mata ni destruye por placer o necesidad, sino por ignorancia. Cuando sepamos que todo lo que matamos o destruimos es parte de nosotros mismos, ni la naturaleza ni nuestros semejantes serán vistos como enemigos. Matar para vivir —y lo dice alguien que ha matado miles de vidas para poder subsistir— es la negación más absurda del espíritu.

Los tres pilares de la fase actual de la evolución (o debería decir más bien involución) humana —la familia, la escuela y los medios de comunicación— son sin duda las pautas más precisas para medir la decadencia.



Para el creador mental el descontento puede ser un aliciente; para el creador espiritual la autocrítica es la parte esencial de la evolución personal. El camino de la creación se aleja por igual del regodeo autocomplaciente y del rechazo obsesivo. Toda creación es una ascensión, y en el esfuerzo van quedando al margen los temores y los deseos.



La mente primitiva venera lo que teme; la mente evolucionada venera lo sublime.



Entre el temor más primitivo y el deseo más irracional, el animal humano llega inevitablemente a desear la ruptura del ordenamiento cósmico; y entonces sólo piensa en hincar el colmillo o la garra sobre los que están más abajo en evolución o infortunio.



Evolución y revelación: la primera nos dice de dónde venimos; la segunda hacia dónde vamos.



VII

La lección no puede ser más cristiana: si Occidente no potencia la unidad ética y espiritual de la vida y de la obra, que es la base de toda evolución superior, entrará en un proceso de franca decadencia.



Sin creación no puede haber evolución, y sin el intelecto no puede hablarse de experiencia alguna. La creación es un atributo de la divinidad, y también un don espiritual que poseen en potencia todos los individuos. Pero en realidad el hombre propiamente no crea (es decir, no extrae algo de la nada), sino que evoluciona; y lo que llamamos creación no es otra cosa que la experiencialidad del don divino que nos fue otorgado: la complementación armoniosa de la mente con el espíritu.



Un espíritu sin mente es tan impensable como una mente sin cuerpo: los tres se necesitan para evolucionar, y la única manera posible de evolucionar es mediante la experiencia.



Los que aman los espacios euclidianos suelen ser propensos a la intolerancia. La línea recta y la superficie plana son antinaturales; sólo existen en cuanto el hombre las concibe. Nada en la naturaleza sigue una evolución recta e ininterrumpida. Si existiera la evolución en línea recta no tendría sentido el don cósmico del libre albedrío. Pero pasarán aún muchos años antes de que el ser humano distinga claramente las propiedades de lo existente de las atribuciones subjetivas.

Cuanto menos evolucionada está una sociedad más prohibiciones existen. El ciudadano consciente de sus derechos y libertades no necesita prohibiciones, sino gobernantes íntegros. La descomposición de las sociedades comienza con la descomposición de los gobiernos.



Es impensable cualquier forma de evolución —física, mental y espiritual— que no sea a través de la experiencia.



La soberbia racional es tan necia y autoritaria que, incluso cuando se descubran formas de vida inteligente en otros planetas los científicos ateos alegarán que es una prueba más de la azarosa evolución cósmica.



Los que sembraron las semillas cósmicas deben de estar sorprendidos con la cizaña que las ha contaminado. Una vez que se instaura el dictado de la evolución los desvíos y retrocesos son inseparables de los avances.



Hoy, en pleno delirio egocentrista, la evolución de la especie está completamente supeditada a la máxima libertad del individuo; de manera que cualquier dinamismo que busque el bien colectivo por encima de la libertad sin condiciones del individuo queda descartado por coercitivo.

VII

Ahora que los filósofos y los teósofos prefieren pensar en un horizonte más *evolucionario* que *revolucionario*, los científicos se avocan efusivamente a la defensa del concepto de “revolución”. La evolución es lenta y gradual; la revolución es fulminante y desbordada.



El determinismo biológico es el padre de todos los determinismos, una manera ruda e imperativa de ver el mundo que prescinde de su parte complementaria: la evolución de la cultura.



La búsqueda de la felicidad es una condición básica de la evolución humana. Lo que no podemos aceptar es una felicidad ego-céntrica que dañe a otro. La insensibilidad actual hacia el daño y el sufrimiento ajenos es consecuencia de un deseo compulsivo de ser feliz, una necesidad intempestiva de llegar a los límites del placer a través de las funciones oral y genital. Y tenemos que enfatizarlo: ninguna civilización ha sido tan digestiva y genital como la nuestra.



El egoísmo y el altruismo provienen del mismo yo: uno se inclina hacia la autogratificación y el reconocimiento; el otro se eleva por encima de la razón para comprender que sólo con los demás la evolución es posible.



A nivel evolutivo la rapidez carece de importancia. Ha habido y seguirá habiendo retrocesos y decadencias en la evolución de la es-

pecie humana, y a menudo allí donde ya creemos establecido de manera permanente un código de civilidad, resurge con voluntad imperativa la barbarie.



La familia no sólo es el núcleo civilizador por antonomasia, sino que también, y por su propio desempeño estabilizador, es la pauta de la evolución de la moral. La decadencia del Estado es indisoluble de la decadencia de la familia, y cuando el Estado se rige por principios injustos y regresivos, la familia se convierte en un reducto de incivilidad.



Una generación que no cree en sí misma y que renuncia a asumir su papel histórico —como la actual: entre los veinte y los treinta años— implica una regresión en el proceso evolutivo: es como si de golpe la conciencia se encerrara en su vacuidad, como un bivalvo en su propia baba.



Al dar por sentada la evolución lineal e irreversible, el presentáneo se cree formando parte de un espacio-tiempo superior al pasado. El aumento del tener y el consumir lo afirma por momentos en la convicción de que la felicidad no sólo es posible, sino que está cada vez más cerca. Pero el fracaso es ineludible; el deseo de tener no alcanza jamás su límite, y la vivencia se vuelve progresivamente más efímera e insatisfecha.



VII

La evolución científica se ha potenciado geométricamente en relación a la evolución espiritual.



Cuanto mayor sea la evolución moral de una sociedad, menor será la necesidad de leyes represivas.



Los idiomas terminarán inevitablemente fundiéndose en un solo idioma, las religiones en una sola religión y las literaturas en una sola literatura; únicamente lo que se niega a evolucionar se convierte en burdo remedo de sí mismo.



Cuando somos adolescentes sospechamos que todo el mundo es consciente de nuestra estupidez; cuando maduramos solo vemos la estupidez ajena.



Ya no tiene caso hablar de la perversión de las ideologías: es la civilización entera la que ha fracasado.

VIII



Los límites de los sentidos son las cosas; los de la mente la infinitud.



Para el ser humano la única verdad incuestionable es la imposibilidad de alcanzarla.



La verdad, la belleza y la bondad son para la razón sólo intentos, nunca logros consumados.



Es imperativo ponerle un límite a todo el aparato autoritario-racional que encumbró al lenguaje por encima de la vida.



Donde hay verdades que se pretenden inamovibles la razón crítica debe encontrar dudas.



VIII

El lenguaje es una cárcel que encierra al propio carcelero.



La perversión del lenguaje es proporcional a la dimensión de la verdad que creemos que encierra.



El conocimiento es como la tierra, cuanto menos se cultiva más agreste se hace.



En los tiempos antifilosóficos como el actual, pensar es tan sólo un intento por mantenerse a flote en el masivo mar de la inconsciencia.



Discrepar con argumentos es propio de mentes egregias; permanecer neciamente en la discrepancia es ya patología extrema.



La verdad racional, lo sabemos muy bien a costa de miles de años y millones de vidas, no puede ser absoluta ni duradera. La verdad de Descartes no es la verdad de Nietzsche ni la de Heidegger, ni puede ser la nuestra. Lo que celebramos de estos profetas de la razón es el gesto, la valentía de haberse atrevido a poner el pensamiento de cabeza, que es lo que hoy reclama de manera radical la filosofía, agobiada por una fraseología académica vacía e inverosímil.

La imposibilidad de la razón para alcanzar la verdad es también, y necesariamente, una imposibilidad lógica e ideológica.



En las calles hay vida, no filosofía; en las universidades hay filosofía, no vida.



No necesitas pensamientos ajenos para hallar la respuesta adecuada; tu mente es como un perro sumiso que sólo obedece la voz del amo.



Los más elevados pensamientos suelen proceder de existencias desafortunadas.



La pasión por los gritos es indisociable de la carencia de pensamientos; nada hay más antagónico que el gritar y el pensar.



La duda es indisociable de la condición pervertidora de la palabra; la duda y la palabra son resultado de la misma deficiencia: la imposibilidad racional de alcanzar la verdad. Mas no nos dejemos seducir por estas declaraciones para paladares dogmáticos. Lo último que nos queda cuando ya no creemos en nada es el falso consuelo de la razón desilusionada, la fría y desolada intemperie del escepticismo.

VIII

El no poder poseer la verdad de forma absoluta no implica que no podamos conocer nada. El conocimiento es el resultado de un cúmulo incesante de experiencias vividas por individuos que no sólo dialogaron consigo mismos y con la multitud, sino, sobre todo, con la Historia.



La tarea de la filosofía en nuestros días no puede ser más clara y precisa: reconocer las limitaciones de todo intento filosófico, y hacer de la búsqueda incesante de la verdad la razón no sólo del pensar sino de la vida.



Ninguna filosofía ha podido, ni podrá jamás, mostrar la *verdad*; de la misma manera que ningún filósofo ha podido ni podrá mostrar la verdadera filosofía, a lo más nos mostrará *su filosofía*. Es en este sentido que Heidegger tenía razón al decir que el ser remite al Ser, porque lo absoluto sólo se manifiesta en lo relativo: una visión fugaz de lo eterno en lo efímero. Pero remitir no significa conocer. La manifestación de lo absoluto no se da ni puede darse en el lenguaje, pues toda racionalización lingüística es defectiva.



Al dudar somos conciencia escindida del mundo, y esta escisión es, por naturaleza, fuente de culpabilidad y sufrimiento, o lo que es lo mismo: de humillación.



La verdad racional, al igual que la verdad religiosa, sólo es absoluta para los que gobiernan.

La filosofía, entonces, no es más que una supervía que se prolonga sin fin hacia la eternidad. Las formas posibles de recorrer esa supervía son infinitas, mas no todas conducen hacia la felicidad.



La vida no puede circunscribirse a puros significados, ni la filosofía ni lenguaje alguno pueden agotar la experiencia vivida, como lo expresó magistralmente R. L. Stevenson en *Memoria para el olvido*: “El lenguaje no es más que un pobre farol con el que mostrar la vasta catedral del mundo...No hay palabras suficientes en todo Shakespeare para expresar la más pequeña fracción de experiencia de un hombre en una hora”.



Los filósofos que más cerca han estado de entender que el logro ético supremo es el autocontrol, fueron los cínicos y los estoicos. A diferencia de los actuales profesores de filosofía, entorpecidos por la rumia y el interpretacionismo, aquellos filósofos primordiales vivían de acuerdo a lo que predicaban y predicaban de acuerdo a como vivían.



Después de veinticinco siglos de intento civilizador y de millones de vidas ofrendadas, aún seguimos siendo filosóficamente inmorales y políticamente anticívicos. El eje discursivo de la tragedia es el mismo: el abuso inmoral del poder por parte de individuos y grupos que sólo buscan su propio beneficio.



VIII

Nuestro tiempo exige sin más dilaciones la reivindicación social de la filosofía, el uso libre y crítico de la razón que nos permita comprender lo que la ciencia desdeña por especulativo y la religión desprecia por herético.



La filosofía tiene ahora ante sí la tarea de unir al individuo con el cosmos; la posibilidad de recuperar de manera exitosa su función primordial unificadora: hacer que la ciencia y la religión se integren en una visión abierta, tolerante y omniabarcadora. La búsqueda de este camino ha sido una obsesión para las más privilegiadas mentes cosmocéntricas, pero ha concentrado también los más egocéntricos enconos.



La filosofía cosmocéntrica se regocija ante la posibilidad descubridora de la ciencia; y se autorrealiza al tender un puente clarificador entre la lógica del mundo material y los valores emanados del espíritu. El ser humano, saludable y racional, anhela la armonía y rechaza la conflictividad.



Nada más ajeno al tráfico vulgar de pesas y medidas que el verdadero arte; y nada tan próximo al sople vivificador del espíritu como la verdadera filosofía. En el futuro que vislumbro nada de lo que no registre este sople divino merecerá ser impreso.



La luz de la razón sólo se ilumina a sí misma.

Pocas culturas son tan alérgicas a la profundidad de pensamiento como la norteamericana. Allí, cuando ha habido filosofía, no ha sido más que un recetario técnico para justificar y hacer más eficiente la producción y venta de mercancías; y en ciertos casos extremos se lleva al límite la autoculpabilidad para arremeter frontalmente contra la infértil rumia académica que pretende extraerle algún jugo a los desechos metódicos importados de Europa.



La filosofía del siglo XX, con Heidegger a la cabeza, se había construido sobre una selva de palabras y de espaldas a la vida. ¿Qué hacer con todo el aparato conceptual desarrollado por Occidente para sufrir la vida y no para gozarla?



La mayoría de los sistemas filosóficos evidencian una incapacidad esencial para gozar la vida.



Voltaire: “El pueblo no lee; trabaja seis días a la semana y el séptimo se va a la taberna”. Hoy sigue sin leer, trabaja menos y taberna más.



Donde hay verdades que se pretenden inamovibles el filósofo debe encontrar dudas, y donde hay dudas la única opción es el cuestionamiento.



VIII

¿Cómo filosofar en un tiempo como el nuestro en que la filosofía deviene entre la ingeniería social y la divulgación? La respuesta es inapelable: hay que filosofar con la convicción de que la filosofía jamás podrá llegar a la verdad de las cosas. Se entiende entonces por qué la filosofía francesa, después de Sartre, es la más prescindible de todas: se quedó en el mero andamiaje.



Lo que hace al filósofo es el valor de atreverse a responder todas las preguntas sabiendo que ninguna es definitiva.



En la raíz del dolor y el desgarramiento está la duda, pero también están la fe y el sabio desapego que son los que permiten superarla.



Hoy saqué con una cuerda de pescar de medio milímetro de grosor un agujón de casi diez kilos. En un lance como éste, en el jalar y soltar sucesivo para evitar el corte repentino de las aserradas mandíbulas, hay más filosofía vital que en todo Ortega junto, y más teología que en el etéreo Zubiri. Pero esto, claro está, no se puede entender desde un cubículo universitario.



Ortega y Gasset ya lo había pronosticado: con Heidegger, el pensamiento occidental llegaba a la deshumanización plena.



Heidegger fue sin duda uno de los más grandes conocedores de la filosofía griega, y por ello fue también víctima del esplendor anquilosado. Demasiado pensamiento y demasiada moral hacen del amor un acto culpable. Y en Heidegger la culpabilidad y la angustia son una constante.



El concepto de dualidad es una tara que lastra a la filosofía occidental desde su origen. La dualidad vida-muerte, luz-oscuridad, positivo-negativo, etc., es el fundamento mismo de la razón occidental. Lo que generalmente la razón occidental toma por unidad de la conciencia no es la superación de lo dual, sino la imposición de una de las partes sobre la otra. Y ésta ha sido justamente la némesis de la filosofía de nuestro tiempo: hizo que la razón, en su soberbia, lo absorbiera todo; y no sólo despreció todo lo que no deificaba al concepto, sino que se dedicó sistemáticamente a hacer escarnio y desollar todo atisbo de conciencia unitaria.



El vivir completamente hacia afuera es la negación de todo auténtico filosofar.



Los que se enneguecen con la luz del sol están condenados a ser hijos de la noche.



Los que nadan en el mar del escepticismo jamás dejarán de ser naufragos.

VIII

En el fondo, tanto el maniqueísmo como el cartesianismo son vástagos legítimos del dualismo. Y la respuesta a la pregunta que fundamenta ontológicamente al ser ya no puede ser dual. Ahora ya no se trata de afirmar el yo contra el otro, hay que dejar que el yo y el otro pasen sobre las turbulencias del concepto y trasciendan la dualidad. Pero me temo que la razón no cederá fácilmente su tiranía. Y tal vez tengan razón a la postre los que creen que el universo humano es irremediabilmente dual.



En el necio recurso de la salvación gratuita hay la misma incongruencia que en la obsesión de la filosofía por la verdad efímera. Pero la verdad absoluta no nos será dada jamás en este tránsito egocéntrico, ni habrá más salvación que la que uno pueda encontrar en la plenitud del silencio cósmico.



Lo único que nos queda es el intento, que es la forma que el Espíritu asume para mostrar un destello de eternidad a los mejores seres humanos. En ese darlo todo sin esperar nada a cambio, está la única salvación a la que podemos aspirar; y en la lucidez renunciadora del desapego está también la raíz de la única verdad que podemos conocer: sólo convirtiéndose en pura luz podrá el intento liberarnos.



Cuanto más desconfío de la palabra, mayor es mi atracción hacia una filosofía del silencio.



La fría sombra de la muerte: lo intentó la filosofía y fracasó; ahora la soberbia luzbeliana se cierne sobre la biotecnología. Ya no es suficiente insistir en que el origen y el fin de toda cultura material residen en la muerte; lo que los monos arrogantes quieren ahora es eternizarse.



Renunciar, prescindir, minimizar, no son expresiones gratas a una moral farisaica que globaliza el deseo protagonístico y hace del sexo y el poder las máximas aspiraciones de la bestia en la que nos hemos convertido. Hace treinta años la filosofía de la renuncia y el sacrificio me parecía un típico producto de la sociedad patriarcal. Ahora me convenzo, cada día más, que sin renuncia al consumo destructivo y al deslumbre perverso de lo efímero no puede haber auténtica libertad; y que sin sacrificar a la bestia que vive exclusivamente para el vicio no puede existir verdadera espiritualidad.



La nada jamás ha activado mis fibras íntimas. A fuerza de vivir en el vértigo y tener siempre en la pupila el fondo oscuro del abismo, no he podido conceder valor a esas filosofías que se preocupan en demasía por lo que puede haber más acá o más allá de la vida. Ni siquiera me ha interesado la negación de la nada como tal. Para mí todo está aquí, en el horizonte insondable de la vida; aquí el paraíso, aquí el infierno y aquí también el purgatorio. Aquí se peca y se cumplen los castigos, aquí están todos los horrores posibles y todas las visiones beatíficas.



VIII

La filosofía de nuestro tiempo debe ser clara y directa como un trazo de luz en medio de una tormenta. De nada sirve seguir regodeándonos en los linderos patológicos de la conciencia. Hay que convertir el filosofar en un nuevo vivir, donde lo determinante no sea la subconsciencia y la inconsciencia, sino la supraconsciencia: justo el extremo opuesto al patológico diván freudiano y al aula sin vida heideggeriana.



En la soberbia encuentra el intelecto su acabamiento. La filosofía es la antítesis de Saturno: hizo que sus vástagos crecieran sanos y arrogantes, y terminó siendo devorado por ellos.



Ciencia, religión y filosofía: los tres ejes rectores de este milenio. La ciencia trata con hechos, la religión con valores, y corresponde a la moral unir armoniosamente a las dos. Pero sólo gracias a la filosofía —significados— podemos diferenciar lo terrenal de lo celestial.



Cómo hacen falta un nuevo Diógenes y un nuevo Séneca que pongan la filosofía y la moral por encima de los triunfos efímeros y de las ganancias fáciles.



De la sicología a la filosofía y de la filosofía a la espiritualidad, he aquí la trayectoria de la flecha que busca con desesperación darle vida plena a la página en blanco.

Sin duda el estado natural del hombre sabio debe ser la fluidez. Tanto la ciencia y la filosofía como la sicología y la religión únicamente tienen sentido en el experimento. La creación es el acto más peligroso del hombre, el momento crucial en que decidimos imitar la soberbia luciferina o fundirnos con lo divino.



La gran tarea de la filosofía de nuestro tiempo: pasar de la ideación egocéntrica a la cosmovisión espiritual; y en medio debe reaparecer la experiencia humanística de la ciencia. He aquí la verdadera lección que nos legó el humanismo desde Plotino hasta Heidegger: la desconfianza en el antropocentrismo y en la soberbia racional.



La verdadera tarea de la filosofía ha sido siempre iluminar lo exterior desde lo interior. En la vida exterior —la sensoriocorporal— todo es efimeridad y decadencia; mientras que en la vida interior —la supraconsciente— es donde fructifican los más grandes valores creativos.



La interiorización del filosofar no debe confundirse con el ascetismo mental o con la autogratificación abstracta; interiorizar es profundizar, llegar a la raíz de los valores más sublimes para traer de regreso a la vida los significados incorruptibles y permanentes.



Ante la descomposición espiritual de Occidente y el empuje liberador de las seudofilosofías de la India y el Tíbet, todas las estrategias

VIII

centradas en la autogratificación del sujeto deben ser abandonadas. El apego al yo está en la esencia del deseo de poder.



En el gusto por todo tipo de esoterismos manifiestan las clases pudientes su inconsistencia histórica. A falta de una profunda creencia religiosa, y negados por voluntad propia para percibir los grandes logros filosóficos, los herederos de las fortunas mal habidas buscan satisfacer su precaria espiritualidad con una mezcla de recetas esotéricas donde las supersticiones y la magia juegan un papel fundamental.



Entre todas estas creencias profanas, distanciadas por igual de la verdadera filosofía y la verdadera religión, el budismo ocupa un lugar central. Ninguna religión tiene tanta complejidad filosófica, y ninguna filosofía está tan impregnada de religiosidad. Sin embargo, mientras los budistas no reconozcan el papel central de la divinidad en la jerarquía cósmica, no dejarán de contaminarse con los esoterismos, confundiendo imperdonablemente el todo con la nada y bandeando de manera irresponsable entre la filosofía y la religión, sin aceptar absurdamente su pertenencia a ninguna de las dos.



Lo mejor del budismo: la práctica diaria para alcanzar la iluminación a través de la tolerancia y el amor. Lo peor del budismo: la indefinición ante Dios y la creencia en la reencarnación y la transmigración.

Es increíble que mentes tan preclaras como la de Ken Wilber sigan creyendo que hace varios cientos de miles de años fueron una piedra, luego una planta y después un animal...



Lo que determina la eficacia de una idea es el deseo de vivirla que nos inocular. ¿De qué vale mantener a esos inútiles profesores de filosofía si lo que enseñan carece de vida y, por tanto, no sirve para la vida?



Lucas, a los más astutos escribas de nuestro tiempo: “¡Ay de vosotros, filósofos!, que habéis quitado a la humanidad la llave del conocimiento. Vosotros mismos no entrasteis, y a los que querían entrar se lo impedisteis”.



Si las cosas sólo existen cuando hay un espectador que las percibe, como sostienen ciertos filósofos y físicos imbuidos del más primario escepticismo, nada explicaría mejor la condena de la seudo ritualidad escénica que depender del público ignaro que la celebra.



En los clásicos anteriores al siglo XIX cualquier personaje secundario podía hablar como un filósofo grecolatino; hoy cualquier personaje que pretenda ser verosímil deberá hablar de acuerdo a cómo vive.



VIII

Los métodos y los sistemas que se pretenden perfectos son los más efímeros.



El mejor método es aquel que evoluciona junto con el sujeto que lo concibe. La renuncia metódica hace al hombre perezoso y oportunista; el fijismo metódico deriva inevitablemente hacia el fundamentalismo.



Un sistema cerrado e inamovible es un monumento a la esclavitud; la carencia prolongada de un sistema y un método condena al ser humano al nomadismo.



Los profesores de filosofía han convertido a las universidades en espacios estériles donde se practica el onanismo especulativo.



La peor filosofía ha sido siempre la que pretende asumirse como ciencia. La proximidad de las matemáticas puede ser muy benéfica para la filosofía, pero sólo a condición de que la burda contundencia de los hechos no desplace al entretejimiento sutil de los significados.



La soberbia que caracteriza a la filosofía analítica anglonorteamericana es una clara contaminación del complejo de superioridad

de la ciencia. Sin dejar de reconocer a la ciencia su papel decisivo en la consolidación de la era tecnocrática, es indispensable enfatizar que el científico —desde la genética a la astrofísica— no deja de ensayar sus balbuceos cósmicos con la misma seguridad que un bebé que intenta dar sus primeros pasos verticales.



Por su naturaleza experimental, la ciencia es indisociable del relativismo y del error, por lo que está encarcelada sentenciosamente en la especulación. Y la especulación es el dominio genuino de la filosofía; de aquí que cuando la filosofía (significados) se supedita servilmente a la ciencia (hechos) el ser humano y su entorno se convierten en meras estadísticas.



Lo peor que le puede suceder a la filosofía es que se recluya en aulas y cubículos. La academia sistematiza y clasifica, pero ya sabemos que en el fervor estadístico no hay vida ni espíritu.



La filosofía es indisociable de la ciencia y de la religión. Sin la facticidad de la ciencia la filosofía se vuelve logocéntrica e inútil para la vida; sin la bondad y la humildad que emanan de la religión es impensable toda filosofía moral y toda ciencia ética. No obstante, en los momentos de autogratificación oral y genital como el que vivimos lo que más necesita la filosofía es el soplo rejuvenecedor de la imaginación; de ahí que no pueda haber una nueva filosofía sin la influencia libre y gozosa de la literatura.



VIII

La tarea de la nueva filosofía es la de relacionar de manera esclarecida hechos con valores. Ya no puede el lenguaje seguir desplazando a la vida, ni puede la ciencia erigirse en determinación suprema.



La más grande filosofía del siglo XX —de Heidegger a Sartre— está hecha de espaldas a la vida. Abrumado por la más irracional beligerancia el pensamiento occidental se dejó seducir por la caída y la muerte.



Sin duda, la mayoría de los profesores de filosofía se regodean en la autosuficiencia lingüística, y en vez de hablar de lo que hay de rescatable en las enseñanzas de Heidegger, Derrida o Habermas, se dedican a inventariar postulados y axiomas en la obra de estos autores sin querer aceptar que los textos en, por y para sí carecen de la menor trascendencia.



Al recluirse en las aulas la filosofía le ha cedido a la literatura la responsabilidad de entender y cambiar el mundo. Leer a cualquier filósofo postestructuralista o analítico puede contribuir a incrementar nuestra incertidumbre, pero no cambia en absoluto las relaciones intersubjetivas ni las del individuo con su entorno.



En un tiempo como el actual, en que es claro que nadie puede abrogarse el derecho a poseer la verdad absoluta —y mucho

menos el saber absoluto— la filosofía debe encontrar en la complementariedad entre la ciencia y la religión, así como entre la vida pública y la privada, una opción digna y superadora del infértil solipsismo.



Un pensar aburrido y ajeno a la vida sólo puede seducir a las mentalidades enfermizas que consideran al cubículo y a la granja como formas ideales de convivencialidad doméstica.



El filósofo-payaso Slavoj Žižek hace propia la tesis de Claude Lévi-Strauss de que todo filósofo llegó a la filosofía por frustración, que antes tuvo otra profesión u otra proyección en la que fracasó.



Una vez más es necesario distinguir entre filósofos y profesores de filosofía: los primeros son individuos autónomos que buscan respuestas a las infinitas dudas que se plantean a través de la unidad de la vida y de la obra; los segundos son asalariados sujetos al poder infértil de la academiocracia, y que por lo general tienen una vida estabulada.



Una filosofía que no tenga la fluidez imaginativa del ensayo es presa fácil del dogmatismo; pero una ensayística que dé la espalda al riguroso discurrir filosófico cae inevitablemente en una fragmentariedad dispersiva.

VIII

Cada día, a pesar del presente aciago que desprecia con ciega arrogancia al conocimiento, tengo más fe en el poder liberador de la filosofía. Se puede intentar la búsqueda de la verdad sin fe, lo mismo que se puede ser solidario siendo ateo; pero es imposible alcanzar los frutos de la bondad si no se renace en el espíritu.



Los cínicos y los estoicos fueron los filósofos que más acercaron la filosofía a la vida; los primeros instruían a los gobernados; los segundos a los gobernantes.



Cuando la palabra adquiere precio y se vende al mejor postor, la filosofía sufre una degradación moral y se convierte en sofística. Esto que sucede hoy día, sucedió también en las más grandes culturas en sus momentos de decadencia, cuando la oralidad y la genitalidad se imponen a la espiritualidad.



Sigo inmerso en mi libro *Filosofía para desencantados*, convencíendome cada vez más de que los lectores de este libro, salvo honrosísimas excepciones, aún no han nacido. La pasión por la luz y la claridad metódica representan un punto de llegada en mi búsqueda filosófica. Sin duda es el libro que yo hubiera deseado leer hace cuarenta años.



Heidegger y Goethe: el pensar y el ver. Ningún filósofo se interesó tanto por desentrañar la esencia de la mundanidad como

Heidegger, y ninguno fue tan desmundanizado como él. Es inútil tratar de encontrar en Heidegger algo que sirva como ejemplo de vida sabia. En cambio, en la visionaridad de Goethe, aun del Goethe cortesano y sedentario, hay por momentos una claridad que penetra hasta la más humilde de las conciencias. Dos genios genuinamente germanos que se abrieron paso en la Historia con sendas lámparas maravillosas en sus manos; pero mientras la de uno iluminaba, la del otro enneguecía.



Entre Goethe y Heidegger hay un abismo llamado Schopenhauer. Ahí está el corazón de la gran bestia pensante.



No hay señal más clara de decadencia que el desprecio a la filosofía.



La impostura como moda: los sedentarios hablan de deporte; los indolentes de rebeldía y los ignorantes de filosofía.



Cuando la gastronomía desplaza a la filosofía es inevitable que los pedos y los eructos imperen sobre la metafísica.



En la antigua Grecia y en la India se vivía la filosofía; después, con el ensoberbecimiento racional, los filósofos se dedicaron a escribirla.

VIII

Los filósofos que enfatizan la prescindencia y la vacuidad como vías de perfección son perfectamente prescindibles.



Ironías identitarias: los dos más grandes filósofos judíos de la Edad Media, Avicbrón y Maimónides, escribieron sus obras capitales en árabe.



Los filósofos analíticos son como los músicos de banda, incapaces de crear solos originales.



La verdadera arma del filósofo es la claridad.



Anaxágoras a Pericles, cuando el estadista se desentendió del filósofo: “Oh, Pericles, los que han menester de una lámpara le echan aceite”.



La condena de los hermeneutas posmodernos: pretender ser superiores a los autores que comentan.



El intelectual de hoy es como una rana en medio de un cenagal: su croar es necesario, aunque a nadie le importen ya sus reclamos.

Las inteligencias más agudas suelen inclinarse de manera natural hacia el bando equivocado.



Nada es más trágico para la inteligencia que tener que elegir entre la corrupción o el desorden.



Insistir sin inteligencia es el necio recurso del perdedor.



Los más virulentos ataques contra la inteligencia provienen de los que carecen de ella.



El culto a las inteligencias anómalas y perversas es la más clara prueba de que la civilización actual se ha convertido en un zoológico.



La Historia es una cloaca infecta en la que sólo las inteligencias más luminosas logran flotar.



Un aforismo es una bala disparada hacia la parte más inteligente de nuestra conciencia.

IX



El héroe de Carlyle y el superhombre de Nietzsche han sido suplantados por el hombre estabulado, que sólo fornicar, come y defeca.



Antes se mataba por heroicidad, ahora por envilecimiento.



Lo peor que les puede pasar a los profetas y a los santos es que se les use como pretexto profano de mercadotecnia.



Para alcanzar el beneficio purificador de la acción heroica, el integrante de la masa debe identificarse plenamente con el héroe, y lo hace mediante la acción ritual. Sin rito no hay purificación, y sin purificación no hay liberación de la culpabilidad.



Por vivir en la mentira y la simulación y no tener héroes liberadores ni mártires que actualicen la ofrendación de la víctima emisaria, las masas desbordan culpabilidad.

Ninguna acción social (política, moral o religiosa) alcanza trascendencia si no está unida por la ritualidad a un pasado prodigioso. Y es justamente esta prodigiosidad fascinante y trágica, la que le da al relato mítico su condición de hierografía.



El culto al héroe ha sido el fundamento mítico de que se ha valido el patriarcalismo para legitimar al Estado como autoridad y jerarquía. El héroe es el paradigma del enfrentamiento contra la adversidad; con su ejemplo semidivino tiende un puente ritual entre lo sagrado y lo profano, que permite que las masas se purifiquen con su acción sacrificial.



La edad heroica es el límite entre la barbarie y la sociedad jerarquizada.



Los tiempos de esplendor son producto de grandes líderes sociales; los tiempos de miseria son producto de liderazgos miserables.



En cumplimiento de sus designios sagrados, el héroe fundacional llega a cometer los más sanguinarios excesos. Detentador genuino de la segunda función, el héroe aún a la pura animalidad de colmillo y garra un profundo vínculo con lo sagrado (primera función). De ahí que el caudal de sus atribuciones se haya dividido sutilmente entre la fuerza y el valor, y la visión mística y esencial del curso de los acontecimientos.

El héroe moderno busca poner a prueba su invulnerabilidad valiéndose del escudo de las masas.



Cuando el poder y las masas forman un todo corruptor determinado por el deseo de consumo, el héroe no soporta su desamparo y sucumbe. Las masas saben ya por dolorosa experiencia que todo héroe triunfante está en camino de convertirse en tirano; por eso no ven en el héroe la fuerza superadora de la adversidad, sino al mártir que ayude a soportarla.



Al masificarse, la religión, al igual que el Estado, se desarraiga; pierde sus raíces míticas y se convierte en un todo vacío y desacralizado. Si la carencia de virtud del poder se evidencia en la inexistencia del héroe, la desacralización de la vida religiosa se hace explícita en la ausencia de mártires.



Héroes y mártires son lo opuesto a la masa, pero la masa no puede vibrar más que frente a una representación de aquéllos; por eso, en las grandes concentraciones se les sustituye y falsifica sin que las masas descubran la profanación.



Sin héroes ni mártires, la masa se aleja de lo sagrado y hace del espectáculo falsa magia y del éxito falsa religión.



La dualidad sagrado-profano que diversifica a lo espacial, determina igualmente la manifestación del tiempo. La diferenciación espacial entre dominio de la magia-religión y dominio de la ciencia, adquiere en la temporalidad el modo de una disociación entre lo mítico (dioses y héroes fundacionarios) y lo histórico (mortales).



Para los más grandes historiógrafos es claro que la verdadera grandeza consiste en desprenderse de toda codicia, de ahí que los héroes que se empeñan en persistir en el poder se conviertan inevitablemente en tiranos.



En el fondo, el culto a los grandes hombres no es más que el producto del servilismo innato de las masas: la plebe que celebra la dádiva circense del tirano es la misma que pide a gritos el sacrificio público del rebelde.



En la escasez, el instinto de sobrevivencia puede hacer de los cobardes, héroes; en la abundancia, la simulación y el hastío convierten el rito sacrificial en farsa. No es de extrañar que en los tiempos de decadencia los políticos se conviertan en actores, y los actores en políticos.



En un tiempo en que se le rinde culto a la astucia por encima de todos los valores identitarios es inevitable la desaparición de héroes y santos.

La heroicidad moderna desplaza la determinación de lo sagrado a lo profano, y al hacerlo privilegia el comportamiento de individuos que sobresalen pasajeraamente de la marea masiva, en detrimento de los semidioses que hacían del valor y la fuerza sus atributos funcionales. Si la heroicidad romántica buscaba en el rechazo al presente una recuperación de la plenitud pasada, la heroicidad moderna, amparada en la voluntad de poder, busca el dominio interesado del presente.



El desplazamiento de la heroicidad del guerrero al escritor, resalta el papel determinante de la racionalidad en una concepción histórica que privilegia la interpretación sobre la acción.



Tal vez el legado vital de los narradores gigantes de los siglos XIX y XX sea mediocre; pero su aportación literaria es perenne: la esencia del arte narrativo reside en contar bien una buena historia. Hoy, la narratividad se ha convertido en un falso manipuleo de signos e imágenes profanas, y en vez de grandes historias nos tratan de endilgar las tribulaciones de personajes igual de anodinos y antiheroicos que los propios autores.



El egocentrismo delirante condenó a la extinción a los héroes y, en consecuencia, también a los mitos. Por eso se les rinde reverencia a los titanes del mercado.



En una sociedad de farsantes como la nuestra, el lugar de los héroes lo ocupan los viciosos.



Todo el gran teatro griego fue grande justamente por la manera como conjuntó lo trágico con lo heroico. Sin tragedia no hay heroicidad posible, a lo sumo, se convierte en ofrendación doméstica.



Es inaudita la velocidad con que hoy se encumbran los mediocres. El hecho de que la atención social esté centrada en los espectáculos y los deportes es condición más que suficiente para que ya no existan ni héroes, ni sabios, ni mártires.



Yo no diría que las recientes generaciones carecen de destino, sino de fuerza y voluntad para realizarlo. El concepto de destino es inseparable de lo trágico, y la tragedia requiere necesariamente de héroes y transgresores que estén dispuestos a inmolarsse.



La pregunta que me suelen hacer cuando doy charlas en las universidades: “¿Por qué no hay héroes en nuestro tiempo?”. En la antigüedad el héroe estaba fatalmente destinado a matar y morir por la libertad de sus congéneres oprimidos; hoy sólo se mata y se muere por odio y por vicio. Ante la publicidad sin trabas del consumo destructivo y la glorificación masiva de actores y futbolistas, el único reducto de heroicidad en nuestros días es la naturaleza que agoniza.

IX

Los militares computarizados de hoy son la antítesis del héroe mítico liberador y fundacionario; éste se rebelaba y sacrificaba para instaurar la libertad, aquéllos se asumen como represores de toda rebeldía y enemigos jurados de la libertad.



La desaparición del héroe trágico que ofrendaba su vida por el bien común es el reverso irónico de una juventud antiheroica que asume la derrota como forma natural de vida.



La ausencia de genios, héroes y santos es la más clara prueba de la imbecilidad generalizada de nuestro tiempo.



El encumbramiento del héroe militar señala indefectiblemente la inmediata decadencia. Y es en los tiempos de caída cuando finalmente la pasión por las armas es desplazada por el culto al espíritu. Por eso no puede ser gratuito que en un tiempo tan caricaturesco como el actual los héroes provengan de los *comics* y de las caricaturas.



El ego heroico celebraba la vida y se ofrendaba por ella; el ego posheroico se queja de la vida y no está dispuesto a ofrendarse por nada.



Casi todos los escritores antiheroicos son producto de una infancia cobarde y anodina. Su obsesión por lo siniestro vendría a ser como una entrega temerosa similar a la de los cuadrúpedos que se quedan paralizados de terror cuando olfatean la muerte.



La fascinación por lo malo, lo feo y lo falso es propia de mentalidades desarraigadas que celebran el fracaso para no sentirse inexistentes.



El héroe es el dinamismo protocivilizador por excelencia. Si los dioses han creado al mundo y al hombre, los héroes, en su condición semidivina, han sido los encargados de consumir la creación.



En las hierofanías solares, que realzan como valores la independencia y la fuerza, la soberanía y la inteligencia, el héroe tiende a asimilarse al sol; como él, lucha con las tinieblas, desciende al reino de la muerte y regresa victorioso.



Mártir, héroe o tirano son las formas extremas que llega a revestir la individualidad desequilibrada cuando sobresale de la masa.



Cuánto más crece el griterío de las masas, mayor es la necesidad de filosofar.

IX

En los momentos de decadencia como el actual, los comediantes y los deportistas desempeñan un papel protagónico.



Los gobernantes más ineptos e inmorales suelen ser los más obsesionados por salvar a la patria.



La tragedia de todo liderazgo populista es que silencia a los más sabios y hace vociferar a los más ignorantes.



La admiración que nos producen los impostores que triunfan es un reflejo de nuestra falta de integridad.



La grandeza impostada siempre denota miseria.

X



Yo he vivido como un salvaje, sin límites; y tan sólo ahora comienzo a saber lo que verdaderamente es el libre albedrío.



La libertad azarosa y caótica que proclaman los indeterministas sólo propicia la caída; la libertad del ego sin principios ni valores no es libertad civilizadora sino consumación de la barbarie.



La voluntad humana deja de ser libre cuando el individuo no interviene conscientemente en la concatenación de causas y razones, cuando por degradación o ignorancia no puede ejercer el autocontrol moral.



El individuo que se deja seducir por su ego deriva más pronto que tarde hacia la autoadmiración, que es la manera inmoral de engrandecerse a costa de los demás.



De Rousseau a Pierre Clastres, el europeo que ha pretendido igualar pureza de espíritu con salvajitud no ha hecho otra cosa que afianzar el modelo de unidireccionalidad evolutiva que lidera Occidente. Así, a fuerza de uniformar la diversidad, Occidente se ha saturado de sí mismo, llegando ya a niveles de autofagia.



Mientras el hombre sea un devenir más que un logro, un intento defectivo y finito y no una perfección consumada, el papel regulador del Estado no podrá evitarse.



Afirmar que todo individuo es libre de permanecer en estado de naturaleza en un mundo donde la fuerza es monopolizada por el aparato legalista, es burdo cinismo o imperdonable inocencia.



Culto al orden y deseo de libertad son los extremos de una oposición que jamás podrá resolverse de manera satisfactoria. Según la elección, podremos aventurar la condición humana del elector.



La libertad de los ciudadanos puede ser una condena cuando no saben qué hacer con ella.



La libertad de los políticos corruptos, los comerciantes inmorales y los especuladores financieros nunca será mi libertad.

Nunca en la Historia tanta libertad de elección fue aunada a tanta estupidez masiva.



La libertad ilimitada, verdadero reclamo luciferino, es el único espejismo que permite por momentos sobrellevar el asco de vivir en este tiempo de corruptos y perversos.



Quizás por haberlo tenido todo en mi juventud ahora casi no necesito nada.



Cada vez más siento que mi aire es de otro tiempo; lo que percibo en las esporádicas salidas suele ser pura artificiosidad, un enrarecimiento deseante que iguala al hombre con la ruin domesticidad del perro.



Ciertamente nunca la humanidad había vivido con tanta libertad como ahora, pero hemos de reconocer que tampoco habíamos visto una sociedad tan globalmente enferma.



El verdadero ejemplo de liderazgo rebelde es Cristo, no Lucifer; por eso hay que desconfiar radicalmente de aquellos líderes soberbios que, con todo tipo de astucias, evitan el morir crucificados por la causa.

Los hombres más felices han sido los que nunca han intentado ir más allá del límite de sus fuerzas; la mayoría han sido ignorantes y simples de espíritu, poquísimos han sido sabios. Y por lo que he visto en mi vida puedo asegurar que los hombres felices nacen para serlo, y sólo excepcionalmente se hacen.



El origen de toda insatisfacción reside en violentar los límites del círculo existencial que nos contiene. Pero si no intentamos romper los límites, la falta de libertad terminará asfixiándonos.



El ser humano es contradictorio sin remedio y cree que a la pulsión tanatofílica del despotismo se le opone en condiciones de igualdad la pulsión erotofílica de libertad.



La verdadera libertad de espíritu se logra con obras y no con lecturas; pero para alcanzarla son necesarias miles de lecturas.



La restricción de la libertad, la ritualidad y la felicidad es el pago que exige el progreso para superar el estado de naturaleza.



El hecho de que la pauta de la libertad la dé la ley, priva a la idealidad liberal de fundamento, obligándola a una adaptación condicionada.

Libertad y legalidad son términos que sólo pueden ligarse con la mezcla represiva de poder y sometimiento.



Todo acto legal conlleva en su raíz una pérdida de libertad natural; y es evidente que toda pérdida de libertad es una pérdida de voluntad individual, o lo que es lo mismo, una ganancia del poder que somete a la voluntad.



La apología de la beligerancia, la astucia, la avaricia y la crueldad como virtudes que debe cultivar el príncipe para tener a sus súbditos unidos y fieles, pone de manifiesto la animalidad pura del deseo de poder y el sometimiento de la libertad a la autoridad.



Nadie desentrañó la naturaleza despótica del poder como lo hizo Étienne de La Boétie en su tan breve como intensa *De la servidumbre voluntaria*. Se sostiene allí que “la primera razón para que los hombres sirvan voluntariamente, es que hayan nacido siervos y educados como tales”. Habitado a la tiranía, el pueblo se afemina y acobarda (pues con la pérdida de la libertad se pierde al mismo tiempo el valor) y termina entregándose a espectáculos degradantes.



Los que buscamos la felicidad más allá del circo cotidiano, estamos condenados a potenciar el sufrimiento. Lo hallado nunca nos proporcionará la satisfacción que deseamos, y al salirnos de nuestro límite perderemos para siempre la medida de la bondad que nos fue dada.

El hecho contundente de que la búsqueda de la libertad sea algo connatural al hombre, revela dos aspectos que al combatirse se complementan: el deseo de permanecer en la animalidad pura del estado de naturaleza, y la pérdida inevitable de la libertad al pasar al estado de derecho.



Si hombre libre lo es solamente el que ha aprendido a eludir órdenes, para ser libres tendríamos que ser dueños de nuestro destino y no someternos a forma alguna de poder.



Si la medida de la libertad es la prescindencia, seríamos tanto más libres cuanto de más cosas pudiésemos prescindir. La contundencia de la vida cotidiana demuestra que ningún miembro sujeto al estado de derecho puede eludir el poder y evitar el consumo.



Si el Estado máximo potencia al límite la represión de la libertad natural, se entiende que sea en el Estado mínimo donde se pueda desarrollar relativamente la utopía.



El Estado, como manifestación máxima del poder, y la utopía, en tanto que expresión genuina de la máxima libertad natural, representan los límites de la vivencia humana.



La forma más burda y reprimida de la vivencia humana es la masa; la más libre y plena es la individual o de grupo.



Libertad y sacralidad son conceptos que sólo se entienden cabalmente en su fundamentación mítica.



La búsqueda de la libertad ha sido desde siempre la razón de ser del héroe semidivino; y es mediante la acción sacrificial que el hombre se libera del castigo divino.



El paso del estado de naturaleza al estado de derecho nos demuestra que la restricción de uno de los términos conlleva también la del otro. De ahí que cuanto más grande sea la pulsión autoritaria del poder, tanto menor será la manifestación de la libertad social y de lo sagrado. Ningún mito patentiza esta aseveración como el de Prometeo.



Para que una sociedad fuese cabalmente moral tendría que ser justa y libre; pero la justicia y la libertad son potencias que no logran actualizarse masivamente en la historia.



Ninguna de las barbaridades cometidas por el poder ha dejado de apelar a la justicia y la libertad como sus fines.

Hoy día, abrumados por una partidocracia y una sindicocracia que imposibilitan todo asomo de libertad y de verdad entre las filas del proletariado, argumentar a favor de la lucha de clases y de la confrontación como motores de la Historia parecería una anacrónica necesidad. Pero no debemos olvidar que apenas unas décadas atrás la teoría de la contradicción y la lucha de clases acaparaban la enseñanza humanística en las principales universidades públicas.



Encontrar la felicidad en el marco de una convivencia justa y libre, es el credo que recitan una y otra vez los más grandes pensadores norteamericanos, desde el trascendentalismo de Emerson al neopragmatismo de Rorty.



El problema del utilitarismo no reside en la aplicación de la justicia ni en el pleno ejercicio de la libertad; el problema es ético, no político: para no atentar contra la felicidad ajena, el individuo, a menudo, tiene que sacrificar la propia.



La libertad no se impone sino que se conquista: el individuo que no se conquista moralmente a sí mismo no puede ser socialmente libre.



Preguntarse por el libre albedrío es la forma más elemental de ejercer la libertad.

Una libertad ignorante y ciega es igual de prescindible que una libertad soberbia e inmoral.



Yo no puedo, ni quiero, concebir la libertad a la manera kantiano-rousseauiana en franca confrontación con las fuerzas brutales de la naturaleza. La verdadera libertad —ejercicio pleno de la voluntad sin dañar a otro— se adquiere en los momentos más sublimes de la autoconciencia, no en la ignorancia de la cueva o en la irracionalidad de la estampida.



El mayor peligro para la libertad no radica en la racionalidad naturalista que considera al libre albedrío como una fantasmagoría inexperienciable; el enemigo histórico de la libertad ha sido siempre ese engendro bifronte conformado por la inmoralidad y la ignorancia.



Sin la guía rectora de la razón y de la justicia el animal humano transmuta fatalmente la libertad en violencia.



La libertad sociocéntrica jamás persigue la autoadmiración y la autogratisfación, pues se centra en dar más que en recibir. El ejercicio más íntegro de libertad es indisociable del autocontrol y, sobre todo, de la posibilidad de ensanchar cognitiva y moralmente el horizonte de vida.



Demasiada libertad sin sabiduría para ejercerla conduce inapetentemente al suicidio.



El lugar donde naces y el lugar donde mueres son accidentales; lo único que cuenta es el lugar donde creas.



El hombre más moral al ingresar en un partido político pierde su libertad y se convierte en un mercenario.



Es imposible actuar sin una intención. El individuo busca su autogratisfación; la sociedad trata de impedirse.



Los que aman incondicionalmente la libertad natural nunca serán felices en una oficina.



Los que más se benefician de la libertad suelen ser los más cobardes para defenderla.



Montaigne, con su proverbial falta de memoria y su obsesión por la libertad sin trabas, es el más genuino representante del egocentrismo lúdico.

La supuesta libertad infinita que proclama la razón como su morada, puede llenar el corazón de soberbia y el alma de vacuidad. La mente, entonces, no es más que el reflejo de un relámpago efímero, enceguecida por la fugaz claridad que la ilumina.



El que no trabaja no es libre, sino esclavo del ocio. El asunto es trabajar en lo que uno quiere sin perjudicar a otro.



En tiempos de Cicerón se temía la alabanza por lo que conllevaba de ridiculez; hoy, que prolifera la ridiculez, todos queremos ser alabados.



Nada es más patético que el orgullo de un imbécil triunfante.

XI



Se obtiene poder por investidura, iniciación o consagración; y se pierde por degradación, indignidad o abuso. Estas formas premodernas del tráfico de poder son, no obstante, insuficientes para mostrar el carácter totalmente profano de las nuevas modalidades del poder económico y tecnológico.



El fermento creativo del sabio (del auténtico sabio, no del “definidor” orteguiano) es la soledad; el del político, la muchedumbre. La voz del sabio es un puente entre el pasado y el futuro; la voz de la muchedumbre es el aullido presentáneo. Vibrar con el aullido de las masas, acrecentar su egocentrismo con el griterío adulator y el aplauso, es el alimento por excelencia del político. Encumbrado sobre las masas, haciendo del “yo” y lo “otro” una totalidad interesada y fanática, el político pretende detener el tiempo.



“Poder” y “tiempo histórico” son términos interdependientes. Un monarca o una civilización que no saben valorar el tiempo entran inmediatamente en decadencia.



Por su condición soberbia y egocéntrica, el poder tiende de manera natural a abolir el efecto del tiempo para asegurar la permanencia. De ahí que toda nueva forma de poder se esfuerce por reordenar el tiempo, negando el pasado y aplazando el futuro. Es este desprecio por toda acción transformadora lo que le da al poder su carácter de presentaneidad duradera.



El orden es la consumación del deseo de permanencia del gran político; pretender alterar el orden es enfrentar la implacabilidad del poder.



“Orden” y “justicia” son los pilares sobre los que levantó la modernidad su orgullo. Un poder que no imponga el orden ni castigue será inmediatamente aplastado por la estampida masiva.



La nostalgia por el origen es clara señal de decadencia. El liberalismo, al devenir entre la nostalgia por el orden (preteridad) y la pasión libertaria (posteridad), se convierte en el modelo político por excelencia: pura presentaneidad.



Desplazando a la sacralidad, la sabiduría se encontró con que sólo podía relacionarse con el poder negándolo o negándose.



La relación del poder con el saber obliga al sabio a escindirse para así asegurar su permanencia.



Como hidra inmortal o maleza indómita, el Estado ha resistido todos los intentos en su contra, saliendo más fortalecido cuanto más se le combate.



La exigencia heroica de considerar la verdad por encima de todo, que Platón ponía como primera condición al sabio que iba a gobernar su República, no hace más que confirmar la insuperable dicotomía entre poder y saber: salvo caprichosas excepciones, ni los sabios se hicieron reyes, ni los reyes se tornaron sabios.



Las relaciones Pitágoras-Zeleuco, Platón-Dión, Aristóteles-Alejandro, Jenofonte-Agesilao, Lisias-Epaminondas, Séneca-Nerón y Panecio-Escipión, testifican la negación del poder para la filosofía y la vulnerabilidad de la filosofía que se prosterna ante el poder.



Alegar, como lo hizo Montaigne, que son las rodillas las que se humillan y no la razón, es pecar de cinismo conciliador. El poder no admite titubeos: o se le rechaza o se le rinde pleitesía.



La medida de la determinación política del poder la da el Estado.

Al no mantener presente que pretender usar al poder es terminar siendo usado por él, el sabio concluye perdiendo el dominio de sí en favor del poderoso; de tal modo que vida y obra entran en una confrontación presentánea que culmina comúnmente en una serie de concesiones deshonrosas. Estas concesiones, que desde una perspectiva presentánea parecen no tener trascendencia, pasan a la posteridad con una carga filosófica, política y moral que suele oscurecer la luminosidad que la prohija.



Los griegos, pioneros en el proceso de civilizar a la naturaleza destruyéndola, fueron también los primeros en concebir la posible tri-componencialidad del estado de derecho: monarquía, aristocracia y democracia.



Decir que el Estado es un pacto de cada uno con cada uno en favor de todos, un territorio con agencia de protección, o la lacra más grande que debe soportar toda la sociedad de derecho para seguir existiendo, no hace más que evidenciar la capacidad metamorfoseante del poder y de su máxima representación, que es el Estado.



La voracidad se afirma como instante o estallido que niega su origen (pasado) y carece de proyecto (futuro). En tanto que presentaneidad que se alimenta de aquello que niega, la voracidad es la dinámica constitutiva del poder político y económico.



Si el Estado máximo es una concesión a la voracidad de los detentadores del poder político (burócratas), y el Estado mínimo es una concesión a la voracidad de los detentores del poder económico (ricos), parecería que la única solución relativa sería una sociedad civil fuerte y politizada.



Una sociedad civil fuerte es una sociedad autodeterminada; esto es, una sociedad donde la determinación del poder reside en el pueblo. Y el poder del pueblo, dada la tendencia de toda forma de poder a absolutizarse, vendría a degenerar en el despotismo de las masas..., y así indefinidamente.



Aceptar la naturaleza inmoral de toda forma de poder político y económico, sostener la imposibilidad de todo gobierno a garantizar justicia, equidad y bienestar social, derrumbaría el costoso circo político y haría que enfrentáramos íntegra y sinceramente nuestra relatividad e imperfección. Pero no va a ser así en el futuro inmediato, no van a gobernar la sabiduría y la moral, ni vamos a tener el soñado Estado orteguiano con un mínimo de ventajas propias y un máximo de vitalidad de los ciudadanos.



“Moral” y “poder” son términos interconflictivos. Si la moral se supedita al poder, éste se fortalece y aquélla se debilita; si el poder se supedita a la moral, ésta se fortalece y aquél se debilita. Cuantas sean las formas caprichosas que adquiera el poder en su devenir profano, tantas serán las moralidades que le correspondan.

Al poder hay que criticarlo, no desearlo.



Con el paso del estado de naturaleza al estado de derecho, la condición necesaria y ofrendante de la violencia se torna “deseo” de violencia, y el acto sacrificial deja de ser legítimo y sagrado y se convierte en ilegítimo y criminal. Los conceptos de “culpabilidad” y “castigo”, impensables en estado de naturaleza, se apoderan del estado de derecho y posibilitan el surgimiento de la forma represiva por excelencia: el sistema judicial.



Cuando un hombre acomplejado por su corta estatura asume el poder, se convierte sentenciosamente en un tirano.



Los ciudadanos que dan su voto al poder corruptor son pobres almas atribuladas que anhelan el maltrato.



Las lecciones del poder: quien se ama en demasía a sí mismo, ya no tiene amor para nadie.



Dale poder a un gritón resentido y saldrá un tiranito arrogante y protagónico.



XI

La degradación de la sociedad se acelera cuando el poder político se somete al poder económico.



El que quiera vencer las seductoras perversiones del poder debe vencerse primero a sí mismo.



Los honores que confieren los tiranos sólo son celebrados por los ignorantes.



No se puede ser de verdad un gran hombre sin renunciar cabalmente al poder. Por eso es mil veces más difícil que una cultura engendre a un San Juan de la Cruz que a un Octavio Paz.



En un tiempo tan antiheroico como el actual, en que los empresarios y los comerciantes dominan vergonzosamente el ámbito de la cultura, la imagen del patriarca cultural es desplazada por la del divulgador y la del politólogo cortesano, que corrompen y son corrompidos por el aparato de poder que los encumbra.



Cada utopía que se cancela, cada selva que se destruye, cancela y destruye el futuro de toda la especie humana. ¿Cuándo entenderán estos politiquillos miopes que la naturaleza no es una mercancía sino un bien cósmico?

El poder tiene un límite: el de nuestra libertad.



Los malos gobernantes admiran el poder y la eficacia de las fieras, confirmando que nos convertimos en aquello que admiramos.



No es gratuita la falta de referencias actuales a filósofos de la talla de Epicuro, Séneca y Plotino, verdaderos sabios ante el poder, los vicios y la muerte, y que lograron *desapegarse* del presente de manera ejemplar.



Un intelectual que no se distancia prudentemente de su presentaneidad, termina convirtiéndose inevitablemente en un sofista.



El poder y el mando generan vicios; los vicios sin poder ni mando tan solo enfermedades.



Sólo los idiotas y los santos no tienen ambición de poder; los demás estamos condenados a ser seducidos por ese síndrome luciferino.



Si quieres matar una voluntad dale poder.

XI

La corrupción es una patología del poder que contamina a toda la sociedad.



Todos los autoritarismos persiguen la rebeldía que prohijan.



En tiempos del escrutador David Hume la ambición de poder conducía a la hipocresía y al fanatismo; hoy a la impostura y al egocentrismo.



En una sociedad inmoral los actos del poder legal suelen ser los más injustos.



En el desprecio del poder hacia el pensamiento siempre hay más ignorancia que olvido.



La inmundicia del poder sólo goza de sí misma.



El poder es como la fama: un rico horizonte de sueños con un despertar de miserias.



AFORISMOS

El que se deja seducir por los aduladores del poder no merece gobernar ni su propia vida.



El poder: la gran prostituta que todos desean pero que ninguno respeta.



Por ser un compendio de perversidades, el poder debería estar en manos de santos y no de líderes ambiciosos y funcionarios inmorales.



En las sociedades decadentes los jóvenes aborrecen las ideologías de todo signo, y dejan el poder del voto en manos de los jubilados.



Los que creen que la crítica es una concesión al poder se condenan al peor de los dogmatismos.

XII



Cada vez que salgo y veo la tele confirmo que estamos en manos de subnormales.



La difusión instantánea y global de las catástrofes es el arma más efectiva con que los neofenicios controlan a la conciencia estabulada.



Sólo los políticos —farsantes consumados— están obligados a sonreír a quienes los desprecian.



Los debates políticos: balbuceos de conciencias estabuladas exigiendo su derecho a usufructuar el pesebre.



El sistema político más evolucionado es la democracia, donde cuenta igual el voto de un sabio que el de un imbécil.

Los que hacen de la política un modo de vida, terminan robando sus propios fondos.



Si los políticos y los empresarios actuales se conocieran a sí mismos, según el lema socrático, terminarían suicidándose.



La política es el último bastión de la cobardía.



Es imperativo ponerle un límite a todo el aparato constitucional que encumbró a los políticos sobre la ciudadanía.



En todo político de derecha mora un inquisidor frustrado.



La mayoría de los políticos son tan mediocres que clausuran toda posibilidad humanística: no los podemos dejar de odiar.



Todos los políticos olvidan que empezaron siendo honrados.



Los malos políticos son como las moscas: les encanta la podredumbre.

XII

Los políticos inmorales no tienen futuro: están condenados a ser un vil plagio del pasado.



Un político que dijera siempre la verdad en un mundo tan poco evolucionado como el nuestro, sería inmediatamente sacrificado por la estupidez masiva. En el fondo, estos políticos miopes no son más que amibas voraces parasitando el enorme intestino del progreso destructivo.



Los políticos inmorales albergan la semilla de su propia destrucción...



Los políticos y los empresarios no mienten creativamente; lo que dicen es siempre vulgar y ajeno al arte.



Las fortunas inmorales de los políticos son directamente proporcionales a la estupidez ciudadana.



Los políticos más generosos son aquellos que están conscientes que toda su riqueza es ajena.



La ignorancia de los políticos mexicanos los hace sentenciosamente proclives al disparate.



Los políticos sólo agasajan a los creadores cuando pueden usarlos; si no pueden, no tienen más opción que humillarlos.



Cada vez estoy más convencido de que la política, salvo honrosísimas excepciones, es el arte envilecedor por excelencia.



En un aparato judicial tan poco evolucionado como el mexicano la mentira burocrática tiende a desplazar a la verdadera justicia. El gobierno se protege a sí mismo negando los más elementales derechos ciudadanos. Y ante esta injusticia, el ciudadano desesperado ve en la transgresión de la ley la única salida.



Político (a la manera del funcionario corrupto mexicano): animal improductivo; reúne las mañas y argucias de los más implacables depredadores, pero ninguna de sus virtudes. Debe tratársele con desprecio por ser el más rencoroso de los animales.



Cuando el político soberbio cae en desgracia ni los suyos lo compadecen.

XII

Contra las ganas casi invencibles de recurrir a la violencia que despierta la perversidad de los políticos, el único antídoto es la vida de personajes excelsos como Cristo y Gandhi.



La sociedad que perdona y olvida las fechorías de un mal político merece el mismo desprecio de que son objeto los servidores públicos inmorales.



Los políticos mediocres son siempre esclavos de sus caprichos y necesidades. Y ya lo sabemos: el triunfo del tirano es la condena del sabio.



El político, el verdadero político, debe tener más de águila que de león y zorro, y debe ser más, mucho más, que un ave de presa señoreando en vuelo encumbrado su territorio. El verdadero político tiene que trascender forzosamente la animalidad rapiñesca para poder instalarse en las alturas del espíritu. Sin una espiritualidad decantada cualquier funcionario seguirá siendo un animal de colmillo o garra.



La verborrea profana de los políticos ha contaminado a los intelectuales que, atraídos por el relumbre de los medios, se asumen ahora como opinólogos. ¿Hasta dónde debe el hombre que busca la verdad competir con la nota roja y los espectáculos?

Hay que desconfiar por igual de los políticos e intelectuales que sólo hablan en su propio beneficio, así como de los que ocultan sus ambiciones y resentimientos tras un balbuceo de ofensas incoherentes.



Ante el sentencioso descrédito de la palabra no vamos a tener más opción que empezar a valorar a los que saben callarse. Pero, ¿puede acaso el silencio darle una dirección superadora al descontento ciudadano?



El político y el novelista cuanto más engañan tanto más se enriquecen. Hoy, los grandes escritores son aquellos que enfatizan más el entretenimiento que la reflexión.



Cuando la ambición domina las mentes el más ruin asume el mando. El político torpe desprecia a los ciudadanos y se atrinchera en la soberbia y la represión para conservar el mando. El político inteligente sabe que cuanto más se encumbra más necesita de los ciudadanos.



Los políticos utilitaristas no pueden entender que la naturaleza es mucho más que un bien útil que sólo está esperando el soplo destructivo del negocio.



Los políticos torpes recurren a mentiras burdas que, al ser descubiertas, son el blanco predilecto de la sátira social. Pero los políticos inteligentes disfrazan sus mentiras con ropajes verosímiles y sonrisas seductoras. A los primeros los desenmascara la ciudadanía; los segundos sólo pueden ser puestos en evidencia por el aparato crítico.



La falsedad del lenguaje envilece la vida, y ante la vileza de políticos y opinólogos el ciudadano común se refugia en el silencio.



Los malos políticos generan antagonismo y división; los buenos políticos subliman las diferencias.



Si el poder político y el poder económico obnubilan las mentes materialistas, el poder religioso hace estragos entre aquellos que apenas han recibido el soplo vivificador de la divinidad.



Los logros más excelsos nos atraen; las ruindades nos aíslan. Por eso las sociedades civiles actuales se alejan cada vez más de los políticos perversos y de los tecnócratas sin espíritu.



No hay nada más pernicioso para una civilización que el connubio faccioso entre el político, el policía y el empresario. Ésta es la santísima trinidad del liberalismo.

Donde impera este triunvirato infernal, los afanes de la razón crítica son vistos con desprecio y los preceptos liberadores del espíritu se convierten en dogmas profanos.



Toda constitución política que se vanaglorie de su modernidad lleva la impronta del legado liberal de Montesquieu, y junto con él también su lacra más grande: preferir la conservación de los principios a la turbulencia inevitable de los cambios.



Las masas alimentan su rencor con el poder que ellas mismas le otorgan a los políticos; y al igual que los animales gregarios que merodean por las praderas sin más preocupación que la búsqueda de alimento, son fáciles presas de estampidas sin destino.



Un sistema político que relegue la búsqueda de la felicidad en favor de la estabilidad y el orden, entrará de inmediato en su fase agónica.



La educación no puede estar en manos de políticos ni empresarios: los científicos y los filósofos deben señalar las nuevas vías evolutivas.



La peor forma de política es la que sólo le interesa al político.

Si los políticos dedicaran a ejercitar el intelecto el mismo tiempo que dedican a las tropelías inmorales, ya no tendríamos bestezuelas gobernándonos.



Hay que obligar a leer a los políticos, pues las bestias incultas que nos gobiernan no pueden cambiar al mundo de manera inteligente y pacífica.



Para cambiar el mundo de manera positiva es indispensable que el político salga del chiquero y se acerque al filósofo.



La juventud del mundo global pide a gritos un manifiesto radical contra los políticos corruptos, empresarios voraces y demás fauna que parasita de nuestros impuestos.



El desprecio activo hacia el político insensible y soberbio es la forma más inmediata de desobediencia civil.



La corrupción política es un delito social más grave que el narcotráfico.



Los que aún tienen esperanza en los políticos actuales renuncian a ejercer su voluntad.



La política no tiene musicalidad, sólo estridencias.



Cuando los políticos hacen brincar a los jueces por el aro, la justicia se transforma en carnaval.



Cuando el empresario manda, el mal político y el seudointelectual brincan sumisos a través del aro.



La mediocridad rapiñesca de nuestros políticos y líderes sindicales es la contraparte zoológica de una sociedad felizmente estabulada.



Al igual que las aves de presa —azor, neblí o jerifalte—, nuestros políticos son soberbios, sombríos, duros e implacables..., pero no saben volar.



Wittgenstein en su *Tractatus*: “De lo que no se puede hablar, hay que callar”. Ojalá lo apliquen opinólogos y políticos.

XII

El servilismo corruptor de nuestros políticos: los comejenes al nacer le lamen el ano a los adultos para poder digerir la vegetación ya sin vida.



La mayoría de los políticos son depredadores frustrados.



En las campañas el político da pena; después, cuando triunfa, merece todo nuestro desprecio.



En la nueva forma de hacer política cuenta más la personalidad del candidato que el partido.



Nadie es feliz con lo que ya domina. ¿Aprenderán la lección algún día los políticos y dejarán de rodearse de seres mediocres y serviles?



Por su natural incapacidad para malgastar el tiempo, los políticos y los empresarios están condenados a ser los más torpes lectores.



Nunca había habido tantas prostitutas en el escenario político, ni tantos funcionarios adictos al sexo.

Mientras la política sea un botín, nos seguirán gobernando los ignorantes y los inmorales.



Las dos grandes lacras del neoliberalismo: banqueros voraces y políticos corruptos.



Con las palabras de los políticos actuales sólo se puede hacer mala literatura.



El político miente por vicio; el ciudadano por desconfianza.



¿Qué podemos esperar de una sociedad dirigida por políticos y empresarios que no leen ni un libro al año?



El que admira a un político que se enriqueció robando merece ser su esclavo.



Lo que hermana al mendigo con el político y el empresario: privilegiar el dinero sobre el conocimiento.



XII

Por primera vez en la historia hay una generación de políticos tan desechables que ningún basurero quiere reciclarlos.



El futuro que preconizan los políticos inmorales es apenas un boceto del que anhelan los empresarios voraces.



No hay prosa más miserable que la de un discurso político.



El político que roba a los demás es el mayor enemigo de sí mismo.



Goethe, al que ninguno de nuestros infames políticos ha leído: “Nunca oí hablar de un crimen que yo mismo no pudiera haber cometido”.



Al igual que sucede con los políticos, los genios de hoy son meras caricaturas de los de antes.



La obsesión del político por el voto es una enfermedad que se cura instantáneamente después de los comicios.



Los partidos políticos son como los condones: falsos paliativos para una convivencialidad enferma.



Como están las cosas, es claro que los partidos políticos son los mayores enemigos de la democracia.



El político mexicano parece condenado a devenir entre la araña y el zopilote: su campo de acción siempre está sembrado de cadáveres.



Nicolás Gómez Dávila, guardián emérito de la ortodoxia reaccionaria: “El político es tonto cuando no adivina al que gana”.



El problema de los políticos inmorales no es que vayan con prostitutas, sino que vivan como ellas.



Los políticos más perversos no son los que cometen corrupciones, sino los que después de cometerlas alardean de ellas.



Los políticos inteligentes agradecen la cercanía de las mentes sabias y morales; los políticos soberbios tratan de exterminarlas.

Gracián: el aliño en el decir con la eficacia en el convencer. ¿Cuándo entenderán esto nuestros políticos?



Lucifer modeló al animal político para experimentar los extremos más bajos de miseria y ruindad.



Los grupos —políticos y económicos— que sólo ven por sus propios intereses no son más que delincuentes organizados.



Nada más abominable para el hombre de ideas que tener que escoger entre el político y el empresario: los dos son especímenes infernales.



Los buenos políticos y los funcionarios morales no olvidan jamás que somos los ciudadanos quienes les pagamos.



Los momentos en que los políticos y empresarios declaran la vacuidad de la literatura suelen ser aquellos en los que mejor se escribe.



La única jerarquía que yo admito y admiro es la del espíritu; las demás, religiosas, económicas o políticas, sólo son piruetas de enanos.

La función política sólo adquirirá dignidad cuando los ciudadanos aprendamos a autogobernarnos.



En una democracia simulada el derecho al voto es una falacia.



El antídoto más eficaz contra la inmoralidad política que padecemos: reducir al salario mínimo los sueldos de los servidores públicos.



La inmoralidad de la fauna política es directamente proporcional a su ignorancia.



Las señas de identidad del gobernante abyecto son siempre el desenfreno y la corrupción.



En la antigüedad bárbara los sátrapas les concedían a los aduladores y bufones fortunas y tierras; hoy los hacen funcionarios.



Las leyes que hacen más ricos a los ricos, hacen también más pobres a los pobres.

XII

Era un puerco que se amaba tanto a sí mismo que terminó convirtiéndose en gobernador del chiquero.



Los malos gobernantes generan antagonismo y división; los buenos gobernantes armonizan las diferencias.



En una sociedad corrupta tienen más credibilidad los delincuentes que los gobernantes.



No podrá haber respeto a las instituciones mientras los gobernantes se empeñen en negarles a los demás lo que reclaman para sí mismos.



El único imperativo del hombre sabio sobre el ignorante es el de educarlo; y el del gobernante sobre el ciudadano es el de protegerlo.



Cuando los imbéciles se convierten en gobernantes, los intelectuales se degradan al nivel de vendedores de verdades.



La ignorancia y la adulación constituyen la ruina de los gobernantes.

El patriarca Emerson: “El demócrata es un conservador joven, y el conservador es un demócrata viejo”. El problema reside en que en Estados Unidos incluso los demócratas son conservadores.



El que no puede gobernarse a sí mismo siempre será una amenaza para los demás.



En la democracia asamblearia gana quien más grita.



La Historia nos enseña que el gobernante que confunde la tolerancia con la debilidad está condenado irremediabilmente al desprecio ciudadano.



La sociedad que perdona al tirano derrotado le da oportunidad para que resurja con mayor capacidad para el daño.



Los malos gobernantes son como las malas amistades: impiden los mejores logros y nos condenan a un autodesprecio humillante.



Las convicciones íntimas de los funcionarios suelen ser más afrentosas que sus vidas públicas.

XII

Los tiranos más crueles y los gobernantes más incultos recurren a la celebración de la patria para adormecer los dolores del pueblo.



La identificación de la política con la mentira es la definitiva consagración de lo infernal.



En la lucha corporal como en la política vence el que sabe complementar la inteligencia con la fortaleza.



El día en que se justiprecien los pensamientos claros y aportadores ya no se encumbrarán los farsantes.



El que cambia de partido o ideología por interés es un canalla; el que sigue en el mismo partido e ideología por interés es un borrego.



A mis años puedo decir con Maquiavelo: la prueba de mi incapacidad para cortesanzar mi conciencia está en mi fidelidad a la pobreza.



El gran estigma de la democracia: que cuente igual el voto de un juez que el de un delincuente, el de un sabio que el de un ignorante.

El destino del funcionario mediocre es el olvido; el del que se cree genial, la más estrepitosa caída.



Los tribunales de justicia son burdeles disfrazados de confesionarios.



La lección de los magistrados: el que quiera legislar a esta granja tiene que congraciarse con los dueños, no con las aves domesticadas.



Las sociedades más sobrias y disciplinadas son también las más usureras.



El signo trágico del burócrata trepador: una nada que aspira a la totalidad.



El que no atiende con diligencia y honradez los asuntos propios, jamás lo hará con los asuntos ajenos.



La diferencia entre lo que se dice y lo que se hace institucionaliza la desconfianza.

XII

Las culturas desvoluntarizadas, al carecer de un proyecto histórico, son fácil presa de los vicios y el desorden.



Una sociedad que constitucionaliza el uso de las armas y sataniza el uso de las sustancias expansoras de la conciencia, está muerta.



Los gobiernos autoritarios e intolerantes son una pervivencia de la ley de la manada.



Entre los funcionarios corruptos impera el espíritu de manada: se protegen unos a otros para evitar el exterminio.



La escandalosa democracia que hoy padecemos sería impensable si nos gobernaran los más sabios en vez de los más imbéciles.



El neoliberalismo sólo puede ser defendido por intelectuales cortesanizados. En la Roma decadente tal papel lo desempeñaban los sofistas.



El impostor es la primera víctima de su impostura.

Argumentar hoy día a favor de la violencia como partera de la Historia sólo provoca una sonrisa, pero hace cincuenta años era un dogma inatacable.



La mentalidad neoliberal es cuantitativa: puede distinguir el más del menos, pero no lo mejor de lo peor.



Cuando se privilegia el enriquecimiento inmoral de las minorías, como hace el neoliberalismo, es inevitable que los menos protegidos sufran.



La guerra contra el narcotráfico es una purga selectiva de lo peor de nuestra sociedad.



Para el funcionario mediocre lo importante no son los plagios, sino la seducción con que se expresen.



Los gobiernos neoliberales, al tener como objetivo hacer más ricos a los ricos, están imposibilitados para gobernar democráticamente.



XII

Para los tiranitos belicosos que prefieren reprimir en vez de educar: demasiada seguridad nos inutiliza.



Los que se envanecen con los logros no aprenden de los fracasos.



No nos entusiasmemos con los imbéciles que aspiran a dilapidar nuestros impuestos.



La glorificación de la mediocridad es la condena a muerte de la democracia.



A fuerza de vivir en medio de tanta mortandad ya todos zopiloteamos.



El desorden y el caos son deficientes puntos de partida, jamás de llegada.



El gran defecto de las izquierdas resentidas: son muy buenas para evidenciar los defectos ajenos, pero pésimas para reconocer los propios.

La partidocracia es una de las características determinantes de una sociedad corrupta.



La degradación generalizada obliga a caminar hacia atrás con vergüenza.



Los que durante su aprendizaje se resisten a obedecer suelen ser tiranos en el mandar.



Las grandes acciones requieren meditación; las estupideces se cometen sin demora.



A menudo olvidamos que la bajeza en que nos regodeamos sólo se puede superar con la grandeza que nos negamos a admirar.



Para los que usufructúan la cuantificación de la ignorancia: urge ponerle un límite a la muchedúmblica fertilidad de los peores.



Ortega y Gasset en 1930: “el fracaso de América es el próximo acontecimiento de gran calibre a que vamos a asistir”. ¡Qué profetas!

Menéndez Pelayo, patriarca de la docta intolerancia: “¿Cómo ha de tener autoridad en lo grande el que se muestra olvidadizo y negligente en lo pequeño?”.



Los más apresurados para el mando suelen ser los menos dispuestos a la obediencia.



Sólo los farsantes y los irremediablemente pobres defienden las bondades de la pobreza.



Lección que aprendimos de la antigua Roma: después de un gobierno demagógico y pusilánime sobreviene la dictadura.



¿Por qué aferrarnos a una realidad que se empeña en humillarnos?



Necesitamos que nuestros actos transformen y no se limiten a reflejar el mundo decadente en el que vivimos.



El culto a lo feo, característico de nuestro tiempo, es consecuencia de prédicas patológicas que se regodean en la contrariedad.

La necesidad motiva a las masas; la elección reflexiva al individuo crítico.



El que está incapacitado para vivir a plenitud siempre hablará mal de la vida.



Es de necios pedirles a los necios que reflexionen.



En los tiempos de Emerson los norteamericanos creían que los actores representaban la escoria social; hoy sólo creen en Hollywood.



En un gobierno de idiotas el que más listo se cree es el que más torpezas comete.



Sin los afroamericanos y los hispanos, Estados Unidos seguiría prisionero del puritanismo fundacionario: tibieza, insinceridad y simulación.



El destino del hombre mediocre es el estancamiento; el del hombre genial la caída.

XII

La característica determinante de nuestro tiempo es la confusión, y aquellos que no se creen confundidos son los que más lo están.



Para gobernar en las actuales democracias hay que ser mentiroso y superficial. A un político serio y moral nadie lo quiere tolerar.



En política y en literatura los trepadores son como monos: cuanto más suben más evidencian sus miserias.



Cuando se confunde a conveniencia el bien con el mal, los políticos y los empresarios viven como criminales y quieren morir como santos.



Las malas decisiones políticas suelen revestirse con un halo de redención.

XIII



Las religiones fundadas en un libro sagrado suelen ser las más competitivas, pero son también las más dogmáticas y fundamentalistas.



El fanatismo religioso es una enfermedad espiritual que parasita de la ignorancia.



La actitud desconfiada y arisca que asumen los científicos ateos ante una posible complementariedad entre razón y espíritu se debe en gran parte a la memoria viva de las dinámicas inquisitoriales que asumieron los cultores de las absolutizaciones religiosas.



El peor enemigo de toda revelación espiritual es la teocracia que se abroga el derecho de decisión y control.



Sólo en la evolución espiritual hay verdad y vida.

XIII

En las sociedades donde el dogma religioso determina a la civilidad, crece y florece el autoritarismo más regresivo y montaraz, aquel que convierte en razón de Estado la persecución de cualquier creencia distinta a la hegemónica.



La fusión y confusión del poder político con el poder religioso ha sido nefasta para el libre desarrollo de la racionalidad crítica, y ha retardado ominosamente la ampliación del horizonte científico y filosófico.



Obnubiladas por el proselitismo y el poder, las religiones patriarcales hicieron del Libro Sagrado un arma cargada de ambición y afán de dominio, con lo que terminaron potenciando el castigo e hipostasiando la recompensa en un más allá impresentizable.



Por su función sustitutiva y naturalizadora de la violencia, la religión es un instrumento eficaz para el control de las masas.



Cuando la religión determinante se descompone, las masas rompen el dique de contención de su violencia y la sociedad entra de inmediato en colapso. De igual modo, cuando la fiesta pierde su carácter ritual se torna decadente y retorna a los orígenes violentos previos a la sacrificialidad sagrada.



El cristianismo es la más grande de todas las ficciones masivas. No obstante, el ritual sacrificatorio de Cristo es insuperable. Tan sólo queda la imitación como respuesta; pero los malos imitadores de Cristo han estado más cerca de los excesos de la bestia que de la renuncia sacrificial del Hijo de Dios.



Ni Buda fue budista, ni Cristo cristiano, ni Lutero luterano: son los epígonos los que convierten la prédica en dogma.



Ya nadie podrá fundar una nueva religión; a lo más fundará un gregarismo de nulidades afines.



Son muchos los teólogos que proclaman la unidad de las religiones, pero muy pocos los que están dispuestos a renunciar a las prerrogativas de su dogma.



Las declaraciones de los jerarcas religiosos son cada vez más profanas y protagonicas. Es claro que cuando la religión se acerca a la política no se hace más sabia, sino más perversa.



Sin una actitud ética intachable es imposible la verdadera experiencia religiosa.

XIII

En el fracaso de la ciencia para hacer mejor al ser humano la religión tiene su nueva gran oportunidad. Pero esta oportunidad sigue dependiendo de dos factores perniciosos: el poder y la sexualidad.



Si no se pone cristianamente del lado de los oprimidos y no le permite al Clero el necesario desahogo sexual, la Iglesia cristiana perderá la oportunidad de convertirse en la verdadera luz espiritual del nuevo milenio.



Sería ideal que todo sacerdote fuera un santo. Pero es más fácil que un sacerdote sea un buen pastor que un santo. Y pretender que todos los pastores sean santos es un absurdo. Al hombre lo que es del hombre, y al santo lo que es del santo. El primero no puede liberarse por completo de su miserable naturaleza hecha de instintos y seducciones; el segundo pertenece ya por completo al dominio divino.



Que el político acceda a la religión es razonable, pero que el religioso acceda al poder es un acto esencialmente profano. Ya lo dijo Cristo de manera insuperable: la esencia de la sacralidad no es el poder, sino el amor y el sacrificio.



La negación de las divinidades femeninas conlleva la negación de la mujer en todos los ámbitos.

Hacia fines del siglo XVI, cuando nace Descartes (singular disecionador de la *res cogitans*), la razón pedía a gritos liberarse de las supersticiones de la religión; hoy, prisioneros de la autogratificación y la soberbia, buscamos siquiera un vislumbre de una verdad duradera.



La religión jamás deberá inmiscuirse en los dominios fácticos de la ciencia; pero ambas, ciencia y religión, pueden complementarse armoniosamente mediante la filosofía.



Una religión que privilegiara la inocencia del goce sobre la malignidad del sufrimiento no tendría sustento duradero ni grey domesticada; y una política social que propugne ingenuamente por instaurar una convivencialidad paradisíaca, derivará, inevitablemente, hacia el más atroz canibalismo.



El hombre sabio no grita ni se lamenta, no aplaude ni arremete contra sus semejantes. No lo conmueven las perversiones de la carne ni se deja cautivar por el poder. El hombre sabio podría suponer la salvación en este tiempo en que las religiones se disputan con los partidos políticos el poder demoníaco del voto. Pero el hombre sabio dejó de existir en el siglo XX y es tan sólo un deseo impresentizable.



Sin una actitud ética elevada la razón se banaliza y la religión se torna rumia profana.

XIII

Según los gnósticos, Cristo sostenía que sí puede haber actitudes solidarias y morales sin religión (se refería, sin duda, a los filósofos estoicos y no a los fariseos y saduceos).



La razón que reconoce sus límites busca en el corazón de la ética su completitud. Pero la eticidad no es un concepto, sino una experiencia. En rigor la ética es la experiencia sublimadora que media entre la razón y la religión.



La creencia espiritual de los filántropos evasores de impuestos: por cada tanto que ponga yo, otro tanto pondrá Dios.



Nada es más nefasto para la religión que dejarse seducir por el influjo profano del poder.



Cuanto más aislada y protegida esté la religión del Estado, tanto más verdadera y estabilizadora será la espiritualidad del pueblo.



Alejado por igual de las religiones oficiales engolfadas con el poder y del saber académico vacío de vida, el hombre del siglo XXI es una sombra en busca desesperada de un modelo integral al que abrazarse.

En la austeridad mística que niega el servicio al hombre para entregarse totalmente a Dios hay un claro remanente de las religiones iconoclastas que, al cerrarse a la mundanidad, crecieron en el temor a Dios.



Todas las religiones autoritarias son, por esencia, antievolutivas; en ellas la escenografía cósmica está dada de una vez y para siempre, y no queda opción alguna a la imaginación.



Un hombre puede actuar con un gran sentido ético —ayudando a sus semejantes— sin que tenga que pertenecer a alguna religión.



Si la intención es lo que cuenta, es claro que ninguno de nuestros filántropos se salvará del infierno.



Es difícil que un hombre que abraza la religión con una fe inquebrantable no desee que en la tierra gobierne un monarca a la manera del cielo.



Las religiones se alimentan del caos social y de la incapacidad del aparato represivo del Estado para ejercer un control efectivo de la pulsión vandálica de las masas. No obstante, la religión masiva necesita del poder como el poder de la religión; por eso, cuando un pro-

XIII

ceso civilizatorio entra en descomposición, la religión se potencia juntándose astutamente con el nuevo poder emergente.



Todos los fundamentalistas son avaros en amor y pródigos en odio.



Los reformadores anhelan el poder; los profetas lo desprecian.



Al negar el libre albedrío Lutero soñó un mundo sin crítica.



El escepticismo nunca ha sido fuente de conocimiento. Sólo nos sirve lo que nos hace crecer.



Todos quisiéramos extender el tiempo, sin darnos cuenta de que es el espacio el que nos empequeñece.

XIV



Todos intentamos vivir nuestra utopía y después morimos, aunque no son pocos los que mueren en el intento.



La imposibilidad de alcanzar un estado duradero de felicidad social desemboza la inviabilidad de la utopía masiva, y el inevitable final despótico de todo intento por realizarla.



Ignorando que no hay peor método que el antimétodo, existe una pléyade de sabios urbanos que pretende nadificar la utopía con frases como la orteguiana: “enfermedad esencial de la razón”. Sin embargo, entre la distopía (como peor forma posible de la utopía) y la utopía ideal (la de pareja o de grupo) hay una gradación de opciones vitales que tienen sobre sí el yugo uniformador y profano del progreso; y ya sabemos que tras la profanación de ritualidades viene la excesividad dionisiaca del consumo.



De lo que no nos cabe duda alguna es de que la expulsión del paraíso es el punto nodal de la noción de utopía.

La noción de progreso tiene una connotación más intestinal que mental; la oferta incesante de los objetos que conforman la cotidianidad profana tiende a transformar de manera sistemática la realidad en desechos. La mentalidad utópica debe ser, en consecuencia, anticonsumista y metódica, ritual y ajena al poder, apasionada por la naturaleza y consciente de sus límites. La mentalidad utópica debe comprender que el tecnócrata civilizador y el salvaje deseoso de ser civilizado (es decir, deseoso de consumir) son sus peores enemigos.



La diferenciación entre utopía sacra y utopía profana no sólo deja fuera de la pulsión utópica al fanatismo religioso y a la ficción tecnolátrica (formas extremas y profanantes de preteridad y posteridad), sino que lleva implícita también la condena de toda forma de sociabilidad que vea a la naturaleza con intención digestiva.



Al separarse de lo sagrado, las sociedades tecnolátricas ven a la ritualidad festiva como gasto improductivo y peligrosa transgresión; por eso buscan en los eventos controlados y generadores de grandes ganancias un sustituto profano a la función reguladora de la sacralidad.



La violencia profana y el irracionalismo propio del estado de jauría crecen en la medida en que las tecnocracias se alejan de lo sagrado. Las competencias deportivas, el box, los toros, los espectáculos iconomusicales, etcétera, sometidos a la dinámica profanante del consumo (relación compra-venta), pierden progresivamente su

función reguladora y degeneran en explosiones de animalidad incontrolable (estampidas).



El juego agonal (forma fundacionaria del deporte) y el ofrendamiento sagrado están en la raíz misma de la cultura. Pero la cultura ya no es hoy una complementación plena de fascinación y temor (Eros y Tanatos), sino una ramificación del poder en pro de la barbarie consumista.



La cuantificación consumista de la existencia incentiva la falsificación y la mentira en detrimento de lo auténtico y lo verdadero, que son vistos como peligrosos por su carga ritual.



Las grandes concentraciones masivas son antirrituales y profanantes, en ellas el aullido y el fervor fanático privan al individuo de la interiorización y recogimiento que es requisito de lo sagrado.



Preocupadas más por la permanencia que por la ritualidad, la religión y la política terminan convirtiendo las profanas concentraciones masivas en un mercado de poder, donde la religión seudosacraliza la función del Estado a condición de ser legitimada por él.



La negación que la tradición judeocristiana hace de la utopía (al colocarla antes y después de la Historia) ha permeado el ámbito de influencia de la cultura occidental, propiciando que toda pulsión vital deseante vaya acompañada por un fuerte sentimiento de culpa: culpables por haber sido expulsados del paraíso primordial; y culpables, también, mientras no pasemos la prueba final a que habrá de someternos el dios inflexible y justiciero.



El historicismo es la absolutización de la historiografía; es decir, la predeterminación del tiempo histórico como uniformidad que va de la esclavitud a la libertad total comunitaria. En su forma más acabada el historicismo es la constatación de la imposibilidad de lograr la utopía social.



La utopía es la negación de la urbe ecocida y de la convivencialidad egoísta y fría.



Cabría suponer, para no transigir con el evidente escepticismo, la viabilidad de una utopía que hiciera de lo ritual y lo creativo una totalidad gozosa; es decir, que hiciera de la vivencia arte. Sin embargo, la convivencialidad artística no ha sido nunca un suceso masivo, sino de individuos egregios, a lo sumo de grupos.



Las numerosas refutaciones que se han hecho del hegemonismo nórdico –que tantos estragos ha causado en la filosofía de la histo-

ria— han dejado de lado, sin embargo, una evidencia terminal por incuestionable: ningún modelo utópico ha tenido jamás por espacialidad el norte frío y desolado.



La imposibilidad de Occidente para realizar la utopía, aunada al fracaso de los utopistas occidentales, que buscando el calor del paraíso encontraron finalmente el infierno, han propiciado un cúmulo de frases antiutópicas con un ácido trasfondo de rencor e impotencia. La del sufriente Cioran es paradigmática: “La utopía es lo grotesco en rosa”.



La concepción de la utopía como determinación fanática (destrucción), minimiza el aspecto gozador de la vivencia utópica (construcción) y hace de la posteridad un proyecto indevenible.



Afirmar que la vivencia utópica tiene en lo cuantitativo (masificación) su acabamiento, es un golpe preciso contra la pretensión ilimitada del poder y su máscara ideológica de filantropía.



Un proyecto utópico que se potenciara sin límite llegaría inevitablemente a convertirse en un Estado; es decir, terminaría autonegándose como utopía. Si el Estado es por naturaleza antiutópico, se comprende que el Estado mínimo sea la forma de gobierno en la que mejor prosperen las utopías.

La apertura es el modo de ser del devenir; fijar una existencia, cerrarla a la interdeterminación y el cambio es precipitar su muerte.



Al sostener que la vivencia utópica no puede darse en el seno del poder, la relegamos al dominio exclusivo de la sociedad civil. Pero una sociedad civil que se asumiera plenamente como utópica, sería una nueva forma de poder, lo que nulificaría de inmediato a la utopía. Arribamos, así, a un doble condicionamiento de la experiencia utópica, que se restringe para sobrevivir: de un lado la existencia de un aparato mínimo de poder, del otro la existencia de núcleos mínimos de convivencialidad.



La mentalidad utópica debe ser como la de un guerrero sabio, que tiene que emplear todo su conocimiento para evitar la confrontación; la mentalidad utópica no puede jamás dejar de tener presente que el aparato del poder le arroja a las masas, para su deleite profano, los desechos de la ingenuidad utópica.



En la base misma de la utopía está la búsqueda autodeterminante del yo. En una colectividad masificada el individuo se ve obligado a restringir dicha autodeterminación, de manera que el nosotros social no sublima, sino que restringe al yo y al tú.



Toda restricción lleva en sí la impronta distópica de Tanatos; la vivencia utópica, por el contrario, es potenciación gozosa de Eros.

Pero Eros y Tanatos no son totalidades estáticas e independientes, sino los dos aspectos interrelacionados y confrontativos de una misma realidad.



Como existencia diversa en el espacio, la utopía puede abarcar desde el límite de lo infernal hasta la gozación total; como existencia delimitada en el tiempo, tiene siempre sobre sí la presencia determinante de Tanatos. Este ser en sí misma posteridad que potencia lo diverso (minorías egregias) sobre lo uniforme (masas), es lo que le da a la experiencia utópica la condición creativa y vital (pulsión erotofílica) que necesita la sociedad para evitar su muerte.



Sin la potenciación póstera de la utopía, el fanatismo religioso y la voracidad del poder terminarían encadenándonos a un pasado-presente de represión, renuncia y sacrificio.



No hay utopía sin infernalidad; pero sin la opción utópica la vida humana carecería de sentido; es decir, alcanzaría finalmente la precisión y frialdad que los pensadores antiutópicos celebran en la convivencialidad perfecta de las abejas y las hormigas.



El culto al presente implica una imposición de los sentidos sobre la razón, del hacer sobre el memorizar y proyectar, del espectáculo sobre la Historia y la filosofía. El culto al presente señala, por tanto, el triunfo efímero de la política sobre la utopía, de lo profano

sobre lo sagrado, del es sobre el fue y el será. Pero la presentaneidad es, también, el dominio mismo de la acción; y sin acción no hay Historia ni destino.



Cuando Goethe calificó a la escritura como abuso de la expresión, insistiendo en que el hombre está hecho para actuar en y sobre el tiempo presente, no hizo más que reflejar la opinión de una presentaneidad autosuficiente y orgullosa de sí misma. Ciertamente que la memoria agota y que el futuro se hace en el presente; pero un presente sin enraizamiento (sacralidad), ni proyecto superador (utopía), es mera animalidad: un hacer y deshacer guiados más por el instinto que por la razón, por la costumbre que por el juicio; un vivir digestivo-deyectivo que se agota a cada instante.



Ponerle precio a una verdad es envolverla de ignominia; por eso es que cuanto más me convenzo de la necesidad total de la utopía, menos deseo tengo de seguir soportando a los neofenicios de la editorial Planeta, que se alborozan con la idea de convertir mi proyecto vital en burda mercadería.



Con mi vida no pretendo perpetuar nada, ninguna fobia, ninguna filia; pero es posible que después de muerto alguien vea en el intento potenciador de la utopía un incentivamiento para el sacrificio.



Cuanto más caigo en la Historia, mayor es la claridad con la que veo el fondo del abismo. Mi vida es para mí; mi obra para los demás. Y si mi vida fuera toda para ensoberbecerme, los demás se vendrían conmigo al fondo del abismo. Sacralidad, eticidad y arte: la santa trinidad que rige mi utopía.



En el Edén primordial anterior a la caída y en el futuro Estado planetario, cuando exista una sola religión, un solo idioma y un solo gobierno representativo, no hubo ni habrá lugar para los delirantes egoísmos que padecemos hoy en día. Pero entre ambos extremos, la potenciación evolutiva de lo diverso, con su cauda de luchas por el poder, imposibilita la existencia duradera de cualquier forma de utopía social, quedando como única opción la utopía grupal o de pareja.



En lo más íntimo de toda identidad está grabada con luz imperecedera la fascinante escenografía edénica. No existe una sola cultura que no registre este legado mítico de la admiración por los jardines; y todos, sin excepción, lo reconstruimos y adaptamos a la medida de nuestras posibilidades y nuestros deseos. Pero tan sólo unos pocos —que van muy adelante del egocentrismo actual— están sentando las bases de un futuro promisorio donde la vivencia utópica será tarea de todos.



Si permitimos que los biotecnólogos, ingenieros de programación, genetistas y demás fauna sublime al servicio de la ganancia inmaterial determinen nuestro destino, arribaremos sentenciosamente a la más pesadillesca distopía.

En los modelos distópicos más elocuentes —la Rusia de Stalin y la Alemania de Hitler— la religión se identifica como el mayor mal social, y como tal se condena y persigue. En las más imaginativas distopías literarias las opciones se diversifican: en *1984* de Orwell, la religión es absorbida por el totalitarismo político; en *Un mundo feliz* de Huxley, la religión prácticamente desaparece.



“La restauración de la utopía”. Se trata, como es fácil colegir, de una verdad que va en contra de todos los escepticismos, pues nada concita más el rechazo que la pulsión utópica. ¿No lleva acaso la palabra en su raíz su propia negación? De ahí que la vivencia utópica imponga como requisito fundamental la negación de todas las negaciones.



Si tuviera que sintetizar en qué consiste “la restauración de la utopía”, tendría que recurrir a otra metáfora aún más hispana: la grandeza de lo mínimo; la renuncia a lo inmoral y superfluo como forma de vida y como planteamiento metódico.



Lo propio de la existencia utópica es el estado de naturaleza, donde el hombre vive en parejas o en pequeños grupos autosuficientes. Una vez instaurado el estado represivo de derecho, la libertad natural tiende a desaparecer y con ella la vivencia utópica.

XV



Los más grandes enemigos, los que más daño pueden hacernos, son los que en otro tiempo se valieron de la amistad para conocer nuestras flaquezas.



Los más grandes oprobios suelen provenir de aquellos de los que esperábamos las más grandes bondades.



Cuando no hay coincidencias esenciales la amistad es una farsa.



Pocas cosas han sido para mí tan importantes como el cultivo de la amistad. El lugar donde uno nace y el seno familiar en que nace son una imposición del destino; el lugar donde decidimos vivir y el cultivo de los amigos son la más grande elección individual.



La envidia y el escarnio: las dos secreciones ponzoñosas que imposibilitan la duración de la amistad. De la primera casi no puedo

hablar por experiencia propia; de la segunda he sido un necio cultivador. ¡Y cuántas ayudas se me negaron por confundir la sinceridad con el escarnio!



¡Pero qué difícil es mantener la amistad entre egos desaforados!



Es difícil que en la amistad no haya envidia; tan difícil como que nos envidien los que nos desconocen.



La envidia no nace tanto de las propias carencias cuanto de lo que otros tienen; la carencia produce resentimiento; la envidia es resultado de desear lo ajeno.



Es muy difícil encontrar en el medio literario una amistad duradera basada en la lealtad y la mutua admiración.



En la literatura universal la envidia ha profanado las mejores amistades, y algunas veces un torpe comentario o una omisión inoportuna fue suficiente para convertir dos grandezas complementarias en una oposición irreconciliable.



Chamfort, que fue un experto en someter el corazón a los más tragicómicos arrebatos, dividía a sus amigos en tres clases: “Los amigos que me quieren, los que no se preocupan absolutamente de mí, y los que me detestan”.



El reto, en última instancia, no reside en aumentar el número de amigos supuestos, sino en disminuir, a como dé lugar, el número de enemigos declarados.



Cada vez son más los amigos que encauzan su cariño hacia las mascotas. Y ante tales muestras de afecto desbordado no puedo dejar de pensar que el ser humano que quiere más a sus mascotas que a sus congéneres merece vivir en un zoológico.



Antes pensaba que la cantidad de enemigos que un escritor enfrentaba era la prueba de su valía. Ahora estoy convencido de que cuantos más enemigos tenga un individuo, más se desvía del objetivo primordial de la vida.



A fuerza de pretender ser un guerrero implacable, terminé convirtiéndome en el peor enemigo de mí mismo.



Duran más, mucho más, los dolores del espíritu que los del cuerpo.

Definitivamente no hay peor enemigo para la belleza natural que un tecnócrata.



La ambición desmedida de poder conduce inevitablemente al servilismo. Pero sin ambición alguna el hombre regresa fatalmente a un estadio vegetativo. La ambición por alcanzar la luz es el principio rector de toda forma de vida. La ambición por el poder es la manera más segura de conseguir enemigos.



Un intelectual jamás debe olvidar que la pauta de su discurso está justicieramente determinada por la talla de sus enemigos.



Pero el más grande enemigo del escritor está en sí mismo, en las pequeñas perversiones que seducen su voluntad y convierten la culpa en gozo y el gozo en culpa.



Los espíritus serviles cuando llegan al poder se convierten en los peores enemigos de la inteligencia y del talento, pues no pueden aceptar a quienes contradicen o empuqueñecen su estrechez de miras.



Nos inventamos enemigos para creernos guerreros.

Una vez más se confirma la lección histórica: los más grandes enemigos del creador insumiso y crítico son los burócratas corruptos y soberbios.



No conocí a nadie que igualara el talento de Cioran para combatir la imbecilidad. En él la perversidad era un don, un soplo innato luciferino que lo hacía venenoso y profano. Con su corrosiva inteligencia logró hacerse de enemigos por miles. Si alcanzara a reenarnar en una próxima vida sería necesariamente un santo.



Todos nuestros enemigos, desde los más imbéciles a los más perversos, están ahí para enseñarnos a superar la barbarie que heredamos. Cuando ya no tengamos enemigos, cuando el espíritu de la verdad desplace para siempre el deseo de vencer y de humillar, la sabiduría y el amor impedirán sin apelación los rebrotes de barbarie.



En la lucha profana por el poder, la diferencia entre enemigos y aliados es simple cuestión de tiempo. Los grandes proyectos, cuando triunfan, transforman vergonzosamente a los enemigos en aliados.



Los enemigos son tan necesarios como las pulgas para mantenernos despiertos.

Las más grandes construcciones de la humanidad son tan sólo energía endurecida por el dolor.



La agonía personal es la única referencia válida que tenemos para entender el dolor ajeno.



Cuando el que manda y el que obedece se aborrecen mutuamente, es inevitable el sufrimiento de ambos.



El sufrimiento ajeno es siempre un reflejo degradado del propio; por eso la más socorrida reacción solidaria se confunde con una limosna.



Las más altas temperaturas emotivas sólo las soportan los que tienen lava en las venas; por eso están siempre propensos al estallido.



Los que buscan el éxito a través de la disputa se condenan a una vida desgraciada.



Es válido y casi siempre estimulante escribir con dolor; lo que no se vale es supurar resentimiento.

El que se regodea en el sufrimiento ajeno aún no es humano, o ya dejó de serlo.



Nadie es dueño de su voluntad bajo el imperio del temor.



No hay peor desierto que el interior; ahí todo es monotonía y desolación.



Nietzsche, Dostoievski, Kafka y Cioran: ¡qué lejos quedan ya esos genios que supieron extraer grandeza de sus miserias!



La envidia es un deseo matizado de muerte.



La envidia y el temor son las más afrentosas derrotas sin batallas.



La mayoría de los noticieros son como plagas bíblicas que contribuyen a llenar el mundo de miseria, odio, envidia y pésima literatura.



La envidia surge ante la incapacidad para amar o destruir al otro.

Cuanto más grande es el logro, tanto más grande será la envidia.



La falta de talento tiene una sola virtud: jamás será envidiada.



La envidia es un parásito virtual que se alimenta de las emociones de aquellos que desean nuestra desgracia.



El que por envidia desprecia los logros ajenos, pierde su derecho a defender los propios.



El emperador Domiciano condenó a muerte al filósofo Aruleno Rústico “porque estaba celoso de su renombre”. Hoy la ignorancia de los poderosos nos protege.



El deseo de éxito que corroe a las nuevas generaciones: manjar del eterno ayuno.



La soledad y la adversidad son mejores consejeras que la popularidad y el éxito.



Ante la muerte y el éxito todos somos aprendices.



¡Qué candor luminoso hay en los ojos de los jóvenes que aún no fueron mancillados por el deseo de posteridad!



Antes el éxito se alcanzaba tras un cúmulo experiencial de fracasos; hoy, un solo fracaso y todo se acabó.



La comedia refleja el éxito de los idiotas; la tragedia el fracaso de los héroes.



¿Para qué querríamos el éxito si no existieran los demás? Sólo hay dos opciones: o agradecerles o ignorarlos.



El verdadero sentido de la vida no se muestra en la exaltación y el éxito, sino en los momentos en que nuestra insignificancia nos humilla.



La joven literatura obsesionada por el éxito: una promiscuidad de negaciones y disparidades sin agradecimiento ni lealtad.

La plenitud vital es como el éxito: infatúa al ego y lo coloca en la cima de la grandeza ficticia. El individuo fuerte y exitoso es como una bacteria que, en su inconsciencia, se cree con derecho a devorar el universo.



Una vida íntegra y sincera suele ser más peligrosa para los intolerantes que la obra; de ahí la sabia prevención de los grandes moralistas: en la prosperidad y el éxito sobran amigos; en la adversidad enemigos.



Coincidencia plena en que los medios masivos y el éxito comercial son los principales enemigos del auténtico creador.



Si tener éxito es alcanzar la plenitud de lo deseado, no me cabe la menor duda de que soy ya un escritor colmado de bendiciones. Pero si tener éxito es vivir en, por y para la celebración masiva, puedo certificar desde ahora mi defunción literaria.



La celebridad es una anomalía que hace estragos en los espíritus más débiles.



La verdadera medida del hombre no la dan los éxitos sino los fracasos.

Al éxito hay que inferiorizarlo desde la grandeza; por eso es tan difícil encontrar hoy en día grandezas literarias que no sucumban ante la adulación triunfalista.



Nadie puede ser cabalmente libre mientras viva obsesionado con la búsqueda del éxito y el temor al fracaso.



El éxito: una cárcel dorada en la que quieren entrar los que están afuera, y de la que quieren salir los que están adentro.



Cuando el afán de éxito se pone por encima del conocimiento es inevitable que el ruido se imponga a la reflexión.



Hoy ya son pocos los que escriben con ánimo de enseñar; lo único que interesa es la quimérica potestad del éxito.



No puede haber justicia mientras el desmedido afán de lucro y de éxito prime sobre los valores éticos.



El deseo desmedido de autogratificación y de éxito conduce fatalmente al sufrimiento.

Los que ponen el éxito por encima de toda acción moral, ya tienen asegurado un lugar preferencial en el establo.



Bienaventurados aquellos que han desterrado de sus vidas las palabras “éxito” y “derrota”.



Hacer del éxito un absoluto es condenar de antemano toda búsqueda al fracaso.



El destino de un libro es tan imprevisible como el de su autor: podemos decidir la muerte, pero no el éxito.



Nadie envidia tanto a un escritor como otro escritor; de ahí que el éxito represente al mismo tiempo el veneno más odiado y deseado.



Todos los retóricos del abismo anhelan en el fondo el estrépito del éxito comercial.



A los más adelantados genios ni en su casa los celebran.



En el frontispicio del templo de la sabiduría televisiva puede leerse: “Si quieres tener éxito debes estar dispuesto a comer mucha mierda”.



Nada se puede esperar de la creación cuando todo se centra en la búsqueda desesperada de la celebridad y el aplauso.



Celebrar el no saber no es un gesto de humildad, sino de imbecilidad.



En el contexto actual de celebración de lo efímero es natural que cualquier estupidez duradera se considere un logro.



Cuanto más exitoso se cree el opinólogo, más estúpida es la audiencia.



La némesis de los innovadores incomprensidos: inmortalizar la tierra donde fueron despreciados.



Una generación que se ofrece de manera afrentosa en venta termina sentenciosamente en saldo.

Los triunfos de los amigos son la más dura prueba para nuestra mediocridad.



Lo que nos engrandece también puede destruirnos.



Hay que renunciar al mal, no al bien. Hacerse al menos merecedor de los destellos que los hombres sabios dejaron en su paso sublime por la Historia.



Cada vez que el mal vence, el depredador instintivo que llevamos adentro se desentume y se alista para la dentellada.



La posibilidad del mal es indisociable de toda elección moral. Pero para saber elegir es indispensable la racionalidad crítica.



Los que malgastan la noche bebiendo, fumando y hablando mal de los funcionarios corruptos que dilapidan nuestros impuestos, sólo al despertar son conscientes de su pecado.



La mala herencia y la mala educación son las condiciones básicas para la perpetuación del zoológico humano.

En el mal hay innumerables gradaciones; en el bien todo se iguala.



Mi aversión al teléfono y a la televisión se compensa con mi afición al twitter: un indicio más de que sigo siendo un mal salvaje.



Es en los momentos de decadencia como el actual cuando los malos actores desempeñan papeles protagónicos.



No logro entender los ilusorios argumentos de los *neohipsters*: revivo mi estancia en la selva cuando aún no sabía distinguir las falsas coralillo.



La mentira es hija bastarda de la ambición y la cobardía.



La mentira es un hábito de temor y servidumbre.



El que cree en sus propias mentiras no puede dar crédito a las verdades ajenas.



Ningún animal al copular profiere tantas mentiras y procacidades como el hombre.



La maldad, la fealdad y la mentira no pertenecen al ámbito del conocimiento, sino al de la ignorancia.



Deberíamos recuperar la susceptibilidad de los tiempos heroicos, donde decir una mentira provocaba un desafío a muerte.



Ni el amor, ni la justicia, ni el conocimiento pudieron efectuar en mí la transformación que logró el contacto con la muerte.



La muerte es el único sueño que no se puede psicoanalizar.



No hay plenitud vital que no conlleve la muerte; ni hay muerte que no potencie otra vida. El que nunca ha matado nada, no puede entender la esencia de la maldad humana.



Sin el publicitado discurso del temor a la muerte, todo el aparato ético y justiciero del patriarcalismo judeocristiano se vendría abajo. La muerte no es liberación, sino ruptura y discontinuidad. El ser que

no se ha liberado de su propia negatividad en la vida, no lo hará en la muerte. La muerte no es “otro hacer”, sino un total “dejar de hacer”.



Aferrarse con profana obstinación a la vida es la peor manera de enfrentar la inevitabilidad de la muerte. Temer la muerte es condenarse a sufrir la vida.



La mayor generosidad a que suele aspirar el hombre es a ofrendar sacrificialmente su vida.



El ateísmo es la falsa libertad del mono arrogante que ignora las dimensiones de su jaula.



Antes decir la verdad ameritaba la muerte, hoy al que dice la verdad se le considera un resentido y frustrado.



Los que creen que la vida es una permanente agonía hacen bien en acelerarla.



Para las mentes conservadoras sólo hay dos preocupaciones: mantener lo alcanzado y la muerte.

La rigidez e intolerancia de los fundamentalismos religiosos ha sido siempre condición de muerte.



Cuando un padre llora la muerte de su hijo es una desgracia; cuando muchos padres lloran la muerte de sus hijos es una tragedia.



Al gritar “¡goooo!” condenamos a muerte el pensamiento.



Sólo los necios y los rencorosos pelean a muerte por obras intrascendentes.



La fama es un acontecimiento profano que suele sacralizarse con la muerte.



Yo jamás he sentido miedo ante la muerte, sino ante otras formas de vida. Es la vida la que nos atemoriza con sus perversidades infinitas.



Todo lo que se vende en los supermercados está impregnado de muerte.

Los que viven obsesionados por el temor a la muerte suelen tener vidas infames.



Es una pena que ya no se lean las supuraciones autobiográficas de Bernhard: la mejor guía al suicidio para muchos jóvenes patológicos.



¿Cómo aspirar a un pensamiento serio y original en una sociedad donde el silencio y la privacidad son sinónimos de muerte?



Los que juzgan a los demás con odio y resentimiento son los mayores enemigos de sí mismos.



A los animalitos que empuercan las paredes con sus odios deberían recluirlos en un zoológico.



Quien alimenta con acciones arrogantes el odio de los imbéciles, se imbeciliza.



Lo que odiamos no es más que el reflejo de una derrota: la imposibilidad de convertir el rechazo en celebración.

El odio, en todas sus manifestaciones, es una prueba fehaciente del fracaso de la enseñanza de las humanidades.



En la súplica de nuestros mendigos hay más resignación que odio; la mano tendida escenifica el paso de la amenaza al lamento.



La necesidad de los que se aferran al poder como *modus vivendi* sólo debe merecer desprecio de parte de la ciudadanía.



Para los desesperados, envidiosos y resentidos: hay que gozar lo que se tiene, no sufrir lo que falta.



Los más despreciables suelen ser los que más desprecian.



El que trata mal y desprecia a quienes lo quieren está condenado a sufrir el maltrato y el desprecio de quienes lo odian.



El que guía el odio de los ignorantes concita a su propia pérdida.



El odio es como el fuego: se destruye a sí mismo al destruir todo lo que toca.



Es más fácil engañar y manipular a los que odian que a los que piensan.



Los que rápido se encolerizan pronto se calman; los que incuban cuidadosamente sus odios son peores que alimañas.



Cuando la ley se deja chantajear por el odio y el rencor, la violencia le concede el protagonismo social a las alimañas.



Los que buscan la fama a través de la simulación y la infamia están condenados al resentimiento.



La falsa sabiduría se cubre siempre con el manto ostentoso de la arrogancia.



Siempre que la ignorancia se impone a la sabiduría las calles se llenan de delincuentes y de orangutanes armados.

La sabiduría está más allá del lenguaje, más allá de cualquier interpretación.



Es comprensible, pero jamás aceptable, que el funcionario corrupto prefiera la compañía del cómplice ignorante a la del sabio.



Para el alma escéptica sólo existe una verdad: saber que todo es perecedero. Para el alma renacida en el espíritu la verdad del escéptico es apenas el comienzo.



Antes se reverenciaba el ocultamiento y el recato; hoy todo se publicita con desvergonzada soberbia.



Es aun más reprensible la soberbia del vencido que la del vencedor.



Toda actitud soberbia oculta una debilidad.



No hay fuego más activo y permanente que el interior; pero sólo lo generan y perciben los que transforman en humildad la soberbia.



Los que ignoran que la soberbia es inseparable de la caída están condenados a una grandeza efímera.



Toda soberbia confrontada se convierte inevitablemente en rencor.



Los grandes estadistas aprenden más de las derrotas que de las victorias.



La humildad sólo se adquiere en la derrota.



Ante la ciega soberbia no queda más opción que el aprendizaje de la derrota.



No hay mayor castigo para la inteligencia arrogante que enfrentar la soledad cósmica.



La soberbia es de clara raigambre luciferina: rebelarse contra un poder superior hipotético con el fin de autoasumir un gobierno anárquico y libertino.



¿Cómo se aprende más: con el triunfo o con la caída, con la salud o con la enfermedad, con el dolor o con la alegría? Sólo el que aprende a ser fuerte y humilde en la adversidad podrá alcanzar la verdadera grandeza, que es la de espíritu.



En toda decadencia social hasta los limosneros exigen.



Cuando se instaure la artificiosa tiranía de la luz eléctrica todo cae inmerso en una monotonía de establo.



La imposible armonía: autor-editor-librero, ciudadano-legislador-gobernante.



Tiempo insignificante el actual, en que cualquier idiota exige su derecho a ser oído.



Del incumplido todos rehúyen; es como un mar sin fondo.



Nada me produce más desasosiego que ver a un idiota sonriendo.



Todo pensamiento profundo es armonioso; por eso ahora impera la superficialidad.



La tumba es el único lecho donde se descansa, aunque la llenen de injurias los discursos oportunistas de los burócratas sin alma.



Las sombras de los muertos oscurecen la vida.



Todas las épocas seniles e infértiles son proclives a la facilidad y al lamento.



Arranquémosle la hegemonía a la fealdad; ya es tiempo de que los jóvenes no se dejen seducir por lo horroroso.



Las palabras y las cosas tienen diferente realce según la condición de su dueño.



Los vicios tienen múltiples orígenes; la espiritualidad sólo uno.



Producir y vender basura te convierte ineludiblemente en basurero.



En todo comunicador está agazapado un vendedor de verdades.



No hay ironía más pedestre que la que únicamente se regodea en lo deforme.



Los políglotas son como los polígamos: incapaces de cultivar la fidelidad.



Para los viciosos sin talento: todo lo comprendido entre la boca y el ano es animalidad pura.



Era tan autonómico que el único que entendía su idioma era él.



Escrupulear es un verbo patológico: todos los escrúpulos encubren alguna enfermedad.



Los seres más débiles convierten todo deseo en derrota.

Las culturas del maíz son las más promiscuas y prolíficas del planeta...



El precepto básico para triunfar en los medios electrónicos: hablar de todo sin saber nada.



La neomanía de los neofenicios: hacer de los estadios de futbol santuarios.



La nueva forma de patrioterismo portátil: doce pares de piernas errátiles.



El horror del siglo XX se ha convertido hoy en desencanto y asco.



La locura es la verdad más amarga de la vida.



Los verdaderos fracasados no son los que fracasan, sino los que se niegan a aprender del fracaso.



En la juventud los mejores viajes son los que carecen de retorno; en la vejez es la seguridad del retorno la que nos da fuerza para viajar.



Tan despreciable es el que humilla como el que acepta sumiso ser humillado.



Las mareas multitudinarias empuercan todo lo que tocan.



Los caprichos de la razón: cuánto menos comprendemos a las mujeres, más las amamos.



El hombre es el único animal que está en permanente estado de celo; por eso la búsqueda constante de placer lo degrada al nivel del perro.



Hay que agradecer lo que logramos más que lamentar lo que perdemos.



Toda obsesión es una prisión; la víctima es sentenciosamente el propio carcelero.

Todos los fundamentalistas son sordos.



La mezquindad sólo es garantía de impotencia.



Los que hacen del fraude una forma de vida terminan autorrobándose.



Androginia: el hombre hermoso y exitoso se convierte irremediablemente en un idiota.



Misoginia: la mujer hermosa y exitosa destruye todo lo que toca.



La prueba más fehaciente de la estupidez turística es que todos regresan peor que como salieron.



El dejarse llevar es la peor forma de rebeldía.



Las vacaciones son una excelente oportunidad para acabar con el bolsillo y con el cuerpo.

Los bancos son cementerios donde enterramos nuestras esperanzas.



Mientras los mejores se niegan a procrear los peores engordan para el matadero.



La única gran positividad de la lentitud es que gracias a ella cometemos menos errores.



Es lógico y elemental que en una sociedad enferma se eviten toda clase de contactos.



Los que se regodean en el fatalismo son los peores consejeros.



La voz latina *bellum* se deriva de *bellua*: bestia. ¿Habrà alguien que aún dude que todo militar es una bestia?



La ventura del afortunado debe tornarse en compasión hacia el infeliz.



Bajo el imperio de la oralidad y de la sexualidad no puede haber sabios, pero sí muchedumbre de imbéciles.



El fin de toda conciencia estabulada es el matadero.



A mi edad ya no es necesario mezclar los fluidos corporales: la sola presencia de la belleza incentiva las ganas de vivir.



Los imbéciles que hoy prohíben el uso de plantas sicoactivas serán vistos en el futuro próximo como expresiones tardías de la Inquisición.



Los idiotas ricos se rodean de los juguetes más caros para contrarrestar su complejo de inferioridad.



Hacia la luz, aunque no sea en línea recta.



Los aeropuertos son lugares de estabulación transitoria en los que te hacen sentir como en un campo de concentración.



Soy un ciudadano respetuoso: me resisto a vomitar en las urnas.



Los procerófilos: crucifican a los creadores vivos, y los santifican ya muertos.



Sólo el animal estabulado se caga donde come.



Cuando a los militares se les encomienda el exterminio de delincuentes, ya no tendrán escrúpulos a la hora de matar a ciudadanos honrados.



Los puntos suspensivos son un camino que no lleva a ningún lado.



¿Por qué sembramos deseos en los surcos que abren en el cielo los aviones?



Prolegómenos a la desencialización virtual: vino sin alcohol, café sin cafeína, tabaco sin nicotina, leche deslactosada, sexo onanista...



Toda grandeza se degrada al repetirse; los griegos son el ejemplo más consumado.



Las redes diezmaron por igual a los tiburones y a las sardinas; el destino final de todo depredador es ser depredado.



Para las estadísticas de los tecnócratas sólo existe la masa; pero a nivel cósmico es el individuo lo que cuenta, no la especie.



¿De qué nos sirve ya reconocer que la moral utilitarista no es más que una convocatoria de fracasos?



El traficar diario con monedas y medidas imposibilita a la mente para los vuelos del espíritu.



No lo olvidemos: la gordura del puerco no es para el puerco.



¡Qué triste aspirar a ser copias fidelísimas de originales mediocres!



Para un animal salvaje como yo, que se acuesta cuando el sol se mete, las trasnochadas son como un descenso al infierno.



Hacía meses que no veía la tele y me quedé asqueado. Las televisoras privadas son como grandes aparatos digestivos: sólo proyectan mierda.



En medio de tanta verborrea, ¿quién posee un ideario que pueda convertir la estampida juvenil en propuesta organizada?



Los aeropuertos son hormigueros caóticos donde ni la reina ni las obreras pueden relajarse.



No dejemos a las generaciones futuras la crítica de nuestras miserias.



Respetemos a los que merecen respeto; despreciemos a los despreciables.



La cantidad de basura que produce una persona es la pauta de su nivel evolutivo.

Si los jóvenes desmadrosos vislumbraran lo que es la locura ni siquiera se atreverían a nombrarla.



Al dejar en manos de teólogos dogmáticos y de mercaderes voraces las escuelas, hemos condenado a muerte a generaciones enteras.



Sanchopancismos: todos los premios son una mierda, menos los que ganamos nosotros y nuestros amigos.



Antes de alcanzar la autodeterminación, el animal humano debe transitar por un proceso de caídas que ninguna ciencia puede remediar.



El afán de sustituir las selvas y manglares por sueños de acero, vidrio y plástico, es propio de mentalidades que usan cemento para unir sus neuronas.



La guerra convoca al guerrero; la carroña a los carroñeros.



Los burócratas del desarrollismo turístico son capaces de vender los huesos de sus madres.

Los que disfrutan el ambiente de la oficina no son aptos para una vida libre y sana.



Walter Benjamin: “Cada época sueña a la siguiente”. Pero la actual ni siquiera puede soñarse a sí misma.



Los que son capaces de vislumbrar el infinito no pueden encontrar amistad entre los mediocres.



La multiplicación de las necesidades sólo hace más grande la esclavitud.



El que carece de valores sólo depende de su cargo.



Las mareas turísticas tienen un tufillo a desborde de alcantarilla: contaminan todo a su paso.



Sólo se admira lo inalcanzable y se quiere a lo sumiso. Lo primero incita a la transgresión; lo segundo al aburrimiento.



Escribamos para los que piensan; ya hay bastante entretenimiento idiotizante.



En un par de décadas el noventa por ciento de la población mundial vivirá una vida urbana estabulada.



Qué lejano se oye hoy aquel Sócrates que proclamaba ufano: “Los campos, los árboles no pueden enseñarme nada, pero sí los hombres de la ciudad”.



Todos los epigonismos pervierten y desvirtúan las fuentes de las que se nutren.



Schopenhauer, el viejo misántropo: “Lo que ha de permanecer por mucho tiempo se gesta con lentitud”. Por eso ahora todo es luciferinamente rápido



La soledad defensiva vuelve vegetal al humano.



El animal urbano ha hecho de su permanente actitud defensiva un patológico lamento.

Nada perjudica tanto a una sociedad como el culto a lo defectivo.



Viajar puede ser una gran aventura cognoscitiva, pero sólo a condición de que la mente sea el piloto y el cuerpo un obediente pasajero.



Cada vez soporto menos el conservadurismo: los ancianos precoces me producen estreñimiento.



Mi vida: el rebote permanente de una piedra contra la estupidez.



El calor del trópico, sin método, desborda la genitalidad y enmohece el espíritu.



En la información actual, plagada de trepadores y secuestradores frustrados, la simulación sustituye al franco rechazo.



Ver sin ser visto: privilegio de dioses, depredadores y truhanes; ver y ser visto: aspiración de trepadores y cortesanos.



Cuanto más agresivos sean los defensivos, más agresivos serán los agresivos.



No podemos dejar de tener presente la posibilidad de ser cada día menos ignorantes.



Tengo fama de antipático, difícil y arisco. En mi descargo sólo pueden hablar los jóvenes que me están educando para ser justo lo contrario.



La imbecilidad que proyectan los medios electrónicos es indisociable de la aversión a la filosofía.



El ser desencantado carece de relieves; todo en él es negación y caída.



Los que disfrutan el ambiente estabulado de la oficina son carne de matadero.



La lección para los dirigentes inmorales: no hay peor libertad que la que te conduce a la cárcel.

¿Cómo puede ser feliz alguien que ve todos los días reflejada en el espejo la imagen de la inmoralidad y el horror?



La repetición y la imitación, estigmas de un tiempo de caída como el actual, potencian la proliferación de toda clase de parasitismos.



Todos nacemos y morimos, pero son muy pocos los que pueden decir que han vivido.



El que sirve a un ideal luminoso puede entrar impune en cualquier antro.



Cada uno de mis cabellos blancos es la ceniza de un incendio juvenil.



Pongamos a los tecnócratas entre paréntesis, pues representan una subordinación innecesaria para la evolución social.



El cachalote no teme a la profundidad abisal, pues allí caza.



Sólo el falso guerrero se atemoriza ante la herida.



Quienes desprecian lo pequeño están imposibilitados para percibir lo grande.



El culto a la rapidez es el síntoma más claro de una civilización entregada neciamente a la huida.



El seudointelectual de hoy es el animal doméstico con menos posibilidades de ser autónomo.



Ya se acerca el fin de las imposturas: uno tras otro los falsos dioses regresarán al polvo originario.



A pesar de todo, sé que hay ahí, del otro lado, unas inteligencias seductoras con las que me echaría un deleitoso trago a la orilla del mar.



No sobreviven los mejores, sino los que más aguantan.



Hemos llegado a tal grado de ruindad que gritar el desacuerdo es visto como otra forma de complicidad.



La fauna menor sólo se acerca a la grandeza cuando ésta está muerta.



El actual desencantamiento de los jóvenes es consecuencia de la estupidez acumulada a través de muchas generaciones.



Cada vez que tengo que pasar por la Ciudad de México caigo en la cuenta de que existe el infierno.



El hombre-masa actual es aún más mediocre que el que le sirvió de modelo a José Ingenieros.



No odies todo lo que críticas; pero debes criticar todo lo que odias.



Pensemos para una juventud que no piensa: las generaciones que no luchan son presas fáciles del tiempo.



Cuando aprendamos a prescindir de lo superfluo ya no tendremos que buscar lo esencial.



Toda forma de aburrimiento es un aburramiento. Aburrirse y aburrirse tienen una raíz común: la carencia de imaginación.



Los que buscan la verdad en el origen renuncian a encontrarla en el punto de llegada.



En una sociedad cobarde las injusticias sólo producen gruñidos impotentes.



El triunfo de la mediocridad vuelve superflua la agonía.



Los que confunden la anarquía con la destrucción no son más que perdedores descerebrados.



Hipster: animal egocéntrico imposibilitado por naturaleza para toda forma de convivencia.



¿Qué es la frivolidad si no creer que lo que uno hace está aureolado de grandeza?



En un tiempo de impurezas como el nuestro tanto el agua como el talento brotan de fuentes contaminadas.



A lo más que puede aspirar lo que se arrastra es a un vuelo efímero.



Cada nueva palabra nos hace más conscientes de nuestra imperfección.



He decidido dejar de injuriar: me arrodillo ante mi tiránica voluntad.



Nada hay más anodino que una vida carente de relieves; sin la posibilidad de vicios ni virtudes careceríamos por completo de criterio.



El entusiasmo deportivo es una pervivencia de los tiempos de manada.



Síntomas de vejez: antes veneraba al pensamiento salpicado de sangre y semen; ahora sólo me atrae la transparencia y la luminosidad.



Cuando la fe se convierte en razón de Estado, es inevitable que los comentaristas de televisión se conviertan en profetas y que las clases de filosofía se impartan en confesionarios.



Los grandes déspotas de Asia y África, al igual que los emperadores aztecas, conocían perfectamente la función catártica del gasto improductivo y no dudaban en sacrificar en solemnes ceremonias públicas a cientos de esclavos, antes que venderlos en clara acción profana e inestabilizadora.



Los que se empeñan en tener siempre la razón están condenados a servir en la política o en la academia.



Al no ejercitar la memoria, concluimos que nada merece ser recordado.



Los que nunca han tenido que esforzarse para conseguir su alimento suelen quejarse de lo asquerosa que es la vida.

El canon no es más que lo que un académico copia de otro.



Todo pensador se inmola en su propia creencia.



El que se regocija con la desgracia de un personaje que admira además de envidioso es un miserable.



El regodeo en la derrota es propio de mentalidades suicidas.



La felicidad que experimentan ciertas mujeres en las tiendas es una clara regresión a los momentos previos a la expulsión del paraíso.



Vampirosofía: para el trasnochado el amanecer nunca es impune.



¿Por qué si lo sabemos no lo aplicamos?



Sólo a los viciosos con talento se les puede justificar su falta de voluntad.

La mala televisión es como un mal coito: te culpabiliza tanto tiempo improductivo.



En las calles nos venden nociva vida mínima; en las tiendas departamentales nos ofertan toda clase de productos cancerígenos.



La mayoría de los rockeros actuales: trogloditas que aporrean la guitarra y ponen a la tribu en suspensión de pensamiento.



Tarea de Sísifo: escribir filosofía en un tiempo en que la tiranía del ojo nulifica el pensar.



Neofenicio: comerciante que enturbia las mentes, reblandece los corazones y vacía los bolsillos.



Las lecciones del poder: quien se ama en demasía a sí mismo ya no tiene amor para nadie.



Ninguna gran civilización ha florecido jamás en los trópicos.



Estoy en franca desventaja ante los funcionarios mexicanos: la mayoría no sabe o no tiene el hábito de leer.



¿Por qué es tan seductor el lodazal del *rating*?



Los twitters son bostezos de una realidad sonámbula.



El mexicano falla mil veces y no se culpabiliza. Será por eso que no tenemos autores como Canetti, Weiss, Hildesheimer y Schlink?



La mala literatura es como la comida que venden en el súper: te quita las ganas de lo sano.



La fascinación por el músculo es propia de una sociedad bárbara (guerrera) o hipersexualizada (decadente).



El horror de la nueva barbarie: vivir a través de una pantalla.



¿Por qué los románticos rendían devoción a la palabra “sublime”?

Tras varias semanas de culto al cuerpo, hasta los más críticos terminan idiotizados.



El fundamento de toda ideología es también su fatalidad: la pretensión de poseer la verdad.



Hagamos de la vida cotidiana un esforzado ejercicio de inteligencia, renunciemos a la información amañada y mendaz.



La perversión del lenguaje es proporcional a la dimensión de la verdad que encierra.



Epicteto: “Tan difícil es para los ricos adquirir sabiduría, como para los sabios adquirir riqueza”. ¿Qué dirán de esto los vendedores de literatura desechable?



Las épocas de mayor brío histórico evidencian una singular hegemonía del filósofo, el científico y el artista sobre el militar y el sacerdote.



Patología presentánea: la obsesión por el poder y la fama.

No puede haber verdad, ni belleza, ni bondad en el orgullo de las estadísticas ni en la soberbia de las utilidades.



Una sociedad que vive bajo el imperio del temor, como la norteamericana, no puede ser libre ni justa.



Pensemos para el que piensa; ignoremos al que ignora.



Para la conciencia tropical no existe el plagio, porque nada es de nadie.



Emerson, el patriarca del egocentrismo gringo: “Las más brillantes civilizaciones nunca amaron las zonas cálidas”.



El futbol es el nuevo heroísmo de los comerciantes.



No me inquietan los imbéciles que nos desgobiernan, porque sé que nunca podrán leerme.



Viajar en las aerolíneas actuales es como una mala experiencia onírica: terminas riéndote para no tener que matar a algún empleado.



Al que goza el tránsito cualquier cielo le sirve de morada.



El mundo es un rollo de papel higiénico en el que todos quieren dejar su constancia.



Consuelo de genios y de necios: yo nací condenado a ir adelante de mi tiempo.



Toda forma de espionaje y vigilancia en aras de la supuesta seguridad nacional, es un injurioso atentado contra la libertad personal.



Ya no hay grandes temas: los trepadores mediocres se los apropiaron.



Nadie es solidario en el placer.



He aquí el dilema de un mundo entripado: la seductora ruindad de la red futbolera o la posibilidad transformadora de la red virtual.



El más alto relieve de las naciones jamás lo da el gusto de las masas.



El error capital de Rousseau y de los pastores ladinos de la democracia: hacernos creer que todos hemos sido creados iguales.



La nostalgia por un pasado irrecuperable es la más clara prueba de la falta de deseo vital.



La fealdad de los monumentos a los próceres muertos y la ridiculez del culto que se les rinde, han acabado con la estética y con el verdadero heroísmo.



Ya no se trata de combatir contra una determinada ideología: hay que cambiar el modelo de civilización de manera radical.



Los muros más infranqueables son los que erigimos contra nuestra propia barbarie.

No debemos confundir la tristeza del desenfreno con la de la carencia: una es voluntaria y pasajera; la otra es una condena.



El intelecto que se niega a experimentar la pulsión dramática de la existencia carece por completo de autenticidad.



Dudar es un acto circunstancial y defensivo; comprometerse es ya un acto liberador, aunque fallezcamos en la acción.



Donde rige el gregarismo y la mediocridad toda grandeza de miras produce desconfianza.



La represión es inseparable del afán obsesivo por la seguridad: en cada policía hay un carcelero.



La música que sirve para estimular el músculo adormece al intelecto.



Detrás del monstruoso papeleo que entretiene a la burocracia está siempre la presencia ominosa de la corrupción.

La luz más dulce baja siempre en medio de un halo de neblina.



Sólo los que carecen de imaginación temen el aburrimiento.



Los que no han recibido amor están condenados a la violencia.



Tan despreciable es el que pisotea los derechos ciudadanos como el que los tolera.



Los historiadores son dioscecillos de gabinete que, ante la imposibilidad de crear mundos, cambian caprichosamente el pasado.



Nietzsche: “Desconfío de todos los sistemáticos y me alejo de su camino. La voluntad de sistema es una falta de honradez”. ¿Y su sistema?



Tiempo de extravío el actual, en que el gracejo y la ocurrencia desplazan a la reflexión crítica y a la complejidad de pensamiento. Definitivamente, el héroe de Carlyle y el hombre creador de Nietzsche han sido suplantados por el hombre estabulado, que sólo se preocupa por fornicar, comer y defecar.

AFORISMOS

A nadie le fascina el fondo del abismo, tan sólo la posibilidad de una caída sin fin.



La compasión no es una señal de debilidad sino de fortaleza; sólo los fuertes pueden compadecer.



La buena música nos permite entrever la armoniosa urdimbre de lo eterno; la mala música les da sustento a los profetas de la entropía.



Un carácter como el mío —forjado en la violencia— es ya anacrónico. Tenemos que aprender a despreciar nuestros defectos.



El orgullo suele ser una afectación de la juventud. Un anciano orgulloso es como una mala hierba: si no se extirpa, ensombrece a las demás.



El desencanto sólo tiene encanto para los desencantados.



Nunca abandoné a mi cuerpo, pero ahora mi cuerpo me abandona a mí.

La media luz suele aureolar a los defectos de misterio.



El poder científico lleva al ateísmo; el poder filosófico, a la soberbia; el poder religioso, a la intolerancia; y el poder económico-político, a la explotación y al vicio...



El imperativo categórico de mi lucha actual ya no puede sostenerse en forma alguna de negación, y menos en la negación desesperada que pretende sublimar el lamento. Pero tampoco permitiré que la marea domesticadora me arrastre hacia la nada conformista. En el conocimiento, como en la cacería, hay que mantener a toda costa la implacabilidad frente a la víctima, y no sentir jamás remordimiento en los momentos sublimes del sacrificio.



Los filósofos y los literatos que dicen que la filosofía y la literatura no sirven para nada, deberían suicidarse.

Índice

Las máximas mínimas de Leonardo da Jandra

3

I



II



III



IV



V



VI



VII



VIII 
112

IX 
135

X 
144

XI 
155

XII 
165

XIII 
192

XIV 
200

XV 
210

LA LUZ DE LA RAZÓN SÓLO SE ILUMINA A SÍ MISMA

A quien esto escribe no le interesan los aforismos, cuya brevedad siempre parece poner por delante el ingenio a la inteligencia, la insinuación de un hallazgo al hallazgo; sin embargo, quien esto escribe debe reconocer que ha leído pocos libros tan notables como estos *Aforismos* de Leonardo da Jandra. Da Jandra nació en Chiapas en 1951 y es uno de los filósofos y escritores mexicanos más importantes de las últimas décadas, en las que publicó libros como *Arousiada* (1995), *Los caprichos de la piel* (1996), *Entrecruzamientos: I, II, III* (2005), *La gramática del tiempo* (2009) y *Distopía* (2011), entre otros. Los fragmentos (quien esto escribe se resiste a llamarlos “aforismos”) son parte de un pensamiento completamente articulado y personalísimo. Quien desee conocerlo (más allá de estos pecios) puede recurrir a su reciente *Filosofía para desencantados* (Girona: Atalanta, 2014).

Patricio Pron